BREVE HISTORIA de la...

MITOLOGÍA DE ROMA Y ETRURIA

Lucía Avial Chicharro

Descubra el mundo legendario y mítico de los pueblos itálicos: sus ritos, templos, dioses, semidioses y héroes. Desde Eneas, la Loba Capitolina y los gemelos Rómulo y Remo o la guerra de Troya hasta los primeros reyes de Roma, el rapto de las Sabinas, Cástor y Pólux.
Un apasionante viaje por el panteón romano, etrusco y sabino

Breve Historia de la Mitología de Roma y Etruria (o de los pueblos itálicos) ofrece un recorrido amplio por el mundo religioso de la antigua Italia, haciendo hincapié en los distintos mitos que se conocen y se conservan. Ofrece una nueva revisión de un tema que puede ser conocido para el lector, relacionando a pueblos itálicos, como los etruscos y los sabinos, con la asimilación que Roma hace de cultos y dioses ajenos a él. A través de nuestro libro, el lector interesado en el mundo romano podrá conocer cómo era la primitiva religión de Roma y toda la asimilación que hizo de los pueblos de la península itálica.

Sus ritos, sus templos y el entramado entre los dioses, semidioses y héroes que componen el panteón romano, sin olvidar su famosa ósmosis con la mitología griega. Tiene entre sus manos el primer libro que recopila la comunicación de las creencias de Roma con sus pueblos cincundantes.

Lucía Avial Chicharro

Breve historia de la mitología de Roma y Etruria

Breve historia: Civilizaciones - 33

ePub r1.0
FLeCos 27.03.2019

Título original: *Breve historia de la mitología de Roma y Etruria*
Lucía Avial Chicharro, 2018

Editor digital: FLeCos
ePub base r2.0

A mis padres,
por ayudarme a conseguir todos mis sueños.

Y a Carla y a Nacho,
por ser los amores de mi vida.

Introducción

> Canto las terribles armas de Marte y el varón que, huyendo de las riberas de Troya por el rigor de los hados, pisó el primero la Italia y las costas Lavinias.
>
> Virgilio. *Eneida*, libro I.

Con las primeras palabras de Virgilio, el magnífico poeta del siglo I d. C., acerca del periplo de Eneas hasta Italia, damos comienzo a la aventura que nos llevará a recorrer los principales mitos del mundo etrusco y romano, pasando brevemente por los pocos mitos de algunos pueblos itálicos que también se conservan.

Es importante considerar que, al contrario que los griegos, tanto los romanos como los latinos carecieron de una mitología divina propia y centraron estas historias en los diversos héroes que protagonizaron cada una de ellas. Esto les llevó a tomar los mitos griegos para sus propios dioses y convirtieron su primitiva historia en las leyendas que dieron base a su cultura. Por tanto, podemos decir que los romanos no tuvieron más mitos que los episodios de carácter semihistórico relacionados con el origen de su propia ciudad, como los relatos de los reyes o el de Coriolano, entre otros. Preferían centrarse en sus héroes legendarios, entre ellos Rómulo o el mismo Eneas, a contar las historias de los dioses, ya que la ciudad destinada a ser la dueña del mundo debía tener necesariamente un origen heroico que justificase sus ambiciones territoriales. Los etruscos, en cambio, sí que poseyeron una mitología propia, muy rica y fascinante, de la que conocemos muy poco a día de hoy. En la mayor parte de sus representaciones, se pueden encontrar las versiones etruscas de los mitos griegos, los cuales adoptaron y usaron en

detrimento de los suyos propios, lo que ha dificultado en la actualidad el estudio de la mitología de este pueblo.

La península itálica se encontraba poblada por una gran variedad de pueblos (ligures, sabinos, umbros, latinos, volscos, etruscos…) que entraron en contacto con los navegantes y los establecimientos comerciales de griegos, fenicios y cartagineses entre otros, un hecho que modificó sustancialmente sus creencias y su mitología. De todos estos pueblos, el etrusco fue el más evolucionado y, a la vez, el más diferente, sobre todo en cuando a su lengua y sus costumbres, lo que los diferenciaba claramente del resto de los pueblos itálicos.

Las ciudades etruscas (ubicadas básicamente en la zona de la Italia central) tuvieron su momento de desarrollo y expansión entre los siglos X y I a. C. Su civilización se expandió por la costa occidental del norte y del centro de Italia, con lo que se convirtieron los ríos Arno y Tíber en sus principales fronteras físicas. Los etruscos poseían una organización político-social en forma de ciudades-Estado individuales e independientes. Sus puertos eran verdaderos centros internacionales en la Antigüedad, adonde iban a parar tanto fenicios como griegos, quienes influían en su cultura y su religión. Y a su vez, por su gran desarrollo y expansión, estos acabaron influyendo sobre otros pueblos itálicos, entre los que hay que incluir a la propia ciudad de Roma y a los latinos. Sin embargo, su declive comenzó con la toma de la ciudad de Veyes por parte de Roma en el año 396 a. C., lo que provocó que comenzase su romanización, que se consideró culminada tras la caída de Caere (la actual Cerveteri) en el año 273 a. C.

Entre los siglos X y VIII a. C., la Italia central se encontraba poblada por osco-umbros y latinos, sobre todo. Los latinos al principio se quedaron en la zona de los montes Albanos para bajar poco después a los valles, que tenían mejores tierras y permitían que floreciese la agricultura y la ganadería. El desarrollo del futuro asentamiento que se conocería como Roma dio comienzo en diferentes poblaciones separadas, situadas en los montes. De hecho, sobre la parte norte del Palatino se han encontrado varias cabañas de tipo circular, que se pueden fechar en el siglo IX a. C., consideradas como el primer poblamiento existente en esta zona. Los núcleos latinos que habitaban en las colinas del Quirinal, Esquilino y Celio se acabaron uniendo a los del

Palatino y fortificaron a continuación toda el área habitada. De esta forma, comenzó la Roma *quadrata* en el siglo VIII a. C. El perímetro de Roma se acabó extendiendo por el Capitolio y el pequeño valle que lo separaba del Palatino. Además, a estos emplazamientos primitivos se unieron las colinas del Viminal y del Aventino y se creó de esta forma el *Septimontium*, es decir, la unión de las siete colinas históricas que conformaron Roma. Por su situación fronteriza con el mundo etrusco, la ciudad sufrió fuertes influencias de esa cultura que también condicionaron su desarrollo histórico.

Estas son las condiciones en las que nos encontramos en los orígenes de Etruria y de Roma y a partir de las cuales daremos comienzo a nuestro viaje por las respectivas mitologías de ambas culturas. Asimismo, es importante añadir que cada cultura es producto de unas circunstancias concretas relacionadas con el tiempo y el espacio en el que se desarrollan. Ello nos ha llevado a dedicar unos capítulos a las religiones etruscas y romanas, además del proceso de helenización que ambos sufrieron, porque creemos que para poder comprender correctamente su mitología debemos acercarnos primero a sus creencias.

FUENTES CLÁSICAS PARA CONOCER LOS MITOS

Antes de pasar a conocer la religión etrusca, siguiente parada en nuestro recorrido mitológico, vamos a hacer un breve repaso a las principales fuentes clásicas que nos permiten conocer las leyendas itálicas. Por nuestra parte, recomendamos al lector acercarse a estos autores en el caso de encontrarse interesados en conocer más a fondo toda la mitología del mundo itálico, especialmente, el romano.

1. Tito Livio: escribió una completa historia de Roma, que iba desde la fundación de la ciudad hasta el año 9 d. C. El más interesante para nosotros es, sin duda, el Libro I, donde narra brevemente cómo Eneas abandona Troya pasando por el nacimiento de Rómulo y Remo hasta llegar al reinado de los siete reyes.

2. Virgilio: su obra cumbre fue la *Eneida*, un poema épico de doce libros a imitación de la *Ilíada* y la *Odisea* donde narra la epopeya de Eneas desde que se marchó de Troya hasta su llegada a Italia, lugar en el que se produjo la unión entre los troyanos e itálicos.
3. Ovidio: en varias de sus obras incluyó diversas referencias a los mitos romanos, como, por ejemplo, en las *Metamorfosis* o en los *Fastos*, donde aparecían narradas diversas leyendas.
4. Dionisio de Halicarnaso: escribió las *Antigüedades romanas* o *Historia antigua de Roma*, libro en el que abarcaba desde los orígenes de la ciudad hasta la primera guerra púnica. Su intención era reconciliar a los griegos con el hecho de su conquista por parte de Roma, mostrando como la ciudad tiene sus orígenes en Troya.
5. Plutarco: en su obra más importante, las *Vidas paralelas*, escribió las vidas de los reyes Rómulo y Numa Pompilio, además de la de Coriolano. Asimismo, en *Cuestiones romanas* reflejó las costumbres y los rituales religiosos, donde contaba en ocasiones los orígenes míticos de estas acciones.
6. Cneo Nevio: en su obra *Bellum Punicum* dedica los dos primeros libros a la partida de Eneas desde Troya y a su paso por Cartago, retomando los orígenes semilegendarios de Roma como sucesora de Ilión.
7. Quinto Ennio: su poema a Roma, la *Romaida* o la *Annali*, conformó una verdadera epopeya latina donde el héroe del mito era todo el pueblo romano.
8. Flavio Eutropio: en su *Breviario* o *Compendio de historia romana* dedicó los primeros seis libros a narrar los orígenes de Roma y la historia de los períodos monárquico y republicano.

CRONOLOGÍA DEL MUNDO ETRUSCO

950-750 a. C.: Edad del Hierro/período protoetrusco o villanoviano
750-600 a. C.: Período orientalizante

600-450 a. C.: Período arcaico
450-300 a. C.: Período clásico
300-100 a. C.: Período helenístico

CRONOLOGÍA DE ROMA

21 de abril del 753 a. C.: fundación mítica de la ciudad de Roma por Rómulo

1. Monarquía (753-509 a. C.)
753-717 a. C.: reinado de Rómulo
716-674 a. C.: reinado de Numa Pompilio
673-642 a. C.: reinado de Tulio Hostilio
641-617 a. C.: reinado de Anco Marcio
616-578 a. C.: reinado de Tarquinio Prisco
578-534 a. C.: reinado de Servio Tulio
534-509 a. C.: reinado de Tarquinio el Soberbio
509 a. C.: exilio del rey Tarquinio el Soberbio y fin de la monarquía romana

2. República (509-27 a. C.)
450 a. C.: Ley de las XII Tablas
264 a. C.: comienzo de la I guerra púnica
219 a. C.: comienzo de la II guerra púnica con la marcha a través de los Alpes de Aníbal
149 a. C.: comienzo de la III guerra púnica
84-82 a. C.: primera guerra civil
60 a. C.: primer triunvirato entre Julio César, Pompeyo Magno y Craso
49 a. C.: César cruza el Rubicón. Comienza la II guerra civil
15 de marzo del 44 a. C.: asesinato de Cayo Julio César
43 a. C.: segundo triunvirato entre Marco Antonio, Octavio y Lépido
31 a. C.: batalla de Accio

3. Imperio (27 a. C.-476 d. C.)

27 a. C.: comienzo del reinado de Octavio Augusto

14 d. C.: muerte del emperador Augusto

69 d. C.: año de los cuatro emperadores y fin de la dinastía Julio-Claudia

96 d. C.: fin de la dinastía Flavia y comienzo de la dinastía Antonina

192 d. C.: fin de la dinastía Antonina

312 d. C.: batalla del Puente Milvio

313 d. C.: edicto de Milán

380 d. C.: el cristianismo se convierte en la religión oficial

395 d. C.: el emperador Teodosio divide el Imperio en dos partes: Imperio romano de Occidente e Imperio romano de Oriente

476 d. C.: caída del Imperio romano de Occidente

Mapa de los pueblos itálicos. Italia se encontraba poblada por diferentes pueblos, entre los que destacaban, por su importancia cultural, los etruscos y los latinos. Fuente original: ROLDÁN, J. M. (2007): *Historia de Roma*, Cátedra.

1
La religión etrusca

Para comenzar, en este capítulo realizaremos un breve recorrido por el mundo religioso etrusco, camino que nos va a permitir acercarnos a sus mitos de forma más clara. Sin embargo, antes de pasar a hablar de religión propiamente dicha, es conveniente conocer brevemente al pueblo etrusco destacando su evolución histórica y sus características culturales más importantes para, de esta forma, comprender su desarrollo religioso.

EL PUEBLO ETRUSCO

La civilización etrusca (quienes se denominaban a sí mismos como *rasenna*) se desarrolló principalmente en la región de Etruria, la cual ocupaba toda la actual Toscana, partes del oeste de la Umbría, el norte del Lacio y zonas de las áreas de Campania, Lombardía, Véneto y Emilia-Romaña. Pese a que se conocen de forma tan clara los límites geográficos del territorio etrusco, debemos comprender que Etruria se definía de una forma más cultural que física. Cada ciudad etrusca se encontraba caracterizada por su independencia, aunque compartiese con las demás tanto el idioma como la religión y las costumbres.

Mapa de Etruria. La civilización etrusca surgió en la zona de la Italia central. Su expansión geográfica la llevó a alcanzar lugares tan alejados como las áreas de la Campania o del Véneto entre otras.

La base de la cultura etrusca se encontraba en el período villanoviano (950-750 a. C.), momento en el que se desarrollaron unas comunidades agrícolas que habitaban en chozas sobre espacios elevados e incineraban a sus muertos. Sobre este sustrato, a partir del 800 a. C., encontraremos los primeros rasgos característicos de la cultura etrusca. En este primer período, tenemos las más tempranas representaciones de figuras humanas y animales dentro de diversos objetos, pero no ha sido posible reconocer el contenido mitológico de estas imágenes, por lo tanto, carece de historia para nosotros.

La civilización etrusca tuvo un carácter básicamente urbano, ya que se desarrollaron siguiendo el modelo de ciudades-Estado, gobernados por un cierto número de príncipes que se consideraban como la élite social de cada uno de estos territorios. Por ello, nunca se puede hablar de un país etrusco unificado, ya que, aunque tenían la misma cultura, cada ciudad suponía un reino independiente que seguía sus propias directrices políticas.

En los años centrales del siglo VII a. C., coincidiendo con el período orientalizante, el comercio etrusco se encontraba en su momento de mayor expansión, se hacían a la mar en grandes naves tanto mercantes como de guerra. Su sociedad se encontraba basada en monarquías dentro de cada una de las ciudades-Estado independientes, con un rey que era, a la vez, el sumo sacerdote y el juez supremo. Además, se encontraba jerarquizada, ya que se censaba según el patrimonio en cinco clases sociales distintas, y dividida entre las llamadas gentes *maiores* y *minores*. Sin embargo, hacia el siglo VII a. C., su sistema político y social cambió y pasó a tener un sistema republicano oligárquico dividido en una clase noble con carácter privilegiado y otra artesana y campesina, sobre todo.

Durante el período orientalizante, debido al contacto que sostuvieron con los griegos, se introdujeron en el mundo etrusco diversas innovaciones de tipo tecnológico y cultural. Los dirigentes etruscos se convirtieron en príncipes y aristócratas, mecenas de un rico y refinado arte. El contacto con esta cultura trajo consigo nuevas ideas y nuevos objetos que se adaptaron a la mentalidad etrusca. Este contacto se reflejó, asimismo, en la religión y la mitología adoptándose algunas divinidades o mitos extranjeros, como veremos más adelante en los capítulos relativos a los mitos etruscos. Muchas de las representaciones míticas que surgieron en este momento presentaban claros paralelos con ciertos caracteres griegos con adaptaciones locales, que facilitan, en la actualidad, la identificación del personaje.

Entre finales del siglo V a. C. y comienzos del siglo IV a. C. (coincidiendo con su período arcaico) se desarrolló el apogeo de la civilización etrusca y fue ese su momento de máxima expansión (a través de la confederación de ciudades) y esplendor. Durante el período clásico (474-311 a. C.), las ciudades etruscas entraron en conflicto con diversos pueblos entre los que destacaron los ligures, los vénetos, los picenos, los sabinos y los umbros por

el norte, y los griegos y los cartagineses por el sur, aunque las influencias culturales de estos últimos se habían hecho ya patentes desde el siglo VII a. C. Este momento de declive dio comienzo cuando, tras ser derrotados en Cumas (474 a. C.), perdieron el control del mar Tirreno, a lo que hay que añadir los conflictos con Cartago y la conquista del área de la Etruria interior por Roma. Sin embargo, el auténtico período de decadencia se dio entre los años 311 a. C. y el 265 a. C., momento en el que concluyó la integración etrusca al mundo romano. Sin embargo, y pese al declive político de Etruria, podemos considerar que los etruscos existieron culturalmente hasta el siglo I a. C., momento en el que la mayoría de los investigadores consideran como desaparecido a este pueblo.

Pese a todo, fue durante el período clásico cuando florecieron la mayor parte de las representaciones míticas y se importó desde Grecia un cierto número de convenciones estilísticas que se adaptaron al imaginario local etrusco. Estas adaptaciones han sido interpretadas por varios investigadores como la constatación del hecho de que los etruscos, aunque conocían el arte y la mitología griegas, no la entendieron adecuadamente y prefirieron tomar los modelos helenos para reflejar su propia mentalidad.

Los textos antiguos, que redactaron en su gran mayoría los autores grecolatinos, presentaban a los etruscos con una visión muy particular, que no sabemos actualmente si se correspondería con la verdad. En estos textos, se hacía especial hincapié en el gusto que los tirrenos sentían por la vida, la bebida y los placeres de todo tipo. Sin embargo, también es importante señalar que los etruscos eran un pueblo muy religioso que extendió sus rituales y sus dioses hasta la propia Roma. Estos dos rasgos, un gusto exagerado por la vida y los placeres y su profunda religiosidad, fueron los más señalados por los autores antiguos, a los que hay que añadir la situación social de las mujeres dentro del mundo tirreno. Para estos escritores, era un hecho muy llamativo que las mujeres de los etruscos gozasen de tanta libertad y participasen con los hombres en actos sociales como los banquetes, por eso les gustaba señalar esta actitud junto con las características ya mencionadas.

Tumba de los Leopardos, Tarquinia. Los etruscos fueron conocidos, ya en la propia Antigüedad, por su gusto por los placeres de la vida, algo que se reflejó en la decoración de sus tumbas. En este fresco podemos ver la imagen de un banquete funerario, celebrado a imitación de aquellos que realizaron en vida.

La lengua etrusca no tuvo escritura hasta el siglo VII a. C. aproximadamente, coincidiendo con el momento en el que tomaron contacto con el alfabeto que usaban los griegos. Este alfabeto fue usado también como modelo por parte de otros pueblos itálicos, como los oscos o los picenos, por ejemplo. Se conserva un cierto número de inscripciones etruscas, cuya traducción ha supuesto un reto para los estudiosos dedicados a dicha labor, ya que esta lengua se ha considerado que no es de origen indoeuropeo, lo que dificulta el conocimiento que podamos tener del mundo tirreno. Ello se debía a que, aunque usaban un alfabeto de origen griego, el etrusco podía leerse pero no entenderse, de tal forma que actualmente se desconoce qué querían decir la mayor parte de las inscripciones. Estos problemas con la lengua etrusca han hecho que, en la actualidad, la mejor fuente para conocer los mitos etruscos sean las representaciones artísticas tanto en objetos como en pinturas.

LA RELIGIÓN ETRUSCA

La religión etrusca, la cual compartió algunos aspectos con otras religiones mediterráneas y con ciertos sistemas filosóficos, se basaba en la revelación sagrada (realizada por personajes como Tages o Vegoia, que conoceremos en otro capítulo) y en los textos que se reflejaban en la literatura sagrada, la *Etrusca Disciplina,* con los cuales se quería conocer la voluntad divina (que se manifestaba a través de diversos prodigios llamados *ostenta*, los cuales podían ser elementos meteorológicos, telúricos, cósmicos y orgánicos). Los libros que componían la *Etrusca Disciplina* se encontraban divididos, sobre todo, en los *Libri Haruspicini* (que se usaban para examinar las entrañas de los animales sacrificados), los *Libri Fulgurales* (que ayudaban a interpretar los diversos fenómenos naturales), los *Libri Acherontici* (con doctrinas de salvación para el alma de los muertos) y los *Libri Rituales* (que contenían los rituales, las normas para la fundación de las ciudades…). Los augures y los arúspices se encontraban, de forma casi permanente, consultando estos libros sagrados con los que interpretaban las señales divinas que servían para mostrar la voluntad de los dioses a los hombres. Asimismo, los etruscos usaban la religión como una forma de vida, que se encontraba en torno a una relación especial e íntima existente entre los dioses y los seres humanos. Por ello, los etruscos concibieron su propia historia como un hecho creado e intervenido por unas divinidades implicadas, que marcaban las directrices que los hombres debían seguir.

La base fundamental de la religión de este pueblo la constituían las diferentes prácticas y rituales de carácter mágico. Dichas prácticas, que acabaron pasando a la religión romana, se encontraban basadas en la fulminación (el estudio de señales celestes como los rayos), en la interpretación del vuelo de las aves y el examen del hígado de los animales sacrificados. Pese al evidente origen etrusco de estas técnicas, hubo una clara influencia griega dentro de la adivinación, lo que se refleja en las prácticas con éxtasis, en los sueños premonitorios y en la existencia de oráculos practicados por sacerdotisas. Además, hay que añadir que la religión etrusca regulaba el uso de unas normas fijas para la correcta realización de los

rituales, ya que era sumamente importante desarrollar de forma adecuada los ritos, y una fuerte creencia en los sacrificios de tipo expiatorio.

Como estamos viendo, eran un pueblo profundamente religioso, un hecho en el que coincidían la mayor parte de las fuentes antiguas que hablaban sobre los etruscos. Sus obras representaban, con frecuencia, distintas escenas de carácter sacro y se vinculaban de alguna forma con el mundo de los dioses. Asimismo, los ritos funerarios tenían gran importancia, como se comprueba en la numerosa cantidad de escenas de luchas, sacrificios o muertes dentro de las tumbas que cumplían con una clara función ritual. Este tipo de escenas servían para sustituir las ofrendas de sangre que reclamaban los muertos para su sustento en el más allá, una idea muy arraigada dentro de la mentalidad de los tirrenos.

Dentro del mundo funerario existía también una relación muy estrecha entre el sexo y la religión, que se reflejaba en la enorme variedad de símbolos y escenas de carácter sexual encontradas dentro del arte etrusco. Cuando aparecen estas escenas eróticas dentro de las tumbas sabemos que su función era la de proteger a los difuntos de los posibles espíritus nocivos y demonios que trataban de atormentarlos en su camino hacia el más allá. Eran empleadas con evidentes propósitos religiosos y apotropaicos, honraban con ellas a los dioses y protegían tanto a vivos como a muertos. Este tipo de imágenes causaban un gran impacto visual a los visitantes, lo que permitía a su portador protegerse de todo mal, por lo que cumplían una clara función dentro del espacio religioso, pese a que pudiera parecer un tema inadecuado dentro de un contexto funerario.

Imagen de la diosa Thuran, con aspecto de Lasa, uno de los alados miembros de su cortejo. Thuran era la diosa del amor, de la fertilidad y de la vitalidad dentro del mundo etrusco, además de ser la patrona protectora de la ciudad de Vulci. Tenía carácter apotropaico, podía aparecer dentro de las tumbas como protectora de los difuntos. Normalmente se la representaba con alas, a la imagen de las Lasas, acompañantes de su cortejo, lo que en ocasiones podía llegar a dificultar su identificación.

La religión etrusca contaba con la presencia de varias diosas madre que aparecían representadas en numerosas ocasiones en diversos objetos o escenas. Eran tan importantes que incluso Mnerva (equivalente a la diosa virgen Atenea o Minerva, según griegos o romanos) aparecía en las representaciones artísticas acompañada de sus hijos o bien amamantándolos. De hecho, no conocemos ninguna divinidad femenina etrusca que guardase su virginidad como ocurría con las griegas Atenea, Artemis y Hestia. Asimismo, también es posible encontrar diversas escenas de nacimiento, donde vemos tanto deidades masculinas como femeninas, formando parte del acto de la procreación.

Pese a todo, el elemento más representativo de la religión etrusca era la ausencia de una iconografía claramente establecida y fijada en el caso de diversas deidades, como le ocurría a los griegos. Por ejemplo, los géneros, las edades o las relaciones personales podían ir cambiando según la historia que se narrase. Un claro caso era Tinia (equivalente al Júpiter romano), quien podía aparecer o bien como un joven dios o bien como el adulto barbado que estamos acostumbrados a ver en el caso de Zeus o Júpiter. La misma situación podemos encontrar en las divinidades menores asociadas al círculo de Thuran (la diosa etrusca del amor y la fertilidad) que podían cambiar de género, y aparecían tanto como figuras masculinas como femeninas. Las escenas de carácter mitológico que se conservan muestran a unas divinidades muy similares a las griegas, pero con la particularidad de que se representaban de forma distinta, adaptadas a la cultura etrusca.

EL MÁS ALLÁ ETRUSCO

Los etruscos, al igual que la inmensa mayoría de los pueblos mediterráneos, creían en una vida más allá de la muerte, idea que reflejaban en sus tumbas, urnas y sarcófagos. Esta creencia los llevó a adornar y depositar objetos en los espacios funerarios que, además de ser de utilidad para la posterior vida del difunto, servían para mostrar el estatus y la cultura de los aristócratas. La profusa decoración de las tumbas ayudaba a expresar la devoción que se tenía

a los ancestros familiares, además de la gran importancia que poseía el parentesco para esta sociedad y la idea de una continuidad en el mundo del más allá. Los etruscos intentaban que los difuntos se sintiesen como en casa en sus enterramientos, lo que les llevaba a depositar en ellos numerosas ofrendas que pudiesen ayudarles en su nueva vida.

Túmulo funerario de la necrópolis de Cerveteri. La creencia etrusca sobre el más allá los llevó a tratar de recrear todos los aspectos de su vida en las tumbas, a las que consideraban como su nuevo hogar tras la muerte.

Ya hemos mencionado a los *Libri Acherontici* dentro de los que contenían la *Etrusca Disciplina*. En ellos, se recogía toda la doctrina de salvación que permitía al alma de los muertos alcanzar un estado similar a la inmortalidad y eran deificadas a través de las ofrendas, los ritos y los sacrificios propios de las divinidades infernales. También se reflejaba el viaje que hacía una segunda alma del difunto hacia el más allá, tanto por vía terrestre (usando un carro tirado por caballos) como por vía marítima.

El filósofo neoplatónico Cornelio Labeo escribió que las almas, al fallecer, sufrían un proceso de divinización que les llevaba a convertirse en los llamados *Dii Penates* o *Dii Viales*. Los Penates etruscos, a diferencia de los romanos, habitaban en los Infiernos y se encontraban formados por hombres mortales que, al morir, eran divinizados. El filósofo pitagórico Nigidio Fíbulo nos hablaba de la existencia de cuatro tipos de Penates etruscos, clasificación que también se debe tener en cuenta: un primer grupo pertenecía a Júpiter, otro a Neptuno, el tercero a los *inferi* (las divinidades infernales) y el cuarto a los mortales ya fallecidos. Por tanto, según la clasificación de Fíbulo, el difunto alcanzaba la categoría de deidad y pasaba a formar parte de este cuarto grupo de Penates. Pese a todo, incluso entre los propios etruscos hubo siempre una cierta confusión entre los antepasados ya fallecidos y los Penates, lo que puede traer a equívoco en la actualidad a la hora de distinguirlos.

Dentro del más allá etrusco también era de suma importancia tener en cuenta a los *Dii Animales*, un tipo de divinidad en el que los difuntos se podían transformar. Se realizaba una ceremonia en la que se sacrificaba a un animal y se ofrecía a los dioses la sangre que le brotaba de la herida. La sangre se consideraba como el alma (*anima*) de la víctima, que se identificaba con la vida a través de un proceso simbólico, por lo que se entregaba a los dioses. Por este proceso, el alma del animal pasaba a reemplazar la del muerto y era ofrecida en su lugar a las divinidades infernales. De esta forma, el alma escapaba de la muerte quedando deificada bajo la forma de los llamados *Dii Animales*.

Las actividades funerarias se relacionaban, sobre todo, con la exaltación de los difuntos, lo que les llevaba a poseer un marcado carácter festivo. Se centraban en la realización de libaciones, ofrendas de tipo vegetal e inmolaciones de diversos animales. Mediante la ejecución de estas actividades aseguraban la pervivencia de los difuntos en el más allá, quienes eran elevados a la categoría de dioses, como ya hemos estado viendo, además de ayudar a cohesionar al grupo de los vivos bajo el recuerdo de los que ya no estaban.

Por tanto, los etruscos sintieron una honda preocupación por la muerte, lo que les llevó a considerar muchos de los actos de la vida como los necesarios

preparativos para el mundo de la ultratumba. Sin embargo, es necesario añadir que las primitivas creencias escatológicas de los etruscos fueron modificadas debido a las influencias foráneas que recibieron a lo largo de toda su historia, por lo que variaron ligeramente según el momento que nos encontremos analizando.

El difunto sobrevivía en la tumba, acompañado de los objetos y ofrendas que depositaban sus deudos, mientras que su alma era llevada al otro mundo. Este viaje de ultratumba se fue conformando poco a poco con el contacto de la mitología griega, que influyó directamente en las creencias etruscas sobre el mundo de la muerte. Sin embargo, este más allá era un lugar triste y sin esperanza, poblado por diversos seres monstruosos y demonios terroríficos, tal y como creían los griegos que debía de ser el Hades. En una época más tardía, en cambio, surgió una doctrina de salvación, en la que el alma podía ser acogida tanto en los cielos como en las Islas de los Bienaventurados. En ambos casos, se debía realizar un viaje con claro carácter simbólico, ya fuese por tierra o por mar, acompañado por un delfín o un hipocampo que eran los que los trasladaban al otro mundo. En Etruria, además de estos seres y en relación con el momento de transición del alma, podían aparecer vinculados tanto tritones como otros personajes entre los que encontramos a la Escila, las nereidas y diversos genios (*daimones*) marinos.

Urna cineraria procedente de Chiusi, depositada en el Museum of Fine Arts of Boston. La parte inferior de esta urna se encuentra decorada con una escila, monstruo marino con torso de mujer y cola de pez. Suponía uno de los peligros que se podía encontrar el fallecido durante su viaje hacia el mundo de la ultratumba, por lo que a veces se representaba con carácter apotropaico.

EL PANTEÓN ETRUSCO

Aunque sobre los dioses de los etruscos hablaremos de forma más detenida en otro apartado, no por ello queremos dejar de mencionarlos brevemente en este capítulo explicando algo sobre ellos en relación con su religión.

Entre los siglos IX y VIII a. C., el panteón religioso mostraba unos dioses de aspecto verdaderamente monstruoso, que poco a poco van pasando a tener unas características zoológicas para llegar finalmente a la apariencia antropomórfica. Estas deidades eran clasificadas según su función, y podían

encontrarse dioses celestes, terrestres, acuáticos, guerreros, curativos, infernales…

Los dioses etruscos estaban en permanente contacto con el mundo terrenal. Por ello, los hombres debían conocer siempre sus intenciones y sus deseos, lo que provocaba que tuviesen que entrar en contacto con ellos a través de la aruspicina.

Gracias a objetos como el hígado de Piacenza (un modelo dividido en cuarenta casillas que servía para enseñar a los sacerdotes a interpretar las entrañas de los animales sacrificados) podemos conocer el nombre de numerosos dioses etruscos, la mayoría de los cuales tenían una clara correspondencia con las deidades romanas. Dentro del hígado de Piacenza se localizaban, a los lados de la línea de que dividían ambos lóbulos, dos nombres escritos, que eran *Usils* y *Tius. Usils* era el equivalente al disco solar, por lo que posiblemente ese lóbulo serviría para designar al sol al día, y el otro haría referencia o bien a la luna o a la noche.

Hígado de Piacenza. Este objeto ayudaba a los sacerdotes en sus sacrificios, ya que les indicaban como interpretar las entrañas de las victimas del ritual. Se encontraba dividido en secciones, donde aparecían los nombres de los dioses y el área de influencia que poseían en las entrañas.

El espacio del hígado se subdividía en diversas áreas que recibían el nombre de *templum*. La bóveda celeste se separaba en dieciséis partes, que equivaldrían a la morada de los dioses. En el sector celeste noreste se localizaban los grandes dioses superiores, mientras que los dioses de la tierra y de la naturaleza se encontraban en la zona del mediodía. Finalmente, las divinidades infernales habitaban en la región del poniente.

Además del hígado de Piacenza, conocemos a los dioses y a sus características a través de diversas ruedas celestes, como la famosa rueda de Pallotino. Al igual que en el caso del hígado de Piacenza, las divinidades superiores favorables se hallan en el sector noreste, las terrestres en el mediodía y las infernales habitaban en el sector noroeste, considerado por tanto el más nefasto. El agua se encontraba señalada con la palabra NEQ, que indicaba a Nethuns, el patrón de las aguas.

Por tanto, el panteón etrusco quedaba concebido en función de los augurios. El estudio de las distintas señales del cielo, gracias a la ayuda de elementos como los mencionados previamente, indicaban que dios era el que enviaba el mensaje y, por tanto, cuál era el campo que dominaba.

2
La religión romana primitiva

Como en el caso del mundo etrusco, antes de pasar a hablar de los mitos romanos como tales, vamos a hacer un pequeño recorrido que nos permita acercarnos a la religión de la Roma primitiva confiando en que nos ayude a comprender mejor toda la mitología de este pueblo.

La religión romana es considerada actualmente como un fenómeno tanto cultural como cultual, debido a la gran cantidad de rituales, costumbres y supersticiones que contenía. Contaba con un fuerte sustrato etrusco e indoeuropeo que estaba presente siempre en cada acto religioso que se realizaba. Asimismo, la religión romana se caracterizó por poseer una fuerte permeabilidad, lo que permitió que se pudieran adoptar distintos cultos y dioses extranjeros, siempre que no pusieran en peligro la cohesión social o la estabilidad política. Además, a todo esto hay que añadir la fuerte influencia de la cultura griega sobre la religiosidad del mundo romano, que tuvo también mucho peso sobre las creencias. Por tanto, podemos considerar la religión romana como una amalgama de diversas influencias, que tienen como base un trasfondo europeo.

LOS ETRUSCOS EN LA RELIGIÓN Y LA MITOLOGÍA ROMANA

Los mitos romanos tuvieron un significado histórico y religioso mucho mayor que los mitos griegos, por lo que los escritores clásicos narraban estas

historias como si fueran la verdadera historia del pueblo romano. Sobre esta base, ciertos autores (como fue el caso de Virgilio, entre otros) añadieron algunos aspectos de los mitos y de la historia etruscas en sus textos acerca de los orígenes de Roma. Sin embargo, estos nuevos añadidos se realizaron con ciertas modificaciones, lo que hizo necesario reinterpretarlos para que se adaptasen a la moral romana. Por ello, los motivos iconográficos etruscos que podemos encontrar dentro del arte romano adquirieron un significado muy distinto al original.

Asimismo, dentro del panteón romano se incluyeron algunos dioses en los que se podía ver una fuerte influencia etrusca. Diversos dioses romanos se identificaban con sus correspondientes griegos, pero también con ciertas deidades etruscas, como fue el caso de Júpiter, Zeus y Tinia. Además, tal y como ocurrió en la religión etrusca, las diosas romanas tuvieron mucho más peso e influencia que sus equivalentes griegas. Por ejemplo, Minerva se encontraba más vinculada con la Mnerva etrusca (de la que, además, derivaba su nombre) que con Atenea o, en el caso de la diosa del amor, la Venus Genetrix, madre de Eneas, era una diosa con un cierto carácter venerable que se alejaba de la frivolidad que mostraba la Afrodita homérica, asimilándose más a la etrusca Thuran.

Sestercio de Marco Aurelio con la cabeza del emperador joven en el anverso y un cuchillo de victimario, vaso para sacrificio, vara de augur y *simpulum*. Gran parte del instrumental usado por los sacerdotes romanos durante el culto a los dioses tenían procedencia etrusca.

También es importante añadir cómo, pese a sus orígenes etruscos, los arúspices se trasladaron al mundo romano, colaboraron activamente con el Senado dentro del ámbito político y se convirtieron en un colegio sacerdotal más de la ciudad. Sus funciones se compatibilizaban con las de los demás sacerdocios, de origen romano. Llevaron a Roma gran parte del acervo cultural contenido dentro de la *Etrusca Disciplina*, el cual pasó a la religión romana, con la que se acabó mezclando.

Por tanto, podemos decir que la religión oficial romana se fue gestando ya desde la propia tradición etrusca, de quienes heredan el arte de la adivinación y la *haruspicina*, todo ello adscrito a la *Etrusca Disciplina*, además de cierto número de dioses.

LA RELIGIÓN ROMANA PRIMITIVA

La religión romana, tal y como la describió el prestigioso autor Cicerón en su obra *La naturaleza de los dioses*, se encontraba basada en los presagios y augurios con los que se manifestaban las divinidades y se constituía a través de los rituales, los auspicios y los anuncios proféticos (que podían proceder tanto de los oráculos sibilinos como de la interpretación de las entrañas de los animales sacrificados). Su finalidad era la de mantener unas relaciones estables y duraderas entre los diferentes dioses y la nación, situación que recibía el nombre de *Pax Deorum*. Los autores romanos atribuían el mantenimiento de esta *Pax Deorum* a la organización religiosa de Rómulo y de Numa Pompilio, quienes establecieron que se debía asegurar el favor y la simpatía de los dioses a través de la realización de los rituales y del mantenimiento de las virtudes cívicas.

En sus orígenes, la religión romana se encontraba basada en el culto a los lares, divinidades domésticas que coexistían con algunos dioses del posterior panteón oficial. Era un tipo de devoción privada e íntima, que servía para mostrar piedad y respeto a los ancestros, además de ser una de las mejores formas de conservar las costumbres romanas. Dentro del culto doméstico, y junto a los lares, encontramos también a los penates y a los genios, quienes

tenían el deber de custodiar el hogar y eran los portadores de la tradición religiosa. Se encargaban de transmitir la *pietas*, es decir, el sentimiento que obligaba a los hombres a cumplir con sus deberes para la familia, los dioses y, por supuesto, la patria. Este tipo de religiosidad hundía sus raíces en un tipo de culto que tenía carácter obligatorio y periódico, pero, también, en uno muy íntimo que se relacionaba con los ámbitos domésticos. Además, fue un precedente directo de los posteriores cultos dedicados a los grandes dioses nacionales, como era el caso de Marte, por ejemplo. Los cultos domésticos también estuvieron presentes a lo largo de toda la historia romana, ya que fue la base que usó la religión oficial de la ciudad para consolidarse y desarrollarse.

Por tanto, vemos cómo el culto a los lares se unía, de forma muy íntima, a los comienzos de la historia de Roma, además de al mundo agrario. En origen, solo existía un tipo de lar (el *lar familiaris*) que actuaba como protector de la familia con un marcado carácter tanto funerario como agrícola. Se definía como un espíritu del campo que se introducía en las viviendas para proteger a los esclavos de la casa, viviendo y manifestándose dentro del fuego del hogar, considerado uno de los lugares más sagrados de las casas. Poco después, los lares del hogar se transformaron en los antepasados de la familia actuando como fundadores de cada *gens*. Posiblemente, este tipo de lar tuvo su origen dentro del mundo etrusco y su culto se trasladó hasta el Lacio y Roma. A través de la epigrafía, se sabe actualmente que en Etruria hubo un culto a Lah, divinidad de la que desconocemos casi todo, aunque los investigadores han conectado con los lares romanos. A esto hay que añadir la conexión existente entre las estructuras religiosas domésticas de los pueblos etrusco y romano, ya que en ambos casos se produjo una fuerte unión familiar con el mundo ctónico y agrario.

A los lares y a los genios tenemos que añadir los penates, los cuales eran los espíritus tutelares de la despensa familiar. Se les ofrecían los primeros frutos de todos los productos agrícolas, por lo que a su función sagrada había que sumar otra de carácter agrario. Dentro del mundo arcaico romano, las cosechas suponían el principal y más importante sustento de sus habitantes, lo que hizo necesaria la presencia de una deidad que protegiese a los

alimentos. Por su carácter doméstico, estas divinidades se relacionaban muy estrechamente con los lares y con la diosa Vesta. El vínculo con esta diosa se mostraba en el momento de la consagración de los alimentos, cuando una porción de estos se lanzaba al fuego del hogar para alimentar y honrar a los espíritus. No tenían un aspecto definido, adoptaban la apariencia de otras divinidades. Los ritos que se realizaban en su honor eran, sobre todo, ofrendas y libaciones hechas tanto en la despensa como en el fuego sagrado de las casas.

En el culto doméstico, como ya hemos mencionado, también se encontraba la figura del genio, el portador del linaje familiar vinculado a través del padre de familia. Se representaba bajo la figura de una serpiente debido al fuerte carácter ctónico que poseía.

Con el paso del tiempo, a estas divinidades domésticas se sumaron los manes, que se consideraban como los espíritus de los antepasados muertos, encargados de cuidar y proteger el hogar familiar.

Larario de la Casa de los *Vetii* (Pompeya). Dentro de las diversas divinidades domésticas que adoraban los romanos, las más importantes fueron la de los lares y los penates, quienes cuidaban de la familia y del propio hogar. Poco después, a estos dioses se añadieron los manes, espíritus de los ancestros, y el genio, quien se consideraba el portador de la *gens* familiar. A todos ellos se los daba culto en lararios similares a los de la imagen.

Como hemos visto ya, los romanos no crearon mitos como los de los griegos, sino que consideraban sus propias leyendas como su historia más antigua. Ello los llevó a que, al principio, no representasen a sus dioses bajo apariencia humana ni a que se necesitasen templos o estatuas para realizar las acciones del culto. Creían que todos los seres vivos y los objetos materiales poseían su propio espíritu (llamado *numen*) con poderes sobrenaturales, que se manifestaban en todo proceso vital pero carecían de una personalidad definida. Los dioses romanos adquirieron un aspecto humano en el momento en el que Roma tomó contacto con las colonias griegas más cercanas y con los etruscos, otro pueblo influenciado por las ideas helénicas. Pese a esta clara evolución, las antiguas creencias persistieron a lo largo del tiempo y se mezclaron de forma clara tanto con la superstición como con la magia.

Por tanto, la religión romana siempre se basó en la familia (además de en la gran importancia que tenía la nación para todos los ciudadanos), pero según crecía su influencia y su territorio requería un sistema de creencias más organizado. Este fue uno de los motivos por los que adoptaron a la familia de los dioses griegos pero fundiendo sus personalidades con las características de sus propias deidades, de tal forma que encontramos, por ejemplo, como Júpiter se asimila a Zeus, le padre de los dioses y señor del cielo o como Deméter se vincula a Ceres, la diosa de las cosechas. Los mitos de estos dioses griegos se unieron a las leyendas propias de los heroicos antepasados romanos.

Ya hemos hablado de cómo en el centro de la religión romana se encontraba la familia. Sin embargo, el único que entraba en contacto directo con el mundo divino era el cabeza de familia (*pater familias*), quien se encargaba de realizar todos los rituales necesarios para sostener la paz con los dioses. El padre era el sacerdote del culto doméstico, mantenía la tradición de

su linaje se consideraba como el único y verdadero pontífice de la religión familiar. Ello se debía a que cada *gens* tenía sus propios ritos con los que desarrollaban sus diversos cultos y determinados días del mes en los que debían ofrecer presentes a los lares y los penates de su hogar.

Para la correcta realización de los rituales familiares, se requería la presencia simbólica de los antepasados, quienes debían participar en cada uno de estos cultos. El propio Eneas se representaba como sacerdote, ya que era el jefe del culto familiar y la persona encargada de salvar los penates de Troya llevándolos a Italia. Esta misión de Eneas se trasladó a la figura de todos y cada uno de los romanos, quienes tenían el encargo de mantener el culto a los diversos espíritus protectores.

Las primeras casas romanas tenían una única habitación, que servía de residencia a toda la familia, y en la que había un pequeño altar llamado larario donde se rendía culto a los dioses. Con el paso del tiempo, las casas fueron haciéndose cada vez más complejas a través del incremento de sus habitaciones, pero siempre mantuvieron como una parte imprescindible el larario. Además, por regla general, las ceremonias del culto doméstico se celebraban ante el fuego del hogar, por lo que además del larario, cada casa tenía su *focus patrius*, considerado el lugar más sagrado de la casa.

En la primitiva sociedad romana, el rey actuaba también como sumo sacerdote. Pero, tras la caída de la monarquía en el año 509 a. C., surgió la figura del llamado *rex sacrorum*, que debía ocupar las funciones religiosas del desaparecido monarca. Sin embargo, perdió parte de su funcionalidad a favor del *Pontifex Maximus*, pasando a encargarse tan solo de proclamar las festividades, de dirigir el culto del dios Jano y de la realización de algunos sacrificios. El colegio de los pontífices fue sumamente importante en Roma y se consideraban como el supremo guardián de la pureza de los ritos, que debían cumplir tanto los magistrados como los propios ciudadanos particulares. El *Pontifex Maximus* era tenido por la cabeza religiosa del Estado romano, por lo que se convirtió en un puesto de máxima responsabilidad. Junto a estos, existían otros tantos sacerdotes encargados de vigilar los cultos de los distintos dioses. La figura del sacerdote era comparable a la de cualquier magistrado romano, por lo que su importancia era vital para el Estado.

Los primeros altares se utilizaban parar marcar los lugares frecuentados por los dioses, pero en su mayoría acabaron siendo sustituidos por los templos. Sin embargo, los altares que subsistieron no fueron abandonados y continuaron en uso, ya que pertenecían al dios. Según fue avanzando la historia de Roma, se comenzaron a construir templos, grandes edificios destinados a ser la residencia de los dioses y los lugares donde se les daba culto, que se sumaron a los primitivos altares.

Relieve del emperador Marco Aurelio realizando un sacrificio con el templo de Júpiter Óptimo Máximo al fondo, Museo Capitolino de Roma. En esta imagen podemos ver al emperador, con la cabeza velada, llevando a cabo un sacrificio junto a un sacerdote. En este caso, la victima escogida es un toro, que será golpeado por el hacha del personaje de la derecha, mientras suena la música que evita todo presagio desfavorable.

Los principales actos religiosos eran la oración y el sacrificio. Con el paso del tiempo, la oración perdió el carácter obligatorio de fórmula mágica con la que se trataba de forzar favorablemente las acciones del dios, ya que la relación del hombre con la deidad era similar a la que adquirían dos contratantes. La oración se realizaba habitualmente antes y después del sacrificio, de tal forma que era necesaria para celebrar de manera correcta la ceremonia. El sacrificio, al principio, se realizaba para satisfacer el apetito físico del dios, pero poco a poco se transformó en un acto de homenaje con el que complacer a la respectiva deidad. Suponía el acto religioso por excelencia, ya que ayudaba a poner en contacto con la divinidad cuyo favor se deseaba obtener. Existían dos tipos de sacrificios, los cruentos (que implicaban necesariamente el derramamiento de la sangre de las víctimas) y los incruentos (que consistían en ofrendas de frutos y flores, junto a las libaciones de líquidos). Se escogía a una víctima que satisficiese al dios, ya que algunas deidades tenían determinados animales favoritos que preferían para el sacrificio. Por ejemplo, a la diosa Ceres le complacía la inmolación de un cerdo para ganarse su ayuda o Esculapio requería gallos en sacrificios dirigidos a él. Los dioses superiores solían preferir a las víctimas de color blanco, mientras que los inferiores escogían a las de color oscuro. Dioses como Vulcano y Robigo tenían como víctimas favoritas a los animales de color rojo, lo que nos muestra la importancia de no dejar nada al azar a la hora de realizar los sacrificios a los dioses.

A finales de la República, se introdujeron en Roma nuevos cultos y la filosofía helenística, los cuales modificaron de forma sustancial las creencias religiosas. Durante el período altoimperial se podía encontrar una mezcla de religiones orientales, africanas y bárbaras que se mezclaban con la primitiva religión del Lacio, modificándola sustancialmente.

LOS DIOSES ROMANOS

Los romanos tuvieron uno o varios dioses protectores para cada una de sus actividades, momentos u objetos importantes. Tenían *numen*, es decir, poder divino, pero carecían de definidas personalidades individuales. Sus dioses no tenían aventuras o vínculos familiares propios, como ocurría en el caso del mundo griego, y, de hecho, las principales deidades tomaron las relaciones familiares existentes en el panteón olímpico. Por tanto, los romanos identificaron a las principales divinidades griegas con algunos de sus propios dioses, como iremos viendo a lo largo de todo este libro. Júpiter, Neptuno, Marte, Venus y Vesta se correspondían con los griegos Zeus, Poseidón, Ares, Afrodita y Hestia, y adquirieron prácticamente las mismas características que sus homólogas del mundo helénico. Otras, como por ejemplo Juno, desempeñaron funciones similares a las divinidades de los griegos, pero tuvieron un origen muy distinto. La mencionada Juno, en principio, fue una deidad asociada claramente con los jóvenes guerreros que adquirió su papel predominante de esposa de Júpiter más tarde. O Cronos, que fue identificado de manera ligeramente artificial con Saturno, un dios latino de la recolección que se relacionaba, como veremos más adelante, con el mito de la Edad de Oro. Por último, encontramos otro cierto número de dioses que sencillamente fueron creados a partir de la recepción de las divinidades griegas. Tal fue el caso de Mercurio, el Hermes heleno, que fue rebautizado con este nombre a su llegada a la ciudad manteniendo sus atributos y sus características.

Por tanto, como hemos estado viendo, los romanos eran sumamente permeables a la recepción de nuevos cultos y dioses siempre que no entraran en contradicción directa con el *mos maiorum* (las costumbres y la moral transmitida por los antepasados). A través de un complejo ritual, invitaban a deidades extranjeras a que formasen parte del panteón romano, de tal forma que acababan asimilándolas como propias y dándoles culto. Así le ocurrió, por ejemplo, a Cibeles, la *Magna Mater* romana, que fue traída desde Asia Menor durante el conflicto con Aníbal, o incluso a la propia Juno, patrona de la ciudad etrusca de Veyes, a quien durante el conflicto con esta ciudad se le rogó que abandonase a sus protegidos para pasar a cuidar del noble pueblo romano.

En el primer libro de la *Res Rusticae* de Varrón aparecen mencionados doce *Dii Consentes* (dioses consejeros) principales dentro del panteón romano: Júpiter y Tellus (con categoría de grandes creadores), el Sol y la Luna (sus ciclos eran imprescindibles tanto para la siembra como para la recolección), Ceres y Líber (que otorgaban al hombre los frutos necesarios para su alimentación), Robigo y Flora (quienes cuidaban de la floración y, además, evitaban la peste), Minerva, Venus, Lympha y Bonus Eventus. Varrón presentaba un grupo de poderosos dioses de tipo rústico, en conexión directa con la tierra, que gobernaban a los demás, lo que debemos interpretar como la lista de los primeros dioses romanos importantes. Sin embargo, estas divinidades con carácter agrario fueron perdiendo su papel predominante tras la llegada de los doce dioses olímpicos, los cuales comenzaron a ocupar el panteón romano y se estableció definitivamente la siguiente lista que autores como Tito Livio organizaban en las siguientes parejas: Júpiter y Juno, Neptuno y Minerva, Marte y Venus, Apolo y Diana, Vulcano y Vesta y Mercurio y Ceres.

Pórtico de los *Dii Consentes* en el Foro de Roma. En esta zona del Foro se daba culto a los doce *Dii Consentes*, es decir, los principales dioses dentro del panteón romano. La lista de estos dioses se componía de Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana, Venus, Marte, Mercurio, Júpiter, Neptuno, Vulcano, y Apolo, equivalente al grupo de dioses olímpicos de Grecia.

Por tanto, vemos como Roma tenía sus propios dioses, tanto de origen autóctono como los que aparecieron tras la apropiación cultural de algunas divinidades etruscas o griegas. Los dioses menores con carácter doméstico, como los lares, coexistieron con las grandes divinidades olímpicas, los creados por los emperadores y los dioses extranjeros. Los elementos con carácter zoológico, presentes tan solo en los primeros momentos de la historia romana, desaparecieron de la religión, ya que desde muy pronto se produjo la antropomorfización de los dioses romanos. San Agustín de Hipona afirmaba que los romanos de época monárquica daban culto a sus dioses sin

usar ningún tipo de representación material iconográfica, en una suerte de aniconismo similar al que tienen dentro de la religión judía. Plutarco sostenía esta misma idea y, además, atribuyó al rey Numa Pompilio la prohibición de honrar a los dioses usando formas tanto antropomorfas como zoomorfas. Sin embargo, pese a la opinión del obispo San Agustín y de Plutarco, otros autores transmitieron la idea de que sí hubo representaciones materiales de los dioses dentro de la Roma primitiva. Es el caso de Propercio, quien aludía a una estatua de Júpiter con un rayo hecho de terracota entre sus manos, o de Tito Livio, quien hablaba de la existencia de imágenes hechas con terracota de sus ancestros. Ovidio afirmaba que la única divinidad que no llegó a ser representada bajo forma antropomórfica fue la diosa Vesta, vinculada al fuego sagrado del hogar.

Mucio Scévola estableció una clasificación de las diversas divinidades en la que diferenciaba tres tipos de dioses. En la primera categoría incluyó a los dioses de los poetas, es decir, los dioses ficticios utilizados como recurso estilístico por los escritores, mientras que en la segunda sitúo a las divinidades concebidas por los filósofos, cuyas características eran determinadas en las distintas discusiones filosóficas que servían para establecer su esencia y sus cualidades. En la última, aparecían los dioses oficiales del Estado, a los que era necesario dar culto público para mantener la prosperidad de la ciudad.

Los dioses más importantes de Roma fueron agrupados bajo la forma de una tríada, es decir, un grupo de tres dioses. Existió una primitiva tríada compuesta por Júpiter, Marte y Quirino, que fue sustituida por la conocida Tríada Capitolina. Marte y Quirino eran las divinidades principales de los latinos que habitaban en el Palatino y de los sabinos del Quirinal justo en el momento en que se fusionaron tras la fundación de Roma. Marte era un dios belicoso, cuyo campo de acción era la guerra pero también la naturaleza, carácter este último que compartía con Quirino, mientras que Júpiter era una divinidad celeste y el soberano de los dioses. En tiempos primitivos, cada uno de estos dioses asumía el carácter de los otros dos, pero fue la posterior organización de la religión romana la encargada de especializarlos con un aspecto determinado. Coincidiendo con un intento de fusión de elementos etruscos y latinos, los reyes etruscos de Roma modificaron el conjunto de los

dioses que conformaban la tríada por una nueva en la que encontramos a Júpiter, Juno y Minerva. Esta nueva tríada, conocida como Tríada Capitolina, simbolizaba al propio Estado romano y fue exportada a todos los territorios conquistados por ellos.

Tríada Capitolina, Museos Capitolinos de Roma. Los dioses más importantes del Panteón romano eran los pertenecientes a la Tríada Capitolina, presidida por Júpiter y acompañado por Juno y Minerva. Fotografía de la autora.

Por tanto, la mayor parte de los autores consideran que hubo unos cuatro períodos dentro de la religión romana: un primer momento, entre la etapa monárquica y el 218 a. C., donde hubo una mezcla entre creencias de tipo animista y religión de carácter agrícola; la llegada de dioses de influencia etrusca, que coincidió con el reinado de los soberanos etruscos; entre el 218 a. C. y el fin de la República se produjo una fuerte helenización de la religión romana, por lo que el panteón de dioses quedó conformado por los

Olímpicos; el sincretismo de las divinidades romanas con los dioses orientales, que se mantuvo hasta la llegada del cristianismo.

Fueron todas estas modificaciones las que permitieron que conozcamos tal cual a la propia religión romana, ya que todas ellas fueron básicas para el desarrollo religioso y mitológico de Roma. Podemos, por tanto, definir a la religión romana como una amalgama y un conjunto de creencias influidas, sustancialmente, por las culturas griega y etrusca a las que se añadió, ya en plena época imperial, cierto número de dioses orientales.

3
La helenización de las religiones etrusca y romana

A la hora de hablar sobre las religiones etrusca y romana hemos destacado en ambas la gran influencia que tuvo la religión griega sobre ellas. El enorme peso que tuvo el mundo heleno sobre estas dos culturas de la península itálica fue vital, sobre todo para su desarrollo religioso, por lo que en las siguientes paginas vamos a hablar brevemente sobre cómo se produjo este fenómeno tan importante.

LA HELENIZACIÓN DE LA RELIGIÓN ETRUSCA

A lo largo de los siglos VIII y VII a. C., coincidiendo con el período orientalizante de la cultura etrusca, se adoptó en Etruria tanto el alfabeto (que usaron para escribir su propia lengua) como los mitos griegos, e importaron algunas tradiciones y sagas enteras que acogieron como parte de su propia cultura. En ese momento, también tomaron las representaciones artísticas griegas para reflejar los personajes y las historias de su cultura y les dieron una imagen similar a la que tenían en Grecia, pero las dotaron de un significado claramente etrusco. En las ciudades tirrenas se comenzó a producir una intensa helenización al imponerse el gusto por la moda griega. Para los artistas de Etruria, los vasos griegos fueron una rica fuente de donde extraer las imágenes de las escenas mitológicas, las cuales usaron para

plasmar su propia mitología. Además, con estas escenas griegas, los artistas etruscos decoraron sus cerámicas, objetos e incluso cámaras funerarias en detrimento de sus imágenes originales. Por tanto, este intercambio cultural que se produjo entre los etruscos y diversas civilizaciones como la griega favoreció, de forma clara, la recepción de los repertorios iconográficos helénicos que fueron adoptados por la inmensa mayoría de la élite social. Sin embargo, aunque conocían a la perfección el abundante repertorio de mitos griegos, prefirieron escoger tan solo cierto tipo de temas, los cuales representaban a su manera dotándolos de un significado distinto o bien añadiendo elementos que hubiesen sido sumamente llamativos en el contexto original y que nos permiten distinguirlos claramente en la actualidad.

La mitología etrusca se diferenciaba de la griega, principalmente, por la gran importancia que cobraron las deidades femeninas, una característica que contrasta de forma clara con la gran misoginia que sostuvo la cultura helénica. Los etruscos mostraban en sus representaciones a las diosas, junto con sus matrimonios y sus hijos, lo que contribuía a reflejar su mentalidad religiosa y social. Las diosas tenían habitualmente mayor importancia que sus equivalentes masculinos, lo que se mostraba de forma clara dentro de la representación de las escenas rituales y religiosas. El ejemplo más claro es el caso de Uni/Hera. La religión griega relegó a Hera a ser tan solo la consorte de Zeus, mientras que la Uni etrusca era una divinidad poderosa, cargada de gran significación. Pese a la importancia que tuvieron las diosas en el mundo etrusco, con la llegada de las escenas mitológicas griegas, se produjo un gran predominio dentro del arte de los desnudos masculinos, ya fuera de divinidades o de personajes representativos de la sociedad.

Otra importante diferencia entre las mitologías griega y etrusca la constituía la gran importancia que los tirrenos daban a las parejas, ya fuesen divinas o humanas. La pareja conyugal aparecía representada de forma muy frecuente dentro del arte etrusco bajo la forma del llamado *symplegma* o abrazo sexual, ya que dentro de la aristocracia era tan importante la familia de la mujer como la del marido. La posición de la mujer dentro de la sociedad etrusca fue un tema muy controvertido ya incluso en la propia Antigüedad, puesto que no se correspondía con la práctica habitual de las demás sociedades. Sin embargo, la investigación actual ha confirmado esta situación

en la que la pareja tenía el mismo valor social. Asimismo, los etruscos empleaban en sus representaciones un gran abanico de imágenes con carácter sexual y, como hemos visto, cambiaban los modelos griegos para representar sus propias ideas y costumbres. El arte etrusco mostraba la profunda conexión que existía entre el sexo y la muerte, conexión que se puede encontrar en bastantes sociedades antiguas. Las numerosas representaciones acerca de los matrimonios de la nobleza, motivo frecuente dentro del arte etrusco, mostraban la gran importancia que tenía la familia y de cómo esta conseguía perpetuarse a lo largo del tiempo gracias al establecimiento de los linajes. El arte etrusco usaba la potente fuerza de los símbolos con propósitos religiosos, rituales y apotropaicos, con los que se aseguraban la fertilidad, la pervivencia de la familia, un viaje fácil a la ultratumba por parte de los difuntos y protección tanto para los vivos como para los muertos. Ver determinadas imágenes en ciertos entornos inesperados provocaba un enorme impacto psicológico, que servía para defenderse del mal y del miedo, cumpliendo con una clara función ritual dentro del arte funerario. Se colocaban sobre todo en los sepulcros, considerados el lugar donde el hombre se encontraba con la divinidad.

Marte etrusco de Todi, Museos Vaticanos. Esta estatua de bronce fue donada al templo dedicado al dios de la guerra Maris, asimilado al Ares griego, por el ciudadano etrusco Ahal Trutitis. Representaciones así nos hablan de la manera en la que los etruscos acabaron asimilando la cultura griega interiorizándola de tal forma que los artistas adoptaron las características artísticas del mundo helénico.

Por tanto, hemos visto cómo los etruscos daban su particular impronta a los mitos griegos, tanto por la elección de los mismos que realizaban como por el modo en el que los representaban. Un buen ejemplo sobre cómo los gustos de los tirrenos se reflejaban en sus creencias es la gran cantidad de escenas sangrientas y de batallas que podemos encontrar dentro del arte funerario. Los artistas etruscos escogieron diversos mitos griegos en los que aparecían combates, sacrificios, muerte, desmembramientos y diferentes formas de violencia y los representaron en las tumbas en sustitución del ritual funerario que servía para proveer de sangre a los muertos (su alimento favorito). Este tipo de imágenes se usaban para sustituir los auténticos sacrificios de sangre con los que, al principio, se honraba y alimentaba a los muertos.

Dentro de la mitología etrusca es posible encontrar diversos mitos clásicos (representados siguiendo la tradición artística y literaria del mundo griego) mezclados con personajes y leyendas locales. Eran representados por los artistas usando modelos griegos pero mostrando las ideas etruscas, lo que nos ha permitido atisbar en la actualidad parte de sus creencias religiosas, sus ritos funerarios y, por supuesto, su estructura social. El pueblo etrusco transformó las ideas y los iconos griegos y los enriqueció gracias a la adaptación que realizó para su uso artístico. Los modelos griegos, por tanto, se acomodaron a las necesidades locales, una idea que hay que tener en cuenta en la actualidad a la hora de estudiar el mundo religioso etrusco.

La mitología griega se difundió por toda Etruria. Durante el período arcaico tardío, los dioses etruscos fueron mostrando una clara dependencia iconográfica de los prototipos griegos y terminaron también por representarlos de forma antropomorfa. El modelo griego había favorecido el proceso de humanización e individualización de los dioses etruscos proporcionando sus símbolos a las deidades más poderosas del panteón. Además, a lo largo del proceso de asimilación, los dioses nacionales del mundo etrusco fueron convertidos prácticamente en héroes locales y se agruparon a las divinidades menores que tenían parecidas características, por lo que perdieron parte de su compleja personalidad inicial.

La asimilación se consideraba culminada ya en el siglo IV a. C., cuando encontramos perfectamente asentados a los héroes helenos dentro de la vida,

el arte y el lenguaje etruscos. En ese momento hizo también aparición dentro del arte funerario el tema del sacrificio de los prisioneros troyanos, un episodio mítico que se encontraba inspirado en el poema de la *Ilíada* y con el que complacían su gusto por la sangre. Asimismo, la *Etrusca Disciplina* asimiló diversas ideas de la filosofía griega, las cuales aparecieron ya plenamente integradas en el siglo II a. C. Todos estos aspectos mencionados son los que hacen que nos demos cuenta de lo perfectamente asimilada que estaba la cultura helénica dentro del mundo etrusco.

La iconografía mitológica que se encontraba dentro de los sarcófagos pintados era bastante diferente a la que se podía ver en la pintura mural de las tumbas durante el siglo IV a. C. Mientras que esta pintura descansaba sobre la tradición griega, la gran mayoría de los sarcófagos mostraban en las cubiertas figuras recostadas que miraban al espectador o tenían forma de techo. En las cajas de estos contenedores se presentaban diversas pinturas y relieves con tres temáticas principales: la amazonomaquia (el combate de las amazonas), el *tierkampf* o lucha contra las fieras, y la presencia de los demonios de la muerte. Estos tres temas fueron muy populares hasta finales del siglo IV a. C., momento en el que desaparecieron a favor de un nuevo tipo de sarcófago conocido como *hall-sarcophagi*, con delgadas columnas o pilares en la esquina, con un carácter más decorativo que simbólico.

Dentro de algunos sarcófagos se representaban los mitos troyanos y tebanos, episodios característicos de la literatura griega. Aparecían imágenes vinculadas al sacrificio de los prisioneros troyanos realizado por Aquiles (a veces, acompañados por los dioses infernales), el sacrificio de Polixena o bien otras escenas que implicasen derramamiento de sangre, con la que se alimentaba al difunto propietario del sarcófago. El uso de cierto tipo de imágenes mitológicas dentro de los diversos contenedores funerarios se relacionaba, de forma muy clara, con la elección consciente de sus propietarios, quienes escogían que escenas querían mostrar en su última morada, además de realzar su alto nivel social.

Por tanto, durante el período arcaico se produjo una invasión de los temas, mitos y modelos griegos. Las figuras y escenas mitológicas usaban los convencionalismos propios del mundo griego, pero adquirieron un significado local. Sin embargo, y pese a esta profunda adopción de la

mitología griega, para los etruscos (como les pasó también a los romanos) muchas de las leyendas griegas entraban más en el campo de una literatura de ficción que en el de las creencias religiosas solemnes.

Sarcófago de Torre San Severo (Orvieto), Museo Claudio Faina. En este sarcófago, fechado entre el 320 y el 300 a. C. y con escenas relacionadas con el ciclo troyano, podemos ver el gran gusto que sentían los etruscos hacía la mitología griega y los relatos que implicaban el derramamiento de sangre. Este tipo de imágenes, representadas en los monumentos funerarios, se relacionaban con las creencias que sostenían que la sangre, líquido vital, era el alimento favorito de los difuntos que necesitaban recibir para su supervivencia en el más allá.

LA HELENIZACIÓN DE LA RELIGIÓN ROMANA

Al igual que le ocurrió al mundo etrusco, Roma entró en contacto con la cultura y la religión griega gracias a la influencia de la Magna Grecia. Y como les ocurrió a los etruscos, la primitiva religión romana fue transformada gracias a los influjos culturales recibidos.

La *interpretatio graeca* había modificado sustancialmente diversos campos de la religión tradicional romana transformándola profundamente, al igual que ocurrió cuando entraron en la ciudad las distintas creencias provenientes del Mediterráneo oriental. A partir del siglo II a. C., la primitiva religión romana se había convertido en una amalgama de prácticas rituales, oficiales y frías, a las cuales el pueblo asistía únicamente por costumbre y superstición. En ese momento, las élites aristocráticas comenzaron a sustituir sus antiguas creencias por distintas doctrinas filosóficas que llegaron a Roma gracias a los influjos de la civilización helenística. Muchos de los rituales que se habían realizado hasta ese momento eran sumamente complejos y minuciosos, pero muy pocos de ellos se encontraban relacionados con alguna historia mítica, lo que facilitó, sin duda, la adopción del *corpus* de leyendas griegas.

La religión romana primitiva tenía un marcado carácter agrario, provocado por la condición de campesinos-soldados que tenían los habitantes de la ciudad. Las fuerzas de la naturaleza se divinizaron, otorgándole un claro carácter animista a estas primeras manifestaciones religiosas. No tenía contenido dogmático y estaba controlada por el Estado, que se encargaba de que el hombre cumpliese con los ritos haciéndoles sentir que pertenecían a la misma comunidad. Pese a que los reyes etruscos construyeron los primeros templos de la ciudad y establecieron las primeras estatuas dedicadas a los dioses, carecían tanto de leyendas como de mitos relacionados con el mundo divino, por lo que fueron los griegos quienes introdujeron su mitología, que adoptaron plenamente. Cuando entraron en contacto con Grecia, aceptaron fácilmente la religión griega, recibieron su teología y asimilaron algunos dioses autóctonos con las divinidades recién llegadas. El culto romano sufrió un fuerte impacto helenizante a partir del año 217 a. C. Por tanto, en época tardorrepublicana, las divinidades propias de los romanos se asimilaron de forma plena con las griegas y pasaron a formar parte de la religión oficial. Sin embargo, recibieron otros nombres; por ejemplo, el Hermes griego se llamó Mercurio, y se encargaban ambos de velar por los comerciantes y mercaderes.

A los primitivos dioses latinos con carácter agrario se sumaron otros dioses de origen itálico y divinidades griegas y orientales, y formaron una

religión muy compleja que fue evolucionando durante toda la historia de Roma, evolución que se adaptó a las exigencias de la política. Por ello, vemos como Roma perfiló los distintos aspectos de los mitos a partir del contacto directo que mantuvieron con el mundo griego. Entraron en contacto con la civilización helénica en primer lugar gracias a la intermediación de los etruscos, pero la helenización del mundo romano se hizo más intensa a partir de las guerras samnitas. A través de este contacto, llegó a la ciudad el ciclo mítico troyano que asignaba a los romanos un origen divino como herederos de la destruida Ilión, que les llevaría a regir los destinos del mundo conocido.

NOMBRE GRIEGO	NOMBRE ETRUSCO	NOMBRE ROMANO
Zeus	Tinia	Júpiter
Poseidón	Nethuns	Neptuno
Hades	Aita	Plutón
Hera	Uni	Juno
Deméter		Ceres
Afrodita	Thuran	Venus
Atenea	Mnerva	Minerva
Ares	Maris	Marte
Hefestos	Sethlans	Vulcano
Apolo	Aplu/Apulu	Apolo
Ártemis	Artumes	Diana
Hermes	Turms	Mercurio
Dionisos	Fufluns	Baco

Tabla con los principales dioses griegos y sus equivalentes en las mitologías etrusca y romana.

4
Las creencias religiosas y los mitos de los pueblos itálicos

En este capítulo vamos a conocer, de forma muy breve, algunos de los mitos de ciertos pueblos itálicos. Debido a la gran importancia que tuvieron las culturas etrusca y romana, los autores antiguos se centraron en transmitir los mitos de estas, por lo que de los demás pueblos itálicos conocemos poco y la mayoría de lo que sabemos se relacionaba de alguna forma con la propia Roma.

Para los griegos, los pueblos que habitaban la península itálica tenían un lejano origen en el Egeo y se vinculaban directa o indirectamente con el mundo helénico. Esta ascendencia fue impuesta y bien aceptada, ya que se consideraba que reivindicar un origen griego era lo más parecido a tener carta de nobleza entre el resto de los pueblos de Italia. Sin embargo, dicha aceptación no implicaba que los pueblos itálicos renunciasen a su propia personalidad autóctona, mostrada en el mantenimiento de sus tradiciones y héroes locales, los cuales se adaptaron a este nuevo componente egeo.

LOS SABINOS

Dentro de todos los pueblos que habitaban Italia, uno de los más importantes (sobre todo para nosotros, que conoceremos de forma amplia los mitos romanos) era el sabino. Fue un pueblo que habitó en la zona del Lacio desde

la época protohistórica hasta, aproximadamente, la fundación de Roma, momento en el que poco a poco comenzaron a asimilarse a los romanos. Compartió ciertas similitudes culturales con otros pueblos de origen itálico, como los umbros o los oscos.

Por el área del Lacio se produjo una fuerte expansión sabina que los autores actuales vinculan con el desarrollo del rito del *ver sacrum* (literalmente, primavera sagrada), una ceremonia mediante la cual esperaban el regreso de la estación favorable para poder mandar a algunos jóvenes a buscar nuevos territorios donde asentarse. Tras haberse celebrado la ceremonia del *ver sacrum*, se escogía a cierto número de ciudadanos, generalmente varones jóvenes, que partían de su hogar para fundar nuevas colonias guiados por el dios Marte, quien les ayudaba en su propósito.

Sin embargo, y pese a estas colonizaciones sabinas, con el comienzo de la expansión latina se produjo una rápida asimilación de los sabinos con esta cultura del Lacio. Fue tan intensa que durante la monarquía romana vamos a encontrar que hubo tres reyes de origen sabino gobernando en la ciudad: Tito Tacio, Numa Pompilio y Anco Marcio.

Denario del año 89 a. C. con la cabeza del rey Tito Tacio. Este monarca, originario de la ciudad sabina de Cures, compartió durante cinco años el trono de Roma junto a Rómulo, lo que nos demuestra la rápida asimilación de los sabinos con la cultura romana.

De los sabinos conocemos bastante gracias al estudio de las fuentes clásicas, quienes nos hablan de la gran religiosidad y valentía de este pueblo. Tito Livio, en su *Historia de Roma*, nos menciona la gran importancia que tenía para los sabinos la figura del augur o del rey-sacerdote como intérpretes de la voluntad divina (el mejor ejemplo de este tipo de monarca es Numa Pompilio, en Roma). Los sabinos creían que los dioses se manifestaban en todas las formas de la naturaleza, por lo que el vuelo de los pájaros se consideraba como el medio ideal para interpretar la voluntad divina. Además, los sabinos separaban los templos y los santuarios de la ciudad construyéndolos normalmente fuera de los límites urbanos. Preferían construir los edificios sagrados en zonas estratégicas del valle del Tíber, como ocurría con el *Lucus Feroniae*, un santuario consagrado a la diosa Feronia y ubicado junto a un bosque sagrado en un vado del río.

Aparte de distinguir entre el espacio de los dioses y los hombres, existía una diferenciación entre la zona de los vivos y los muertos. El difunto era enterrado con todas sus propiedades, lo que, además de ayudarle en su vida de ultratumba, definía su estatus social.

EL ORIGEN DE LOS SABINOS

Los sabinos tenían, como los romanos, un origen mítico que conservamos bien reflejado en dos fragmentos de Catón, al que relacionaban con sendos epónimos: Sabino (el hijo de una divinidad indígena) y Sabo (un lacedemonio emigrado).

Se consideraba que los sabinos recibieron su nombre gracias al héroe indígena Sabino, hijo del dios Sanco, el cual se identificaba con el latino *Dius Fidius*. Sin embargo, en otros fragmentos Sabino era sustituido por el espartano Sabo. Es posible pensar que los sabinos fueran lacedemonios que, guiados por Sabo, formaron en Italia un nuevo pueblo. Pero otra posibilidad que se debe contemplar es que, sobre una población autóctona ya existente en la zona de la Sabina se asentase un espartano, o bien que un pequeño grupo de ellos se impusiese: «Eran los Sabinos en gran número y muy guerreros, y habitaban pueblos abiertos, siendo el ser grandemente alentados propio de unos hombres que eran colonia de los Lacedemonios» (Plutarco, *Vida de Rómulo*, XVI).

La interpretación de que sobre una población ya existente se asentase un grupo de espartanos dirigidos por un tal Sabo se ajustaba a una tradición local que recogía Dionisio de Halicarnaso en su obra. Este autor nos contaba como unos espartanos, descontentos con la estricta legislación de Licurgo, abandonaron su patria para establecerse en el país de los sabinos, a los cuales transmitieron sus costumbres y con los que se mezclaron.

Por tanto, la idea de un origen espartano de los sabinos se encontraba muy extendida, una idea que servía ya en la propia Antigüedad para justificar su austero modo de vida. En cambio, la primera de las tradiciones, que relacionaba el origen de los sabinos con Sabino, derivaba de diversas fuentes

locales. Detrás de este héroe epónimo, los investigadores actuales intuyen la presencia del antepasado mítico, el *Pater Sabinus*, considerado como el padre de todo el pueblo sabino.

Aunque los sabinos se proclamaban descendientes del héroe Sabino, a partir del siglo III a. C. se comenzó a admitir la presencia de un componente espartano, y se produjo el sincretismo de las dos versiones acerca de sus orígenes.

MODIO FABIDIO

Otro de los mitos propios de los sabinos era aquel que se pone en relación con la historia del héroe Modio Fabidio.

Durante el tiempo en el que el pueblo de los aborígenes, los cuales conoceremos mejor más adelante, vivieron en la región de Reate (la actual Rieti, en la zona central de Italia) hubo un baile para honrar al dios Quirino en el que participó una noble doncella. El dios, al verla bailar, decidió secuestrarla asombrado por su gran belleza. La atrajo a su templo y allí la sedujo y la dejó embarazada. De esta unión nació Modio Fabidio.

Modio Fabidio dedicó parte de su vida a ser un soldado y se distinguió por sus hazañas bélicas, pero al final quiso crear una ciudad y un reino para él, por lo que marchó con un grupo de compañeros y partió para detenerse en un punto concreto. Allí decidió fundar Cures, una ciudad sin muros ni obras defensivas que recibió este nombre en homenaje al padre de Modio Fabidio, Quirino. El héroe decidió no amurallarla debido a que estaba situada encima de una colina y a que estaba protegida por el mismo dios Marte, la divinidad más importante de los itálicos.

LA PRIMITIVA POBLACIÓN DEL LACIO

Antes del establecimiento de los latinos, pueblo que conoceremos a continuación, muchos autores consideraron que el Lacio estaba habitado por otros primitivos habitantes. En su mayoría coinciden en que estos primeros pobladores del Lacio eran los aborígenes.

Sobre la existencia de los aborígenes existen varias versiones. Hiperoco de Cumas hablaba de unas gentes que eran originarias de Atenas, las cuales se asentaron en Sicione y Tespies. Sin embargo, la llegada de una carestía provocó que la mayoría de ellos emigrasen a otros territorios hasta llegar finalmente al Lacio, donde recibieron el nombre de aborígenes. Estos primeros pobladores fundaron una ciudad a la que llamaron Valentia, ciudad que tras la llegada de Evandro y Eneas fue rebautizada como Rhome. Catón, a través de los textos de Dionisio de Halicarnaso, nos contaba que los aborígenes eran, en realidad, unos griegos procedentes de Acaya, los cuales llegaron a Italia varias generaciones antes de la guerra de Troya.

Virgilio, en cambio, aludía a una primitiva población asentada en el Lacio con un claro origen autóctono mencionando que habían nacido de los árboles. Sin embargo, para el autor de la *Eneida*, eran latinos y no aborígenes quienes habitaron esta zona por primera vez. Estos latinos fueron descritos como gente incivilizada que carecía de toda cultura hasta que llegó Saturno y les trajo las leyes y el conocimiento. Gracias a la acción de diversos reyes, los latinos pasaron a un estadio de civilización.

Otras antiguas tradiciones griegas contaban cómo, diecisiete generaciones antes de la guerra de Troya, el héroe arcadio Enotrio abandonó su patria tras mostrar su desacuerdo con la herencia de Licaón, su padre. Marchó, en compañía de su hermano Pencetio y de varios de sus compatriotas, en una expedición que llegó finalmente a Italia. Pencetio se asentó en el promontorio de los Yápigas (que se situaba en la costa del Adriático) y dio origen al pueblo de los pencetios. En cambio, Enotrio se dirigió hacia la costa occidental y se asentó en la zona de la Sabina. Llamaron a esta región Enotria, en homenaje al héroe, y dieron lugar a los aborígenes. Ellos recibieron a los pelasgos y a los sabinos, quienes los expulsaron y los obligaron a desplazarse hacia el Lacio, región que ocuparon tras expulsar a los primitivos pobladores, los sículos.

Los investigadores actuales consideran que los aborígenes fueron creados a propósito en la Antigüedad con una función clara de etnogénesis. En general, se considera que es el pueblo que recibió a Eneas en el momento en que este llegó al Lacio. Aparecen generalmente vinculados a la leyenda troyana, por lo que a día de hoy se considera que la creación de los aborígenes fue posterior al asentamiento de Eneas en el Lacio. Por lo tanto, en la actualidad se toma a los aborígenes como una invención que justificaba la existencia de una población originaria del Lacio.

EL ORIGEN DE LOS LATINOS

Los latinos eran otro de los pueblos itálicos que habitaban en la zona del Lacio. La ciudad de Roma fue, en origen, una aldea latina que al final dominó toda el área, por eso los latinos es otro de los pueblos cuyos orígenes míticos nos resultan tan interesantes.

Parece ser que los latinos tenían su origen en el héroe epónimo Latino. Latino (o Lavinio, como también puede encontrarse) fue el rey de los aborígenes, uno de los pueblos más antiguos de Italia, con su corte en la ciudad de Laurentia, nombre del que derivan los gentilicios laurentinos, laurentes o latinos. La tradición griega, recogida por Hesíodo, presentaba a Latino como un hijo de Odiseo y Circe que reinó sobre los tirrenos (etruscos) junto a sus hermanos Agrio y Telégono: «Circe, hija del Hiperiónida Helios, en abrazo con el intrépido Odiseo, concibió a Agrio y al intachable y poderoso Latino; también parió a Telégono por mediación de la dorada Afrodita. Éstos, muy lejos, al fondo de las islas sagradas, reinaban sobre los célebres Tirrenos» (Hesíodo, *Teogonía*, 1011 y ss.).

Sin embargo, otras tradiciones lo consideraban hijo de Odiseo y Calipso, además de hermano de los gemelos Nausítoo y Nausínoo, o bien el hijo de Telémaco y Circe. Latino también aparecía mencionado por otros autores como hijo de Pandora (y nieto de Deucalión y Pirra) y hermano de Grecos, por lo que, como estamos viendo, los orígenes del rey no están nada claros.

Si además miramos en la mitología romana, vemos como sobre la genealogía de Latino es posible encontrar dos tradiciones diferentes. La primera de ellas hacía a Latino hijo del profeta Fauno (quien es llamado también Luperco. Algunas fuentes creían que era hijo de Circe y Júpiter, mientras que otras lo tenían por ser el del rey Pico, a quién sucedió en el trono), rey de Laurentia, y la ninfa del bosque de Minturno, Marica, los cuales fueron posteriormente divinizados: «Regía en larga paz sus campos y sus felices ciudades el anciano rey Latino, hijo de Fauno y de la ninfa Marica, Laurentina: Fauno era hijo de Pico, cuya ascendencia, ¡oh Saturno!, remonta hasta ti, primer fundador de su linaje», (Virgilio, *Eneida*, VII, 47).

La otra versión relacionaba a Latino con la leyenda de Hércules. Cuando el héroe regresaba del país de Gerión, traía consigo a una joven hiperbórea (Hesíodo situaba a este pueblo en el territorio entre el valle del Po y en el Véneto) cuyo padre había entregado como rehén. A su paso por la zona del Lacio, entregó a la muchacha en matrimonio a Fauno. La joven se llamaba Palanto, considerada como epónima del Palatino o Palanteo, es decir, la primera Roma construida sobre una aldea palatina que fundó Evandro (a quien conoceremos en detalle más adelante), aunque algunas fuentes como la de Dionisio de Halicarnaso la llamaban Fauna. Al casarse con Fauno, Palanto estaba ya embarazada, puesto que se había unido a Hércules. De esta relación nació el rey Latino. Esta tradición presentaba otra variante que convertía a Latino en el hijo de Hércules y la viuda de Fauno o su hija, la *Bona Dea* o la diosa Fauna. También ha sido considerado como hijo de Evandro y del monstruo Caco. Lo que parece claro en la mayoría de las fuentes es que Latino se desposó con Amata y de esta unión nació Lavinia.

Si los autores no se ponen de acuerdo sobre el origen de Latino, tampoco lo hacen en cuanto a los acontecimientos ocurridos durante su mandato. Uno de los principales hechos de su reinado es el momento de la llegada de Eneas a las costas italianas. Hay versiones que sostenían tanto que recibió cordialmente al troyano como que luchó contra él. Sin embargo, si coincidían en el hecho de que Eneas se casó con Lavinia, en cuyo honor fundó la ciudad de *Lavinium* y heredó el reino de Latino.

En las versiones que sostenían que acogió de forma hospitalaria a Eneas, se narraba cómo Latino recibió en sus tierras a los exiliados troyanos y les

permitió su establecimiento en el Lacio. La cordialidad entre latinos y troyanos fue tal que hasta incluso Latino le ofreció a Eneas la mano de su hija Lavinia para que se desposase con ella. Pero los troyanos no correspondieron de forma adecuada a la cordialidad latina y efectuaron varias incursiones de pillaje, lo que obligó a Latino a aliarse con Turno, el rey de los rútulos, para tratar de detenerlos. Turno y Latino perecieron en el conflicto y Eneas pasó a ocupar el trono de Latino tras tomar su ciudad. El pueblo de Latino y los inmigrantes troyanos se unieron formando uno solo que, en homenaje al fallecido rey, recibió el nombre de Latino.

Otra versión de la leyenda contaba cómo Eneas llegó a la costa latina dos años después de la caída de Troya. Nada más arribar, comenzó a edificar una ciudad para que habitasen los troyanos y Latino, quien se encontraba en guerra contra los rútulos, tuvo que acudir con parte de su ejército para tratar de impedir el asentamiento de estos nuevos colonos. Llegó al campamento troyano al anochecer, lo que hizo que tuviera que posponer el combate hasta el día siguiente. Durante la noche, tanto Latino como Eneas fueron invitados por los dioses a establecer un pacto amistoso, consejo que siguieron al día siguiente firmando una alianza. Latino cedió parte de su territorio a los troyanos, quienes, a cambio, prometieron ayudarlos en su lucha contra los rútulos. Para sellar esta nueva alianza, Eneas se desposó con la princesa Lavinia, pero este matrimonio hizo estallar la guerra con Turno, el cual en esta versión no era rútulo, sino un etrusco, sobrino de la reina Amata. Durante el conflicto, murieron tanto Latino como Turno, cuyo pueblo fue también conquistado. Eneas, debido a su matrimonio con Lavinia, se coronó como rey de los aborígenes, los cuales, tras fusionarse con los troyanos, pasaron a ser conocidos como latinos.

Virgilio presentó en la *Eneida* una tercera versión que trataba de conciliar las dos anteriores. Latino fue aconsejado por sus adivinos tras estudiar los designios de Júpiter para que recibiese bien a Eneas y le otorgase la mano de su hija al héroe. Tras la llegada de Eneas, cumplió con la voluntad de los dioses y decidió casar a Lavinia con el troyano, aunque la princesa se encontraba originalmente prometida a Turno, rey de los rútulos. La reina Amata y Turno (persuadido por Juno, quien no soportaba a los troyanos) incitaron a Latino a declararles la guerra, pero el rey se negó. En ese

momento, la propia diosa Juno abrió las puertas del templo de la guerra (una costumbre genuinamente romana, donde las puertas del templo de Jano se abrían en tiempos bélicos y se cerraban con la llegada de la paz) y Turno izó la bandera para llamar a las armas a todos los hombres. Se desencadenó una guerra que enfrentó a troyanos y a rútulos, ya que Latino se mantuvo al margen y pidió tan solo a los troyanos una tregua para enterrar a los muertos y a Turno que no se enfrentase con Eneas en un combate singular. A la muerte de Turno, el rey Latino decidió concertar una paz con los troyanos.

La mayor parte de los autores coincidían en el hecho de que el rey Latino desapareció durante una batalla que libraba contra el rey etrusco Mecencio, convirtiéndose en el dios Júpiter Latino o Latiaris, a quien se le rendía culto en el Monte Albano. Mecencio era un rey etrusco que fue expulsado de su propio reino por sus súbditos, descontentos por el miedo que provocaba en ellos. En la *Eneida* se presenta como el prototipo de rey soberbio, impío y cruel que suele recibir su justo castigo por acción de los dioses. Mecencio forjó una alianza con Turno y su hijo Lauso para luchar contra Eneas y el rey de Palanteo, Evandro. Durante estos combates, Eneas se enfrentó contra Mecencio y lo dejó moribundo, mientras que Lauso quería defender a su padre, pero finalmente acabó muerto por mano del troyano. El rey etrusco pudo curar sus heridas en el río Tíber e intentó vengar la muerte de su hijo, cosa que no consiguió, ya que finalmente Eneas lo mató. Como hemos visto, en el transcurso de los enfrentamientos con Mecencio, el rey Latino muere o desaparece convirtiéndose en dios.

Todos los datos inducen a pensar actualmente que el rey Latino fue concebido en función al conjunto de todo el pueblo latino, a considerarlo como su mítico fundador y una de las figuras decisivas para llegar a la formación de la Liga Latina. El principal papel de Latino era el de contribuir a la afirmación de una conciencia nacional latina y reforzar los diversos vínculos comunes que este pueblo tenía.

Otras noticias sobre el origen de los latinos dibujaban un Lacio habitado por los aborígenes que recibieron a Eneas. Calias de Siracusa también habló de Latino y lo presentó como el rey de los aborígenes que acogió al héroe de Troya. Sin embargo, en las noticias de Calias, es Latino quien contraía matrimonio con la troyana Rhome, epónimo de la ciudad que fundaron los

hijos de ambos. El romano Catón habló de una Italia ocupada por los aborígenes, quienes se unieron a los troyanos a la llegada de Eneas y recibieron el nombre de latinos. Una última versión contaba cómo Latino acogió a un Eneas fugitivo y al morir legó su reino a Rómulo y a Rhomos, hijos o nietos del héroe troyano.

Dionisio de Halicarnaso situó como población originaria del Lacio a los sículos, unas gentes autóctonas y bárbaras a las que desalojaron los aborígenes, identificados con los primeros emigrantes griegos, los enotrios de Arcadia. Según Dionisio, los aborígenes pasaron a ser los más antiguos pobladores griegos del Lacio, cuya cultura se enriqueció con las aportaciones de los pelasgos, los arcadios de Evandro y los acompañantes de Hércules, a quienes se sumaron los troyanos de Eneas.

Otra versión, reflejada en el *Epítome* de Pompeyo Trogo que redactó Justino, contaba como los aborígenes figuraban como los primeros habitantes del Lacio, que estaban gobernados por una dinastía de reyes que acogió tanto a Evandro como a Hércules. Con la llegada de Eneas, se creó el pueblo latino.

Algunas de las ciudades latinas tenían su origen mítico en otros héroes, sin correspondencia con Latino. Tal era el caso de la ciudad de *Lanuvium*, por ejemplo. Existían diversas referencias a los viajes de Eneas por el área siciliana, acompañado por Lanoios, nombre relacionado con la forma helenizada de un supuesto Lanuvius, considerado el creador mítico de esta ciudad. Su creación como fundador de Lanuvium fue el reflejo de la privilegiada relación de esta ciudad latina con Roma, con la que comparte sus ancestros troyanos. La ciudad de Lanuvium tuvo otro mito relacionado con su fundación, ya que, como reflejó Apiano (*Guerras Civiles*, II, 20), fue fundada por Diomedes, héroe aqueo de la guerra de Troya a quien, además, se le debía la introducción del culto de Juno *Sospita*.

La existencia de mitos como el de *Lanuvium* o la historia del rey Latino establecieron la versión canónica sobre el origen de los latinos, en la cual figuraba la fusión de un elemento indígena (considerado como los aborígenes) y otro extranjero (representado en los emigrantes de Eneas). Sobre este sustrato se añadieron otras gentes que, en diversos momentos, se asentaron en el Lacio como fue el caso de los sículos, los arcadios de Evandro y los pelasgos.

Debemos añadir en este apartado dedicado a los latinos el hecho de que este pueblo carecía de una cosmogonía propia y única acerca del comienzo del mundo, aunque se conocían, en cambio, muchas tradiciones sobre el origen de diversas ciudades del Lacio (como el mencionado caso de Lanuvium). En algún momento de su historia, los latinos debieron de tener su propia mitología, la cual se perdió en época histórica y se conservaron solo leves retazos de sus leyendas. Casi todo lo que se ha conservado son historias que se relacionaban con personajes como Pico, Fauno, Latino o Caco (a quien conoceremos en otro capítulo), que se movían en un terreno donde se mezclaba lo divino y lo humano, como le ocurrió a Rómulo. La carencia de una literatura épica que nos transmita los mitos latinos nos deja como única fuente de conocimiento todo aquello que los autores romanos o griegos han transmitido sobre los habitantes del Lacio.

EL ORIGEN DE LOS SÍCULOS, LOS SICANOS Y LOS ÉLIMOS

Los sículos fueron un pueblo histórico que aparece documentado en la parte oriental de Sicilia ya desde el I milenio a. C., es decir, antes de la llegada de los colonizadores griegos. Convivían en la isla con los sicanos y los élimos, aunque con la llegada de los griegos perdieron parte de su carácter autóctono al ser helenizados. Además, fueron utilizados como el vehículo de integración por parte de Roma en el mundo griego, un uso que se produjo a partir de la incorporación de la isla al dominio romano.

El autor Helánico de Mitilene identificó a los sículos con los ausonios expulsados por los yápigas. Fueron guiados por su epónimo Sicelo, gracias al cual conquistaron toda la isla, hecho que sucedió tres generaciones antes de la guerra de Troya. Sin embargo, Filisto de Siracusa consideraba que los sículos eran ligures que fueron expulsados de su tierra por los umbros y los pelasgos. Coincidía con Helánico en que fueron guiados por Sicelo, al que se tenía por hijo de Ítalo, hasta llegar a Sicilia, ochenta años antes de la guerra de Troya.

También podemos encontrar otras fuentes, como Julio Higino, que consideraron a los sículos como los primeros habitantes de la Sabina, quienes

fueron expulsados de allí por nuestro viejo conocido, el héroe lacedemonio Sabo. Parece que no fue esta la única relación que hubo entre sículos y sabinos, lo que se reflejaba en la tradición que hablaba de los tres hermanos Ítalo, Sabino y Siceno, epónimos de ítalos, sabinos y sicenos.

Algunos autores vincularon ciertas ciudades latinas concretas con Sicilia, vínculo establecido a través de la figura de Ítalo, un personaje arraigado en los mitos de los ambientes griegos de la Magna Grecia. Servio, en su comentario a la obra de Virgilio, aludió a un mito protagonizado por el rey de los sículos Ítalo, que llegó al Lacio desde Sicilia coincidiendo con el reinado de Turno. Ítalo se asentó en la región laurentina (donde hemos visto gobernando a Latino) y dio nombre a toda la península italiana: «Hay una región que los griegos denominan Hesperia, tierra antigua, poderosa por sus armas y por la fertilidad de sus frutos, poblada un día por los enotrios; más hoy es fama que los descendientes de estos la llaman Italia, nombre tomado del de su caudillo» (Virgilio, *Eneida*, libro I).

Ítalo compartió ciertas similitudes con Eneas: ambos desembarcaron en un Lacio dominado por Turno, situando su capital en la zona donde gobernaba Latino. Con Ítalo se establecía un lazo de unión entre Sicilia y los latinos, con lo que quedaban estos últimos vinculados al universo mítico grecorromano. Virgilio recogió estas tradiciones en su poema épico, ya que incluía la estatua de Ítalo en el conjunto de aquellas que adornaban el palacio de Pico, donde aparecían representados los primitivos reyes del Lacio.

Además de Ítalo, se sabe actualmente que se inventaron héroes de origen siciliano que fueron utilizados como los fundadores de diversas ciudades latinas. Por ejemplo, Casio Hémina nos daba como fundadores de las ciudades de Aricia y Crustumerium a los sículos Arquíloco y Sículo, este último considerado epónimo del propio pueblo.

El culto más característico de los sículos era el de los Palicos, dos gemelos venerados como héroes y considerados dioses ctónicos en relación con las aguas termales. Su historia se relacionaba con los mitos griegos. La leyenda más común contaba que la ninfa local Talía tras haber mantenido relaciones con Zeus había dado a luz a Adrano, el dios volcánico asimilado a Hefesto, quien fue tragado junto a la ninfa por la diosa Gea debido a los celos de Hera. En ese momento, la tierra se abrió y nacieron los gemelos, hijos de

Adrano, venerados como patrones de la agricultura y la navegación. Otras versiones del mito cuentan que fueron hijos de la ninfa Etna y del dios Hefesto o bien hijo de Zeus y Talía sin mediación de Adrano.

Otro mito de los sículos era el del titán Tityos, cuyo origen estaba en Sicilia. Creció tan grande durante el embarazo que partió el útero de su madre y tuvo que completar su gestación dentro de la madre tierra Gea. Uno de los episodios más importantes se relacionaba también con Leto, madre de Apolo y Artemis, ya que este titán intentó acosarla en Delfos mientras daba a luz a los gemelos divinos.

Los sicanos fue otro de los pueblos sicilianos, que se asentaron en la isla durante la Edad del Bronce, ocupando la parte central del territorio. Sobre sus orígenes, Tucídides narraba que los sicanos fueron los terceros en establecerse en Sicilia, tras los cíclopes y los lestrigones, un pueblo de gigantes antropófagos a los que la tradición situaba en la parte oriental de la isla. Antes de establecerse aquí, los autores contaban que los sicanos habían vivido en Iberia (Tucídides amplía este territorio hacia la zona este, llegando hasta el Ródano), cerca del río Sicano, pero comenzaron su migración a la isla, conocida como Trinacria en ese momento, tres o cuatro generaciones antes de la guerra de Troya. Al parecer, tuvieron algunos conflictos con los ligures aquí asentados, hasta que consiguieron expulsarlos.

Algunos autores antiguos consideraron que los sicanos se habían establecido en el Lacio, cerca del río Tíber, pero fueron desplazados y tuvieron que migrar hasta el sur de Italia. En esa zona vivieron un tiempo junto a los enotrios, pero finalmente gran parte de los sicanos pasaron a Sicilia, a la que dieron su nombre, Sicania.

El último de los pueblos sicilianos que nos queda por conocer es el de los élimos, situados en la parte occidental de la isla. Como en el caso de los sicanos, se asentaron en Sicilia a lo largo de la Edad del Bronce. Sus orígenes son desconocidos actualmente, aunque la mayor parte de los investigadores sugieren unos comienzos anatolios, desde donde emigraron hasta llegar a Sicilia. Este posible origen anatolio coincidía con el origen que los griegos dieron a este pueblo, ya que los consideraban descendientes de los troyanos. Tucídides narraba cómo sus antepasados habían sido refugiados de la guerra de Troya, encontrando en Sicilia un nuevo hogar. Tras la destrucción de Ilión

a manos de los aqueos, un grupo pequeño consiguió escapar y estuvo deambulando hasta arribar en este territorio. Allí se unieron a los sicanos, formando un nuevo pueblo, los élimos.

El poeta Virgilio nos cuenta que en su largo deambular estuvieron dirigidos por el héroe Acestes. Este era hijo del dios-río Crimiso y una mujer troyana llamada Egesta o Segesta (epónima de la ciudad de Segesta, la cual fundó según el mito), que fue enviada por su padre (Hippotes o Ipsostratos) para evitar que la devorasen los monstruos que habitaban Troya desde que sus ciudadanos habían rechazado agradecer con ofrendas a Apolo y a Poseidón la construcción de las murallas de la ciudad. La mitología romana, en cambio, convirtió a Acestes en el hijo de Crimiso con una mujer dardania desconocida.

> Acestes, que desde la alta cumbre de un monte había visto a los lejos, con asombro, la llegada de aquellas naves amigas, acude a su encuentro, armado de una terrible jabalina y cubierto con la piel de una osa africana. Hijo del rey Crimiso y de una madre troyana, Acestes, que no se había olvidado de sus antiguos progenitores, se congratula con la llegada de los troyanos…
>
> *Eneida*, libro V
>
> Virgilio

Acestes fue rey de la región donde nació y cuando llegó Eneas a Sicilia le dio una calurosa bienvenida. En su territorio fueron celebrados los juegos funerarios en honor a Anquises, el fallecido padre del héroe. Los troyanos que no quisieron continuar el viaje con Eneas recibieron permiso para quedarse en el territorio de Acestes, y junto a su pueblo fundaron la ciudad de Acesta, es decir, Segesta.

Dionisio de Halicarnaso dio otra versión de los orígenes de este pueblo, aunque mantuvo la vinculación con Troya. Según narraba, un príncipe de Troya se encontraba en lucha con Laomedonte, por lo que para proteger a sus hijas se las entregó a un comerciante para que se las llevase lejos. Un noble troyano las acompañó y, al llegar a Sicilia, se desposó con una de ellas y nació de su unión un niño llamado Egesto. El joven regresó a Troya durante

el reinado de Príamo, participando en la defensa de la ciudad. Al finalizar los combates, volvió a Sicilia, donde construyó una ciudad con su nombre.

Antes de dar por concluida nuestra visita a la isla siciliana, no podemos dejar de hablar del mito de Dédalo, quien llegó a Sicilia huyendo del rey Minos. Tras morir Ícaro, Dédalo consiguió llegar sano y salvo a Sicilia, donde conoció al rey Cócalo quien le acogió favorablemente. En su territorio, y aprovechando su ingenio, construyó un templo dedicado a Apolo en el que dejó sus alas como agradecimiento a los cuidados del dios.

El rey Minos seguía buscando a Dédalo y para encontrarlo proponía un acertijo, en el que pedía que una caracola fuese enhebrada. El rey Cócalo pidió ayuda a Dédalo, quien ató un hilo a una hormiga para que recorriese toda la caracola de tal forma que quedo enhebrada. Minos supo que Dédalo se encontraba en esta corte y exigió que le fuese entregado. Sin embargo, Cócalo no se mostraba dispuesto a ello, por lo que engaño a Minos para que tomase un baño, con el cual sus hijas le mataron, quemándolo con agua hirviendo.

EL ORIGEN DE LOS MAMERTINOS

Los mamertinos fueron unos mercenarios de origen itálico, que sirvieron a Agatocles, el tirano de Siracusa. Tras su muerte, se asentaron en Messina, lugar donde crearon un Estado con fuerte impronta osca. Los mamertinos también reclamaron un origen mítico y se desarrolló una leyenda que contaba que llegaron a Sicilia siguiendo las disposiciones de un oráculo de Apolo a través de una *ver sacrum*, muy similar a la que veremos en el apartado de los samnitas. En este mito se pueden encontrar superpuestos elementos tanto de tipo itálico como griego, sobre todo en el hecho de encontrar neutralizado a Marte (quien protagonizaba la mayor parte de los oráculos relacionados con el *ver sacrum* itálico) en beneficio de Apolo, la divinidad oracular por excelencia del mundo griego. Por tanto, vemos como este pueblo presentaba una tradición con un carácter genuinamente itálico, al que hay que añadir ciertas importantes influencias griegas.

EL ORIGEN DE LOS SAMNITAS

Los samnitas fueron una de las antiguas tribus itálicas, que habitaron en la zona del Samnio entre los siglos VII y III a. C. Fueron resultado de la unión de cuatro pueblos (los pentros, los caracenos, los caudinos y los hirpinos), a los que más tarde se sumaron los frentanos.

Sobre su origen, existían dos tradiciones. En la primera se habla de un *ver sacrum* que tuvo su punto de comienzo en la Sabina y finalizaba en el territorio de los opicos, pueblo al que expulsaron los samnitas que llegaron siguiendo a un toro. Sin embargo, la segunda tradición hablaba de que fueron fruto de la inmigración de un contingente lacedemonio llegado a la zona del Samnio, idea que se basa en la existencia de ciertas costumbres similares entre ambos pueblos. Puede deberse a que se produjo un acercamiento entre Tarento, una antigua colonia espartana, y la confederación samnita, momento que aprovecharon para reivindicar un origen común. Sin embargo, hay que destacar que el vínculo que unía a los itálicos con los lacedemonios no era otro que la imagen idealizada que tomaron de Esparta como paradigma de los valores y las costumbres austeras que estos pueblos tanto defendían.

EL ORIGEN DE LOS FALISCOS

Los faliscos fueron uno de tantos pueblos itálicos. Habitaban sobre todo en la ciudad de Falerii, gobernando todo el territorio que circundaba a esta. Sufrieron una fortísima influencia etrusca, que modificó parte de su cultura, aunque mantuvieron algunos rasgos propios como su lengua o la adoración a dioses como Sorano o Marte.

El nombre falisco es de origen itálico y provenía directamente de la ciudad de Falerii. Como en el caso de otros pueblos que hemos estado viendo, los faliscos situaron sus orígenes míticos bajo la influencia de las leyendas griegas, ya que participaron en estos actos fundacionales héroes de procedencia helena. La mayor parte de las fuentes coincidían en señalar Falerii como una colonia de los argivos, fundada por un grupo de personas

provenientes de Argos, aunque hubo algunas fuentes que consideraban que estos provenían de Calcis. Según algunos autores romanos, como Ovidio, el nombre de Falerii provenía del de su mítico fundador, Haleso, tras cambiar su h por una f, aunque actualmente no se tiene muy en cuenta esta teoría. Haleso fue el boyero de Agamenón durante la guerra de Troya (ciertos autores, en cambio, lo tenían por el hijo del caudillo griego) y, al finalizar el conflicto, se dirigió hacia las tierras de Italia y guio a un grupo de argivos hacia un nuevo hogar. Allí se asentó y fundó Falerii, lo que dio origen al pueblo falisco. También se consideraba que, a la llegada de Eneas a Italia, se enfrentó contra el héroe.

La diosa protectora de Falerii era Juno, a quien se le daba culto acompañada de su consorte, el dios Curris, cuyas funciones y atributos se han perdido. Otro de los dioses principales de los faliscos fue el dios Sorano, adorado en el monte Soracte. Su culto incluía cierto número de sacrificios y ceremonias, en la que los adoradores del dios caminaban por brasas candentes como símbolo de respeto y de fe hacia el dios. Sorano pasó al panteón romano y se vinculó con el dios Apolo, por lo que en Roma se le dio culto bajo la advocación conjunta de Apolo Sorano. Asimismo, los faliscos dieron culto a dioses del panteón romano de origen itálico como Ceres, Mercurio (conocido como Mercus o Titus Mercus), Marte o Minerva entre otros.

Ya hemos comprobado en este capítulo como muchos de los pueblos itálicos tenían un origen relacionado con algún mito, en su mayoría relacionado con el mundo griego. Actualmente, hemos perdido mucha de la antigua mitología itálica y lo poco que conocemos de ella se debe de agradecer a los autores clásicos que reflejaron algunas leyendas en sus obras.

5
Mitos etruscos I: el panteón y los mitos locales

La mitología etrusca, al igual que ocurría con la religión, presentaba diversas particularidades que la hacían única dentro del mundo itálico: tenía demonios alados, presentaba el infierno y el sufrimiento de los condenados, mostraba el viaje al inframundo, los personajes aparecían con desnudez heroica, reflejaban el acto de mamar como elemento nutricio… Y, además de estas particularidades, presentaba algunos elementos mitológicos de marcada influencia griega.

Asimismo, dentro de la religiosidad etrusca persistieron diversas figuras y concepciones con carácter supranatural de tipo indígena, las cuales se solían relacionar con las fuerzas ocultas de la naturaleza. En el mundo mitológico etrusco, proliferaron un gran número de seres maléficos y demonios los cuales, junto a Aita y Phersipnei (equivalentes a Hades y a Perséfone), eran los moradores del abismo etrusco. Entre ellos encontraremos a Turms, el Can Cerbero, Charun (la adaptación etrusca de Caronte), Vanth (el genio femenino de la muerte), Culsus (demonio femenino que abría y cerraba la puerta del reino de los muertos) o Tuchulcha, entre otros.

Otro de los condicionantes de la mitología etrusca era el hecho de que la religión suponía el resultado de una revelación, cuyas enseñanzas dieron contenido a la literatura sagrada. Sobre cómo se produjo esta revelación, sabremos más adelante en estas mismas páginas.

EL ORIGEN DE LOS ETRUSCOS

Acerca del origen de los etruscos existieron ya en la propia Antigüedad diversas versiones, aunque la mayoría de estas coincidían en situarlos en el Egeo. Por ello, vemos como surgieron distintas leyendas en las que los etruscos eran o bien producto de una migración o bien un pueblo autóctono de Italia.

La mayor parte de las tradiciones que hablaban de un origen autóctono de los etruscos se relacionaban con la profecía de la ninfa Vegoia, de la que hablaremos más adelante. En ella se contaba cómo Tinia sentó las bases del propio territorio etrusco, lo que hace que el texto evidencie cómo los tirrenos eran los primeros y legítimos habitantes de Etruria.

Dionisio de Halicarnaso atribuía un origen claramente autóctono para los etruscos. Aducía cómo los tirrenos eran un pueblo muy antiguo, sin ningún parecido a otros en su lengua y su modo de vida. Los griegos les dieron el nombre de Tyrsenoi, debido a que habitaban en torres (*tyrseis*).

> Por todo ello, creo que los pelasgos son un pueblo diferente de los tirrenos. Tampoco creo que los tirrenos fuesen una colonia de los lidios, pues no hablan la misma lengua y no puede alegarse que conserven algunas otras características de su metrópoli. No adoran a los mismos dioses que los lidios y no poseen similares leyes o instituciones, sino que en muchos aspectos difieren más de los lidios que de los pelasgos. Finalmente es muy probable que aquellos estén cerca de la verdad cuando declaran que este pueblo no emigró de ninguna parte, como que era indígena en el país, pues es un pueblo muy antiguo que no coincide con ningún otro ni en su lengua ni en sus costumbres.
>
> *Historia Antigua de Roma*, I, 30
>
> Dionisio de Halicarnaso

Las diferentes versiones acerca de un origen extranjero apuntaban en su mayoría a un posible origen lidio. Por ejemplo, Estrabón narraba cómo el lidio Tirreno fue el fundador de la dodecápolis etrusca, cuya jefatura se encomendó al héroe indígena Tarchon, a quien describía como un hombre nacido con los cabellos blancos. La versión transmitida por Estrabón

imaginaba un origen más bien mixto de los etruscos, ya que ponía un sustrato indígena, personificado por Tarchon, y un sustrato egeo, cuyo referente era Tirreno. La mezcla de ambos héroes, que representaban a distintos pueblos, fue la que dio origen al pueblo etrusco.

Licofrón, en cambio, consideraba a los ligures como la población primitiva que habitaba en el área etrusca. Sin embargo, fueron expulsados de esta tierra por los héroes Tarchon y Tirreno, venidos ambos de Lidia junto a los etruscos. Ambos héroes eran considerados como hermanos y descendientes de Heracles, una filiación que fue muy bien aceptada por los ambientes etruscos. Tarchon era uno de los principales héroes nacionales de Etruria, usado por la ciudad de Tarquinia como su mítico fundador. Fue la influencia griega la que le convirtió en un Heráclida, descendiente del heroico Heracles, pero aun así conservaba fuertes rasgos indígenas al dirigir la expansión etrusca por el norte y ser, como veremos, el protagonista de la transmisión de la *Etrusca Disciplina*.

Helánico de Lesbos creía que los etruscos eran pelasgos emigrados desde Tesalia, que, al llegar a su nuevo territorio, pasaron a denominarse tirrenos. Los pelasgos fueron un pueblo legendario del Egeo, vinculado a diversas regiones, y que personificaban a las gentes errabundas. La versión sobre el origen pelásgico de los tirrenos tenía su referente original en Atenas, ciudad que utilizaba esta historia como un instrumento de propaganda de sus diversos intereses estratégicos. En la mayor parte de las fuentes que se describía el itinerario de los pelasgos se veía como estos no siguieron la ruta marítima directa para llegar a Etruria, sino que se dirigieron por el Adriático hasta llegar a la desembocadura del Po y alcanzar finalmente estos territorios.

Heródoto también situaba los orígenes de los etruscos en el mundo lidio. Este autor narraba cómo durante una larga carestía sufrida en Lidia el rey Atis decidió dividir a la población y envió a la mitad, dirigida por su hijo Tirseno, a habitar otras tierras. Bajo su mando llegaron los lidios a Italia, surgiendo el pueblo de los etruscos.

Finalmente, y pese a todas las historias acerca de los orígenes de los etruscos, se estableció como versión canónica aquella que hablaba de un ancestro lidio. Fue la idea más transmitida.

EL PANTEÓN ETRUSCO

Muchas de las divinidades etruscas nos son solo conocidas por el nombre y por ciertas escenas reflejadas en algunos objetos y ofrendas, y se ignora en muchas ocasiones todas las historias que les acompañaban. Además, de los dioses griegos asimilados por los etruscos solo pervivieron su nombre y alguno de sus atributos originales. Eso ocurre, por ejemplo, en el caso de Charun o del vidente Chalchas, cuyas versiones etruscas son conocidas tan solo por las inscripciones en las que el nombre griego aparecía transcrito al etrusco. En estas condiciones, nos es muy difícil conocer los episodios mitológicos del panteón etrusco.

Ya hemos mencionado como los etruscos adoptaron numerosas leyendas y personajes de la mitología griega. A esto debemos añadir la superposición de ciertas leyendas similares donde identificaron a sus propias divinidades con las del panteón griego. Sin embargo, es cierto que, en la mayor parte de los casos, los dioses venerados en los cultos no eran los mismos que los que se representaban en el arte. Las deidades a los que los etruscos rezaban eran aquellas que aparecían en el hígado de Piacenza, en las vendas de lino de la momia de Zagreb (unas de las pocas fuentes donde podemos encontrar nombres de dioses etruscos) o en la rueda de Pallotino entre otras, aunque es cierto que algunas de estas divinidades eran conocidas con nombres griegos, más o menos similares.

Fue la influencia griega lo que provocó que, a partir del siglo VIII a. C., los dioses etruscos primitivos cambiasen su apariencia y personalidad acomodándose a los intereses de las elites. Se desvincularon de su carácter zoomorfo, lo que les llevó a adoptar apariencia humana, muchas veces de tipo aniñado o imberbe, y a perder los atributos animales que podían distinguirlos. Pese a todo este proceso, se conservaron algunas deidades autóctonas que terminaron siendo asimiladas al panteón romano.

Espejo etrusco con representación de Chalchas encontrado en Vulci, Museos Vaticanos. En este objeto, vemos representado a un hombre alado examinando el hígado de un animal sacrificado. La inscripción del objeto le identifica con el vidente Chalchas, personaje mitológico etrusco a quién solo conocemos por sus representaciones dentro del arte de los tirrenos.

La mayoría de expertos actuales coinciden en señalar que para los etruscos su religión autóctona era muy diferente de su mitología, esta última importada, en gran medida del mundo griego. En ciertas ocasiones, vemos como el carácter de alguna deidad etrusca no coincidía de forma exacta con el de su equivalente griego. Además, muchos dioses carecían de iconografía estable y podían representarse bajo dos o tres formas diferentes. Ya hemos mencionado como Tinia aparecía en ocasiones como un dios juvenil, muy diferente al Zeus griego que siempre se representaba como un hombre maduro barbado o, por ejemplo, el caso de Mnerva, quien en el mundo

helénico era una diosa virgen mientras que adquiría un claro carácter de diosa-madre en la religión etrusca.

Los etruscos le consultaban todo a los dioses, ya que cada una de sus acciones contaba con el patrocinio de alguna deidad, y trataban de mantenerlos aplacados mediante diversas ofrendas. Para conocer sus designios, había que estudiar la bóveda celeste, puesto que cada divinidad ocupaba un sector concreto de la misma, como hemos comprobado con el hígado de Piacenza.

El panteón etrusco tenía un complejo origen. De entre los dioses, sobresalían dos tríadas divinas: una con carácter supraterreno, compuesta por Tinia, Uni y Mnerva, y otra integrada por los dioses infernales Ceres, Libera y Líber, que equivaldrían a los griegos Deméter, Perséfone y Hades. Integraban al conjunto de grandes dioses las divinidades Sethlans (Hefesto), Turms (Hermes), Thuran (Afrodita) o Maris (Ares), a los que hay que añadir Hercle (Heracles), Aplu o Apulu (Apolo) o Artumes (Artemis), que fueron introducidas directamente por los griegos.

Por tanto, la suprema divinidad de todos ellos era Tinia, acompañado por su esposa Uni (diosa protectora de la ciudad de Veyes y de los faliscos). Normalmente, aparecían reflejados juntos en la mayor parte de las escenas, y se representaban sobre todo en actitud íntima, con una Uni desnuda y un Tinia joven e imberbe con pelo rizado que se acerca a la diosa. Tinia era un dios celeste, mientras que Uni era una diosa de la fertilidad, sobre todo la relacionada con el campo. Mnerva (conocida también como Menrva, Menerva, Mera y Merva), su acompañante en la tríada divina, era la titular de las ciudades amuralladas, la nodriza de los demás dioses y tenía carácter de mántica, de guerrera y de curandera, y se representaba como una diosa del rayo alada. Se consideraba hija de Tinia, nacida de la cabeza de este, quién necesitó ser asistido por diversos dioses para alumbrar a Mnerva. A diferencia de la Atenea griega, que guardaba su virginidad celosamente, Mnerva era una diosa madre que se representaba habitualmente amamantando a pequeños niños. Además, los etruscos consideraban a esta divinidad como la compañera del héroe Hercle, y aparecían juntos en algunas escenas.

Imagen de la diosa Juno Sospita, Museo Arqueológico de Florencia. Este bronce representa a la diosa Uni, equivalente a la Juno romana, considerada una de las principales deidades del mundo etrusco. Además de ser la compañera de Tinia formaba, junto con este y Mnerva, parte de la principal tríada de dioses del mundo tirreno.

Sethlans era el dios del fuego, de la metalurgia y de los artesanos, y era adorado sobre todo en los centros industriales. Los dioses celestes eran Cantha y Tiv, equivalentes al Sol y a la Luna. Turms era el dios del comercio y la artesanía. Februus era el dios de la malaria y de la fiebre, además de la ultratumba y la purificación. Fufluns tenía un carácter parecido a Dioniso y a Líber, era el alegre dios del vino. Se consideraba como hijo de Tinia y de Semla, asimilada a la Sémele griega. Al igual que le ocurrió a Dioniso, su madre murió antes de darle a luz, por lo que tuvo que completar su gestación unido al cuerpo de su padre. Maris, el dios que se asimiló a Marte, era

representado como un niño con alas y, en el mundo etrusco, no era hijo de Uni y de Tinia, sino de Hercle y Mnerva. Este dios aparecía en diversas escenas en las que se representaba un rito de inmersión, que servía para asegurar su inmortalidad, lo que le llevó a vivir ciento treinta años. Tenía triple personalidad, conocida cada una de ellas como una advocación diferente. Era conocido como Maris Husrnana cuando se representaba como hijo de Mnerva, Maris Halna cuando se desposaba con Amamtunia y Maris Isminthians cuando fallecía. Al principio, se consideraba dios de la fertilidad y de la agricultura, y adquiría su carácter bélico tras ser asimilado a Marte, ya que los etruscos tenían como dios de la guerra a Laran.

Thuran era la diosa etrusca del amor y de la fertilidad, aunque su personalidad difería también de la Afrodita griega. Thuran personificaba la confluencia del sexo y de la muerte, y se usaba su representación en las tumbas para mantener a los demonios alejados de los difuntos. Está acompañada de su propio cortejo, el cual incluye a su amante Atunis (Adonis), varias Lasas y ninfas, una figura similar al Eros griego (llamado Turnu) y su propio cisne, llamado Tusna. La diosa suele aparecer representada como una mujer madura en compañía de su amante, aparentemente mucho más joven que ella, y el pequeño niño desnudo Turnu, que muchos autores consideraban como el equivalente a Eros, hijo de la Afrodita griega.

Artumes (o Aritimi) era una diosa de la naturaleza (sobre todo de los bosques), la fertilidad, la noche, la luna y la muerte, derivada posiblemente de las llamadas Potnia Theron («señora de los animales») de la Edad del Bronce. La Potnia Theron era una diosa de la naturaleza que dominaba a los animales, los cuales la acompañaban habitualmente en sus representaciones, una iconografía que acabó pasando a esta divinidad etrusca. Asimismo, fue asimilada a la griega Artemis, diosa virgen que también se relacionaba con la naturaleza y los animales y hermana de Apolo. Tanto Artumes como Apulu (dios del rayo y del trueno, además de protector de las artes musicales) tuvieron poca representación dentro de las distintas escenas mitológicas del mundo etrusco, aunque en ocasiones aparecían juntos disparando su arco y sus flechas contra todo aquel enemigo de los dioses.

Charun era el equivalente del barquero infernal Caronte, por lo que también conducía las almas de los muertos hacia el mundo del más allá, además de proteger la entrada a los infiernos. Se representaba con grandes alas y serpientes en torno a sus brazos, con una nariz ganchuda y la piel azul, que simbolizaba la putrefacción que traía consigo la muerte. Llevaba un martillo, su principal atributo iconográfico, y estaba acompañado por la diosa Vanth, la cual anunciaba la muerte de los hombres y aparecía junto con serpientes, llaves y antorchas.

Representación de Charun acompañando a las almas de los muertos, Cabinet des Medailles (París). Charun, el equivalente etrusco al barquero del Infierno Caronte, conducía las almas de los difuntos hacia el más allá, y las acompañaba hacia su destino final. Su papel no acababa aquí, ya que además de guía de los muertos, se encargaba de proteger la entrada al mundo de la ultratumba.

El caso del dios del mar, de Poseidón, es bastante más llamativo. Dicha deidad no pasó al imaginario colectivo etrusco, ya que ellos conocieron a un

dios entre sus penates llamado Nethuns, que además aparecía en el hígado de Piacenza. Este dios se consideraba como el espíritu encargado de cuidar de la salubridad de las aguas, los manantiales y las fuentes, identificándose posteriormente con el Neptuno romano, quien, a su vez, se asimiló al Poseidón griego. Parece que fue a través de Neptuno como entró en contacto Poseidón con el Nethuns etrusco, quien se representó en Etruria como un hombre joven acompañado de una cabalgadura en forma de pez. También podía aparecer junto con delfines o caballos de mar en escenas con carácter psicopompo, ya que era uno de los encargados de llevar el alma al más allá. Asimismo, también dieron culto a una diosa portuaria y marinera, la cual con el tiempo se convirtió en la romana Mater Matuta, venerada en zonas costeras.

Otros de los dioses venerados por los etruscos no tenían correspondencia con los del panteón grecorromano. Es el caso del dios Latum, con carácter guerrero, o de la diosa Cilan, que tenía alas y se representaba ricamente adornada. También se encontraban las Lasas, unos seres divinos de carácter inferior similares a las ninfas que aparecían como bellas muchachas desnudas celebrando el amor y la belleza, o los Aminth, unos genios masculinos de aspecto similar a los erotes. Northia era la diosa del destino y de la fortuna, la cual se asociaba a un clavo que cada año se colocaba en el muro de los santuarios.

Algunas divinidades etruscas eran representadas aladas. Podemos citar el ejemplo de Thusan, la diosa de la aurora, de Evan, diosa de la inmortalidad, o de los seres alados femeninos que llevaban el rollo escrito donde se reflejan las obras realizadas en vida de los fallecidos. La mayor parte de los seres divinos alados se relacionaban directamente con las puertas del averno y las almas de los difuntos.

LOS DIOSES Y EL MUNDO DE LA ULTRATUMBA

Aunque la ultratumba etrusca se representaba con las imágenes transmitidas por la épica homérica, lo cierto es que su más allá no era exactamente

comparable al Hades griego. La escatología etrusca es concebida en la actualidad con una imagen cercana pero muy diferente a la que sostuvieron tanto griegos como romanos.

El viaje al más allá comenzaba para los tirrenos en el mismo momento de la muerte. En este proceso, el difunto era acompañado por distintos demonios, tanto femeninos como masculinos, los cuales debían cumplir con ciertas funciones relacionadas con este difícil tránsito. El viaje al otro mundo tenía la misma importancia que el destino final del fallecido, por ello se conocían diversas rutas (como aquella que se realizaba por mar) con distintos tipos de demonios que se presentaban como acompañantes. La idea de un viaje al más allá nos muestra como existían dos creencias contradictorias sobre la muerte: vemos como la vida seguía dentro de la tumba, pero además existía un reino de los muertos al que se podía llegar a través de un viaje. Ello ha llevado a plantearse en la actualidad la posibilidad de que los etruscos creyesen que el alma se dividía en dos. El alma se separaba en dos y daba lugar a un cuerpo-alma que residía en la tumba, y a un alma que realizaba el viaje al más allá.

Habitualmente, se celebraba un banquete en el que participaban tanto el muerto como sus ancestros y los dioses del más allá, Aita y Phersipnei. Esta concepción del banquete funerario parece ser una creencia propiamente etrusca, ya que entre los griegos el banquete tenía consideración, sobre todo, de fenómeno social. Además, los etruscos representaban en sus sarcófagos y urnas diversas figuras reclinadas que participaban, de forma simbólica, en esos encuentros de ultratumba.

Sarcófago de los Esposos, Museo Nacional Etrusco de Villa Giulia. Este sarcófago, procedente de la necrópolis de la Banditaccia de Cerveteri, nos muestra a un matrimonio, afectuosamente abrazado, reclinado en un banquete celebrado en la otra vida. Con estos monumentos, los etruscos consideraban que los difuntos participaban simbólicamente en estos actos celebrados en el más allá.

Además, como ya hemos visto, en Etruria el sacrificio de ciertos animales concretos podía ayudar a que se transformasen las almas humanas en dioses y adquirir entonces la inmortalidad. Estas nuevas divinidades recibían el nombre de *Dii Animales*, asimilándose a los penates. Algunas de las escenas con sentido ritual que se localizaban en las tumbas fueron diseñadas para conmemorar a los fallecidos y devolverlos de cierta forma al mundo de los vivos.

Por tanto, vemos como los etruscos tenían sus propias creencias relacionadas con el mundo del más allá, pero preferían representar las ideas griegas. Por eso, se encuentran en las tumbas escenas relacionadas con el inframundo que describió Homero en sus diversas obras, el cual se encontraba debajo de la tierra en oposición al Monte Olimpo, donde residían los dioses del cielo y de la tierra. El mundo de ultratumba era un aspecto sumamente importante de la religión, lo que llevó a los artistas a representar su geografía, sus habitantes y el viaje que realizaban los muertos, guiados por

diversos demonios, para llegar al mismo. Durante el período arcaico, las familias aristocráticas, cuando encargaban la decoración de sus tumbas, solían escoger como motivo decorativo los banquetes que celebraron en vida y que seguían celebrándose tras la muerte. Sin embargo, a partir del siglo IV a. C. cambiaron este tipo de escenas, ya que los propietarios de las tumbas comenzaron a escoger representaciones acerca del inframundo. Las fronteras físicas entre el mundo de los vivos y el de los muertos adquirieron un significado muy especial para los etruscos porque veían el momento de cruzarlas como uno de los más peligrosos de su existencia. Los artistas plasmaron los muros fortificados del reino del Hades mostrando la piedra que se usaba para señalar el umbral del inframundo en las tumbas como una forma de delimitarlo. Esta piedra también se vinculaba con Sísifo, cuyo mito cambió al llegar al territorio etrusco. Para los griegos, el crimen que cometió Sísifo fue traicionar a Zeus, mientras que los etruscos consideraron que su delito había sido el de desplazar la piedra liminal del mundo de los muertos de su lugar original.

Un tema griego que encontró gran representación en el arte etrusco fue el viaje de Odiseo al mundo del Hades. Sin embargo, también aparecieron otros tantos episodios de la mitología griega, como el castigo sufrido por Ixión (el padre de los centauros), quien fue condenado a penar en el Hades al haber tratado de violar a la diosa Hera. Asimismo, encontraremos escenas donde se representaban a los dos principales demonios del inframundo, Vanth y Charun, cuya misión era guiar a las almas hacia su último destino. A veces, en vez de esta pareja, podían aparecer dos Vanths juntas flanqueando diversas escenas fúnebres. Solían enmarcar también imágenes de guerra, de muerte o de sacrificio, lo que provocaba que a los mitos griegos se le diese un contexto funerario etrusco. Las Vanths siempre estuvieron presentes en el mundo de la muerte, ya que anunciaban el fallecimiento de los hombres. Existían muchas representaciones de estas diosas, todas ellas aladas, aunque llevasen distintos ropajes y objetos.

Vanth en la tumba de Anina, Tarquinia. Vanth, junto con Charun, era uno de los principales demonios del mundo de la ultratumba. Se encargaba de guiar a los muertos hacia su destino final, además de anunciar el fallecimiento de los hombres.

En el siglo IV a. C. ya hemos visto cómo cambió la decoración de las tumbas etruscas. Se comenzaron a hacer más comunes las escenas brutales y violentas, representándose con detalles realistas, como las heridas sangrantes de los protagonistas. El sacrificio humano que encontramos en el arte etrusco tenía lugar en un ambiente muy diferente al que se presentaba en el mundo griego, ya que adquiría un importante trasfondo ritual y religioso. La función ritual de las ofrendas relacionadas con los sacrificios humanos pretendía transformar al difunto en un héroe, dándole vida y fuerza en el más allá a través de la efusión de la sangre. Otros sacrificios se realizaban para asegurarse de que el muerto consiguiese llegar a su destino de la ultratumba y se uniera a sus ancestros y a los dioses Aita y Phersipnei. Para representar estas imágenes de sacrificio, habitualmente se empleaban las historias narradas dentro del ciclo de la guerra de Troya, una mitología que comenzó a formar parte habitual del mundo etrusco. Las escenas más habituales eran las relacionadas con las muertes de mujeres como Ifigenia, o bien la persecución

de Helena y el rapto de la profetisa Casandra. De hecho, el sacrificio de Ifigenia fue una de las escenas más populares que aparecieron dentro del arte etrusco, en la que se mostraba a la protagonista como una figura desnuda y sin voluntad llevada al altar, mientras su padre Agamenón se cubría el rostro en gesto de dolor y de vergüenza. Orestes, su hermano, también era representado habitualmente, estando acompañado por Vanth, quien asumía el papel que tenían las Furias dentro de la mitología griega.

Tumba François, Vulci, Villa Albani de Roma. Este fresco representaba el sacrificio de un troyano a manos de Aquiles, acompañado de los demonios Vanth y Charun. Aunque suponía la muerte de un ser humano, con este tipo de acciones se trataba de satisfacer a los muertos.

Dentro de los sacrificios humanos, el de los prisioneros troyanos (un pasaje muy corto de la *Ilíada*, sin repercusiones en el arte griego) fue sumamente importante dentro de las representaciones de Etruria. Los investigadores actuales coinciden en pensar que el prototipo iconográfico de esta escena surgió en el sur de Etruria, desplazándose desde allí al resto del territorio. El mejor ejemplo de esta escena se encuentra en las escenas representadas dentro de la Tumba François, de Vulci. En ellas, podemos contemplar como Aquiles degüella a un troyano ante el espectro de Patroclo, acompañado de Vanth y de Charun. El héroe recurrió a la primitiva tradición de dedicar diversas ofrendas a los muertos, las cuales incluían los sacrificios humanos, lo que encajaba con las creencias funerarias etruscas. De ahí la gran importancia de su representación.

También podemos encontrar a los desventurados prisioneros troyanos dentro del llamado sarcófago del Sacerdote. En él vemos, de izquierda a derecha en uno de los lados largos, a Charun, un guerrero griego y un prisionero troyano, que se encontraba de pie junto a Patroclo. En medio se encontraba Aquiles, quien estaba sacrificando a un troyano tumbado en el suelo junto a una figura desconocida, y a la derecha aparecían los Ayantes, Telamos y Oileo, sosteniendo cada uno a un guerrero griego. Alrededor de todos los protagonistas se encontraban tanto griegos como troyanos enfrentándose en combate, los primeros aparecían vestidos y armados frente a los segundos, que estaban desnudos.

Otro tipo de escenas sangrientas que se podían hallar en las paredes de las tumbas etruscas eran las correspondientes a las batallas. Algunas de ellas eran escenas de tipo semihistórico y mostraban detalles realistas de los que se enfrentaban, mientras que otras presentaban combates mitológicos y hacían mayor énfasis a los aspectos cruentos de la lucha. Asimismo, es posible encontrar algunas imágenes en las que aparecían representados los castigos míticos. Esta idea de que los delitos eran castigados en el más allá se debía a la influencia cultural griega, ya que no existían evidencias de que el juicio y el castigo de los fallecidos fuese un elemento genuinamente etrusco.

Estas representaciones se vinculaban de forma directa con el gusto propio de los etruscos por las escenas violentas. Los desmembramientos eran imágenes que se encontraban habitualmente representadas, aunque (como en el caso de las cabezas cortadas) podían vincularse a otras cuestiones como la adivinación. Las fuentes clásicas también reflejaron el gusto etrusco por la violencia y la brutalidad, que era una de las principales características que detallaron estos autores. El poeta latino Virgilio, por ejemplo, habla en la *Eneida* del rey Mecencio, quien gobernaba sobre sus súbditos con gran violencia y era conocido por la brutalidad de sus castigos:

Escena de combate, Tumba de los Augures, Tarquinia. El gusto por la violencia y la sangre dentro del mundo de los muertos es una de las características más interesantes de los etruscos, quienes representaban este tipo de imágenes en frescos y objetos.

Al cabo de muchos años, el rey Mecencio adquirió el dominio de esta floreciente ciudad, que gobernó con bárbaro imperio y crueles violencias. ¿Recordaré sus impías matanzas, los crímenes del tirano? ¡Caigan esos crímenes, oh dioses, sobre su cabeza y su linaje! Él ataba a los vivos con los muertos manos con manos, boca con boca (¡nuevo género de tormento!), y así los dejaba perecer con larga muerte en aquel espantoso abrazo, chorreando podredumbre y corrompida sangre.

Eneida, libro VIII.

Virgilio.

Aquiles asesina a los prisioneros enfrente de Charun, Cabinet des Medailles. Los etruscos tomaron los episodios mitológicos más sangrientos del mundo griego para la decoración de sus tumbas y objetos. Este gusto por la violencia llamó la atención de muchos autores antiguos, encontrando su reflejo dentro de la literatura clásica.

Los demonios de la muerte del mundo etrusco ya existían desde el siglo V a. C. Aunque eran presencias originales del mundo tirreno, para su representación se basaron en modelos griegos como Caronte, Thanatos (el dios que personificaba la muerte), Eurynomos (un demonio) y las Erinias o Furias, pero adaptándose siempre a las necesidades locales. Por la influencia cultural griega, surgieron los demonios etruscos helenizados, los cuales se representaban como criaturas con figura humana que combinaban cabezas de animales, como los lobos o los pájaros depredadores. Todas estas deidades menores estaban encargadas de conducir al difunto hacia su destino final.

Charun, crátera de Vulci, Altes Museum (Berlín). Los demonios de la muerte etruscos existían ya desde el siglo v a. C. Con el contacto con la cultura helénica, tomaron modelos griegos para representarlos, lo que suponía una clara diferencia con el arte etrusco anterior.

Había otras divinidades, además de los ya citados demonios, que se invocaban como acompañantes del último viaje al más allá. Tal era el caso de Castur (Cástor) y Pultuce (Pólux), quienes servían como guías en la zona de transición entre la vida y la muerte, o de Fufluns, el cual ayudaba al muerto a alcanzar su deseado final.

Los espíritus tenían, también, un papel muy destacado dentro de la mitología etrusca, como comprobamos en el uso del vocablo *hinthial* («espíritu» o «sombra») dentro de las tumbas. Entre las almas que habitaban el mundo de los muertos encontramos tanto héroes, de claro origen griego, como otros espíritus más modestos, que son difíciles de identificar.

Dentro del contexto funerario, es posible hallar diversos objetos, figuras y escenas interpretadas como simples alusiones a la muerte y al misterio que rodea a este fatal acontecimiento, el cual se vinculaba con la sexualidad, la fuente de fecundidad y resurrección. A partir del siglo V a. C., la ideología funeraria sufrió una fuerte transformación, adaptándose en parte a las influencias griegas recibidas.

Aita y Phersipnei, los señores del reino de los muertos, tuvieron sus propias características iconográficas dentro del mundo etrusco que los diferenciaban de los griegos Hades y Perséfone. Aita era representado con una piel de lobo sobre la cabeza mientras sostenía una serpiente en su mano izquierda y Phersipnei poseía cabellos en forma de serpientes. En relación con estos dos dioses, encontramos en la tumba del Orco II de Tarquinia (siglo IV a. C.) una escena de ultratumba, llamada *nekya* (acción por la que se convocaba a las almas de los difuntos para poder realizarles alguna consulta. Traía consigo, generalmente, un descenso a los infiernos), en la que se encontraba Gerión ante los entronizados Aita y Phersipnei y el alma del adivino Tiresias. Por encima de ellos sobrevolaban distintas figuras humanas consideradas como las almas de los muertos que, similares a los insectos, pululaban esperando una oportunidad que les permitiese reencarnarse y volver a ser personas. Estas figuras mostraban una clara influencia de la escatología griega, como en el caso de Gerión, pero mantenían parte de su esencia etrusca. Junto a ellos y a los mencionados Vanth y Charun se encontraban Tuchulcha (demonio alado, con pico de buitre, piel de color azul

cadavérico y orejas de asno; uno de los peligros del más allá), Mamia y Mantus (los guardianes de la ultratumba).

Tumba del Orco II, Tarquinia. En la figura de arriba podemos ver la representación de Agamenón y el adivino Tiresias, mientras que en la de abajo encontramos la representación de los dioses Aita y Phersipnei. Esta

escena representaba una evocación a los muertos a fin de poder realizarles una consulta.

EL MITO DE TAGES

Uno de los mitos locales etruscos más importantes era el referido a Tages, el profeta de origen divino encargado de revelar la religión a los tirrenos.

En un campo situado a orillas del río Marte, en el territorio de la futura ciudad de Tarquinia, se encontraba un campesino labrando la tierra cuando de un surco recién abierto salió un ser llamado Tages, hijo o nieto del poderoso dios Tinia. Tenía aspecto de niño, pero parecía un anciano por toda la sabiduría que mostraba. A su encuentro acudieron los lucumones, los reyes-sacerdotes de los etruscos, a quienes Tages reveló su doctrina sagrada, la cual fue escrita como base de la ciencia de los arúspices y de la *Etrusca Disciplina*. El niño enseñó a los etruscos a leer las entrañas de los animales sacrificados a los dioses, cómo interpretar los fenómenos naturales (como los rayos, los truenos y los terremotos) y les mostró como fundar correctamente las ciudades usando un arado para delimitarlas. Tras realizar su revelación, aquel niño-anciano cayó muerto sobre los surcos del arado. En ese mismo lugar se fundó, por iniciativa del campesino a quien Tages se apareció, la primera ciudad etrusca.

Esta tradición fue recogida por algunos autores latinos posteriores, quienes narraban la revelación divina de la religión etrusca. Censorino, por ejemplo, nos contaba como Tages vio la luz en Tarquinia y se dirigió expresamente a los lucumones de las ciudades. Dichos relatos se relacionaban directamente con los momentos de máximo esplendor de la liga etrusca, dirigidos por Tarquinia, ciudad que vinculó a su héroe nacional, Tarchon, con el profeta Tages. Tarquinia reivindicó ser el lugar donde Tages vio la luz, declarando, además, que el campesino al que se le apareció era el propio Tarchon. Según este relato, Tarchon tomó al niño divino y se lo llevó a su propio palacio o a algún templo (los autores no se ponen de acuerdo, aunque la mayoría considera que lo trasladó a cierto lugar con carácter sacro), donde

fue instruido personalmente en las enseñanzas que Tages quiso revelarle. Otros textos, en cambio, mencionaban como Tages enseñó la religión y la aruspicina al conjunto de las doce principales ciudades, una referencia a la coalición de Estados que se agruparon políticamente bajo la llamada confederación de la Dodecápolis Etrusca.

Además, la imagen de Tages surgiendo de la tierra se usó para dar impulso al desarrollo de una concepción relacionada con la autoctonía del pueblo etrusco, la cual se defendía que había sido concedida por Tinia en el momento de la creación. Junto a esta representación saliendo de la tierra, se puede reconocer a Tages en las imágenes donde aparece porque suele estar acompañado de los ornamentos habituales de sacerdotes o arúspices.

Los romanos preservaron el mito de Tages y sus enseñanzas en sus textos, reflejándolo especialmente en el llamado Libri Tagetici (literalmente «*los libros de Tages»), que contenía fragmentos de la ya mencionada* Etrusca Disciplina. *Sin embargo, podemos encontrar la historia de Tages en otros autores como, por ejemplo, Ovidio:*

> También a las ninfas tocó ese nuevo asunto, y de la Amazona el nacido no de otro modo quedó suspendido que cuando el tirreno labrador un hadado terrón contempló en mitad de los campos que, por voluntad propia primero, sin que nadie lo agitara, se movía, que tomaba luego la de hombre, de tierra remitía la forma, y que su boca abría reciente para los venideros hados: los nativos le llamaron Tages, el primero que enseñó de Etruria a la gente a abrir los casos futuros.
>
> *Metamorfosis*, libro XV
>
> Ovidio

LA PROFECÍA DE VEGOIA

Los etruscos creían en la existencia de un dios demiurgo que creó el mundo, para lo que empleó la mitad del tiempo prescrito (seis milenios) y concedió la misma cantidad para el desarrollo de la humanidad. Dentro de la profecía de

Vegoia, un texto fechado a finales del siglo II a. C., había una exposición cosmogónica en la que se contaba como los diferentes elementos primordiales habían sido separados por la acción del dios creador, Tinia, el cual ordenó el cosmos y se reservó a sí mismo la tierra de Etruria.

Asimismo, dentro de la profecía se hablaba de la inmutabilidad de la propiedad de la tierra. De hecho, se anunciaban graves males si los mojones utilizados para limitar los campos eran desplazados, ya que estos hitos habían sido fijados por el mismo Tinia en la creación. La profecía se iniciaba con una cosmogonía en la que el dios demiurgo ordenó el cosmos y, además, sentó las bases del *Ius Terrae Etruriae*. Por tanto, era un texto que llevaba implícita la idea de la autoctonía de los etruscos.

El nombre de la profecía se encontraba relacionado con la ninfa Vegoia, un nombre que derivaba del etrusco Lasa Vecu o Lasa Vecuvia. Esta ninfa se encontraba vinculada tanto con la agricultura como con la adivinación y personificaba el auspicio de la cosecha. Fue esta ninfa Vegoia quien le reveló el origen de la creación del mundo etrusco a un personaje de nombre Arruns Veltymnus (identificado con un sacerdote o un príncipe) que consignó todas las palabras de la profetisa en los llamados *Libri Vegoici*.

OTROS MITOS LOCALES

Dentro de lo poco que sabemos sobre los mitos autóctonos de los etruscos, podemos ver que existieron historias relacionadas con la adivinación y la interpretación de fenómenos naturales, como los presagios, como se ha comprobado con la profecía de Vegoia y las numerosas escenas vinculadas al mundo oracular. La mayor parte de estas historias se vinculaban con Cacu, el adivino que se acabaría convirtiendo en el Caco romano y al que conoceremos más adelante. Sin embargo, cómo en época romana este vidente se transformó en el monstruoso Caco que se enfrentó a Hércules tras robarle su ganado, hemos preferido dejar su historia para más adelante.

En ocasiones, dentro del arte etrusco vemos como se representaba un suceso histórico (o pseudohistórico), que acabaron formando parte del acervo

cultural mitológico. En ciertos objetos, como por ejemplo los espejos, es posible encontrar la historia de Caile y Avle Vipinas, héroes legendarios que llegaron a ser conocidos también en las crónicas romanas como los hermanos Vibenna de Vulci, que aparecieron en la urbe dominada por los Tarquinios alrededor del año 500 a. C. La historia de los hermanos Vibenna aludía, probablemente, a una leyenda local relacionada con la tradición histórica romana, sin encontrar relación con los mitos griegos importados. La mayor parte de las imágenes donde se encuentran representados los hermanos Vibenna mostraban la lucha que sostenían estos contra sus enemigos, desconociéndose el resto de sus aventuras.

Escenas de la Tumba François depositadas en la Villa Albani, Roma. Esta imagen representaba la lucha de los hermanos Vibenna, de Vulci, acompañados de un tal Mastarna (quien se cree que era al rey Servio Tulio de Roma) contra unos enemigos de su ciudad.

Otro mito local, que podemos ver reflejado en diversas urnas cinerarias y monumentos etruscos, nos muestra la existencia de un lobo (u hombre lobo) dentro de un pozo. Al no haber registros escritos para conocer este mito (así como otros tantos del mundo etrusco), los investigadores actuales tan solo pueden hacer suposiciones con respecto a lo que esta imagen nos quiere contar. La mayor parte de estos estudiosos consideraban que este hombre lobo era un enviado de Aita, con la misión de atrapar a todos aquellos cuya muerte ya había sido ordenada. Esta figura, normalmente, aparecía dentro de una forma circular, que nos recuerda a la boca de un pozo, por lo que probablemente representaba la entrada a los infiernos, lugar al que llevaba a todos aquellos que agarraba.

Plato con la figura del hombre lobo en el centro, procedente de Vulci, Museo Etrusco Nacional de Villa Giulia. Uno de los mitos locales etruscos se relacionaba con la figura de un hombrelobo, considerado uno de los demonios del inframundo, encargado de atrapar a todos aquellos cuya hora ya había llegado.

El tocado de piel de lobo que llevaba Aita y otras tantas imágenes donde encontramos lobos nos sirven para comprobar como este animal debía de poseer un importante significado dentro de la mitología etrusca. Asimismo, dentro de la mitología itálica, podemos ver como el lobo también debía de contar un interesante papel, lo que vemos atestiguado en la presencia de la loba que amamantó a los gemelos Rómulo y Remo. La loba, junto con las gorgonas, la esfinge y otros tantos seres y animales femeninos, fueron usados como símbolos de carácter apotropaico, que servían para proteger a los hogares y las tumbas.

6
Mitos etruscos II: las leyendas griegas en Etruria

En este capítulo nos centraremos en algunos de los mitos griegos que más calaron dentro del imaginario etrusco. Como ya hemos mencionado, los mitos griegos pasaron al mundo etrusco y muchos de ellos se representaron en los objetos o en las tumbas. Por ello, es importante conocer las leyendas griegas preferidas por los etruscos, analizar cómo se desarrollaron en el mundo tirreno y qué particularidades presentaban con respecto a las historias originales. Sin embargo, no insistiremos en todos los detalles de los mitos que reflejamos en este capítulo, sino que narraremos de forma breve cada uno de ellos e insistiendo en los aspectos de las historias que fueron más interesantes para los etruscos.

LA GUERRA DE TROYA

La guerra de Troya era considerada como el acontecimiento más importante de la mitología (y de la historia) griega, y esta idea llegó hasta el mundo itálico. Ello llevó a que la mayoría de los episodios de este conflicto bélico se adoptasen como mitos entre diversos pueblos de la Antigüedad clásica, donde destacan los etruscos y los romanos, los cuales incluso se vincularon con este acontecimiento a través de Eneas. La guerra de Troya fue representada en diversos objetos, como en el llamado Vaso François, que supone uno de los

mejores ejemplos para ver cómo los etruscos reflejaron dentro de su arte este episodio. Podemos decir, por tanto, que el mito troyano fue ampliamente conocido y difundido en Etruria, pero sufrió algunas ligeras variaciones en cuanto a su versión canónica griega, como iremos viendo a continuación.

El ciclo troyano comenzaba con el relato de las bodas de Tetis y Peleo, a las que acudieron los dioses para festejar los esponsales. La diosa de la discordia, Eris, no fue invitada al enlace, por lo que decidió vengarse y acudió al banquete donde estaban reunidas todas las deidades. Allí arrojó una manzana dorada con la leyenda «Para la más bella», algo que provocó una fuerte disputa entre los dioses, ya que tanto Hera como Atenea y Afrodita querían obtener la fruta. Las tres diosas pidieron a Zeus que mediase entre ellas para otorgar el premio, pero el dios declinó toda responsabilidad y ordenó al pastor troyano Paris que fuese él quien tomase la decisión. Las tres le prometieron diversas recompensas al muchacho y Paris finalmente decidió otorgársela a Afrodita, ya que la diosa del amor dio su palabra de que le entregaría como esposa a Helena, la mujer del rey Agamenón, considerada la mujer más hermosa del mundo.

Vaso François, Museo Arqueológico de Florencia. Crátera destinada a la mezcla del vino y el agua, donde aparecen unas doscientas setenta figuras que representaban parte del ciclo de la guerra de Troya. Este tipo de objetos nos muestran como los etruscos asimilaron los mitos y la cultura del mundo griego escogiendo estas escenas para sus representaciones artísticas.

El episodio de la manzana de la discordia se convirtió en una de las escenas más representadas del arte etrusco. Esta parte de la historia aparecía reflejada de forma muy clara en las placas de Boccanera (conservadas en el Museo Británico), donde vemos el momento del juicio de Paris con sus integrantes vestidos a la manera etrusca. También podemos encontrar el juicio formando parte de la decoración de diversos espejos, en los que se sustituyeron a las divinidades griegas por desconocidas diosas etruscas: se ve a Euturpe en lugar de Atenea, Thalna en el de Hera y Altria como Afrodita. Además, también se tomaron diversos momentos del juicio como excusa para

mostrar otros temas de la vida de los etruscos. Por ejemplo, se solía escoger la imagen de Helena para mostrar cómo se preparaban las novias etruscas antes de celebrarse la ceremonia del matrimonio o incluso el banquete de los dioses, celebrado de manera similar a la que los propios tirrenos lo harían. Este tipo de aculturación nos mostraba el modo en que la ideología griega llegó a penetrar en la mentalidad del mundo etrusco.

Placas de Boccanera de Cerveteri, Museo Británico. En estos frescos encontramos representado el momento en el que Paris debe decidir a qué diosa otorga la manzana de la más bella, entregada por Eris. Aunque esta escena pertenecía a la mitología griega, los etruscos la adaptaron a su cultura, como vemos en la representación de las diosas, vestidas a la manera tirrena.

Tal y como les ocurría a los griegos, a los etruscos les encantaban los diversos relatos relacionados con el nacimiento de aquellos mortales que participaron en el conflicto. Paris, cuyo nombre etrusco era Elcsuntre (que derivaba de Alejandro, el otro apelativo con el que se conocía al joven pastor), era el hijo de Príamo y de Hécuba, los reyes de Troya. Cuando nació un oráculo profetizó que llegaría a destruir la ciudad, hecho que finalmente ocurrió, lo que provocó que sus padres decidiesen entregárselo a un pastor para que lo abandonase en el monte. Sin embargo, el niño no murió, sino que

fue adoptado por el mismo pastor, quien se encargó de su crianza tratándolo como si fuese su propio hijo. Como hemos visto, Paris fue quien decidió que la diosa más bella era Afrodita, lo que le valió el amor de Helena, quien se hallaba desposada con el rey de Micenas, Agamenón. Tras el episodio de Helena, a la que finalmente raptó y se llevó a Troya, fue reconocido por sus legítimos padres como príncipe de Ilión.

Otro de los mitos favoritos en Italia era aquel que narraba el nacimiento de la misma Helena, un episodio relacionado con los amores del promiscuo Zeus. En la versión etrusca, Turms entregaba el huevo que contenía a Helena a Tuntle (Tindáreo) en presencia de su mujer Latva (Leda). La pareja ya tenía dos hijos propios, Castur y Pultuce (Cástor y Pólux, los futuros dioscuros que tan importantes fueron en Roma), pero aceptaron criar a Helena como si fuera suya. En la versión etrusca, hay que destacar que la diosa Thuran figuraba como abuela de la joven y la poca importancia que se le daba a Clitemnestra, hermana de Helena, ya que en muchas escenas ni siquiera aparecía acompañando a su familia. A este pueblo itálico le gustaba representar la escena de la reunión entre Latva y Tuntle en el momento exacto en el que se les entregaba el huevo. Con ello, querían destacar los valores simbólicos de la familia, que tan importantes eran dentro del mundo etrusco.

Uno de los principales héroes de la *Ilíada* era Aquiles, quien se convirtió en una fuente de inspiración de la aristocracia etrusca y uno de sus modelos a imitar. En el carro de Monteleone, que debió pertenecer a un noble del siglo VI a. C., se encontraba reinterpretado el mito de Aquiles. En el panel frontal estaba Tetis entregándole a su hijo, el héroe, la armadura que el dios Hefesto había forjado para él. Las armas de Aquiles suponían, para los príncipes etruscos, un claro modelo a seguir a la hora de forjar las suyas propias, las cuales decoraban con episodios de la vida de este personaje. En otro de los paneles de este carro, se veía al héroe luchando cuerpo a cuerpo sobre un enemigo vencido para, a continuación, contemplar a Aquiles mientras ascendía a los cielos en un carro, similar al ejemplar real en el que se plasmó esta historia, donde estaba uncido un caballo alado. Con el ejemplo del carro de Monteleone, podemos ver como se reinterpretó el mito de Aquiles, que mostraba con su historia la ideología del dueño del carro y la apoteosis del mismo, al conducirlo hasta el más allá.

Carro de Monteleone, Museo Metropolitano de Nueva York. En este carro de guerra etrusco vemos como Tetis le entrega a su hijo Aquiles la armadura forjada por Hefesto. El mito de Aquiles suponía para los príncipes etruscos un modelo a imitar, reflejando, en muchas ocasiones, su historia dentro de los objetos que poseían.

En el arte etrusco se representaron, además de estas, otras escenas de la guerra de Troya, siempre con el añadido del toque particular tirreno. El sacrificio de Ifigenia apareció en diversas ocasiones, ya que suponía una escena llena de gran dramatismo muy al gusto de los etruscos, en la que se incluía el momento en el que el adivino Chalchas (la versión etrusca de Calcante) leía el trágico futuro de la joven en el hígado del animal

sacrificado. Sin embargo, es de resaltar que Chalchas aparecía representado a la manera de los arúspices, que adaptaron su imagen a la mentalidad etrusca. Otros tantos episodios dramáticos de la guerra de Troya, como el ya mencionado sacrificio de los prisioneros troyanos, fueron adaptados al arte etrusco y se representaron en diversas ocasiones. Estas imágenes de muertes y sacrificios se vinculaban directamente con la idea que ya hemos visto de la sangre como alimento de los difuntos, por lo que su representación dentro del mundo funerario se consideraba como un elemento idóneo.

Tumba de los Toros, necrópolis de Monterozzi, Tarquinia. El desprevenido Troilo, quien va montado desnudo a caballo, se aproxima a una fuente decorada con leones sin saber que, escondido en ella, se encuentra Aquiles dispuesto a acabar con su vida.

Dentro de la pintura arcaica de la Tumba de los Toros (localizada en una necrópolis de la ciudad de Tarquinia) aparecía Aquiles escondido tras una fuente con leones, mientras Troilo, el hijo pequeño de Príamo y Hécuba y hermano de Paris, que estaba desnudo salvo por un brazalete y unas botas azules puntiagudas, se aproximaba montado a caballo. Aquiles portaba un cuchillo de hoja ancha, muy típico dentro del mundo etrusco y que se usaba,

sobre todo, en los sacrificios rituales, lo que indicaba al espectador que Troilo acabaría convertido en una víctima a imagen de los animales sacrificados. La desnudez de ambos personajes ha llevado a considerar la pintura también como un tema erótico, ya que ciertas versiones de la leyenda contaban cómo Aquiles se enamoró de Troilo e intentó intimar con el muchacho en varias ocasiones y lo asesinó al no conseguir su propósito. Ya hemos comentado como la temática erótica tenía un cierto carácter apotropaico, puesto que su función dentro de las tumbas era proteger a los difuntos de los distintos espíritus maléficos. El asesinato de Troilo, considerado en algunas fuentes como hijo de Apolo por su gran belleza, le acarreó a Aquiles la enemistad de este dios y le presagió, asimismo, el trágico destino del héroe.

EDIPO Y LA MALDICIÓN FAMILIAR: EL CICLO TEBANO

El ciclo tebano, relacionado directamente con la historia del rey Edipo, fue otro de los mitos griegos que acabaron siendo adoptados por los etruscos y, por tanto, reflejados en sus representaciones artísticas. Esta historia se empleó en el mundo tirreno como el mejor ejemplo de obediencia a los dioses, ya que desoír su mandato, como hicieron los reyes de Tebas, solo podía acarrear la desgracia a los hombres.

El ciclo tebano comenzaba con la historia de Edipo para terminar con la muerte de sus hijos en batalla y finalizaba con el ciclo maldito de la familia real tebana. Layo, el rey de Tebas, había acudido al oráculo de Delfos a realizar una consulta sobre su futuro, donde la Pitia le dio a conocer que el hijo que tendría estaba destinado a asesinarlo y a casarse con su madre. Layo se tomó muy en serio las palabras del oráculo, pero, pese a las diversas precauciones que adoptó, llegó a engendrar un hijo, Edipo. Para evitar el cumplimiento de la profecía, el rey abandonó al niño exponiéndole para que muriese. Sin embargo, unos pastores encontraron a Edipo y decidieron llevarlo a los reyes de Corinto, Pólibo y Peribea, quienes carecían de hijos, por lo que decidieron adoptar al niño y criarlo como propio. Al crecer, Edipo conoció la profecía sobre su destino, por lo que decidió escapar de Corinto

para evitar su cumplimiento, sin saber que los reyes de esta ciudad no eran sus verdaderos padres. En su huida se encontró con Layo, con el que mantuvo una disputa que le llevó a matarlo sin saber cuál era su auténtica identidad. Mientras tanto, en Tebas se encontraba la temible Esfinge, un monstruo con cabeza de mujer y cuerpo de león (que adquirió carácter apotropaico en el mundo etrusco), enviada por Apolo o por Hera, la cual planteaba el mismo enigma —«¿Cuál es el ser que camina a cuatro patas por la mañana, con dos al mediodía y con tres al anochecer? El hombre»— a todos los tebanos y devoraba a quien no era capaz de responderle. Edipo fue el único que conocía la respuesta al acertijo propuesto, lo que acabó con la vida de la Esfinge, quien se arrojó sobre unas rocas afiladas indignada ante la inteligencia del joven. En agradecimiento, el pueblo tebano le proclamó rey, por lo que se desposó con la reina Yocasta, recientemente viuda. Sin embargo, durante el reinado del Edipo una peste asoló Tebas y acabó con parte de sus ciudadanos, por lo que el rey debía salvar a su ciudad. Para acabar con la enfermedad enviada por los dioses tenía que averiguar quién asesinó a su predecesor, Layo, por lo que envió diversos emisarios encargados de descubrir la verdad. Finalmente, llegó a conocer la realidad y el sentimiento de culpabilidad le hizo arrancarse los ojos, tras lo que abandonó Tebas en compañía de su hija Antígona. Toda la familia de Edipo quedo maldecida por el incesto, de hecho, ninguna de sus hijas (Ismene y Antígona) consiguió casarse o tener descendencia y sus hijos Eteocles y Polinices (Evtucle y Fulnice para los etruscos) se asesinaron mutuamente, enfrentados por el gobierno de la ciudad de Tebas.

Grupo de los Siete contra Tebas, Pyrgi. Dentro de los relieves que decoraban el templo de Pyrgi (Cerveteri) encontramos la historia relacionada con el ciclo tebano. La narración de estos episodios mitológicos culminaba con el enfrentamiento de los hijos de Edipo, Eteocles y Polinices, quienes acabaron mutuamente con su vida como parte de la maldición sufrida por la familia del rey ciego de Tebas.

La historia del ciclo tebano se usó como decoración en diversos objetos y monumentos etruscos, donde destacaba la representación que de la historia podemos encontrar en los relieves del templo de Pyrgi (Cerveteri). Los etruscos se encontraban familiarizados con las historias del ciclo tebano gracias a las tragedias griegas, las cuales habían conocido a través del contacto comercial que mantenían con los helenos. Esta historia les fascinaba especialmente por la especial relación que tenían los etruscos con las escenas de muerte, sacrificio y sangre, en la que consideraban las muertes de la familia de Edipo como una ofrenda a los dioses. Además, el mito de Edipo servía para recordar a los mortales el hecho de que era necesario plegarse

siempre a las profecías divinas y a la voluntad de los dioses, ya que el destino no podía cambiarse y, por mucho que se tratase de huir de él, siempre alcanzaba a los hombres. El hecho de no oír las advertencias divinas acarreaba grandes desgracias a los desobedientes.

HERCLE

Heracles (conocido en Etruria como Hercle) fue el mayor héroe de toda la mitología clásica, consideración que lo llevó a protagonizar una gran cantidad de relatos en las cuales se narraban sus increíbles hazañas. Era hijo de Zeus y de Alcmena, la esposa de Anfitrión, rey de Tebas, lo que le otorgaba rango de semidiós en vida, aunque a su muerte fue finalmente deificado. Al igual que en Grecia, la figura de Hercle era sumamente popular dentro de Etruria, lo que le llevó a ocupar un gran número de representaciones y a tener diversos templos y santuarios dedicados. Sin embargo, y como veremos a continuación, para los tirrenos Hercle era mucho más que un héroe; muy pronto adquirió la consideración de dios y se convirtió en una de las divinidades más populares de Etruria.

Hercle era fácilmente identificable en todas las escenas artísticas, ya que portar la maza y la piel de león, que servía para cubrir su desnudez, eran sus atributos iconográficos característicos. Al contrario que los griegos, quienes solían mostrar a los protagonistas de sus mitos con la conocida desnudez heroica, los etruscos eran contrarios a mostrar a sus dioses y héroes sin ropa, por lo que Hercle aparecía normalmente con el torso cubierto. Se le consideraba protector de los pastores y de los soldados, profesiones que siempre le rogaban a este personaje su auxilio. Otra diferencia que presentaba el héroe etrusco con el griego era el hecho de que Hercle se encontraba asociado con las fuentes y las aguas termales, lo que ha llevado a presuponer en la actualidad que podría estar vinculado con un culto a los manantiales medicinales. Asimismo, también es importante saber que, mientras que en el mito griego Hera era la enemiga por excelencia de Heracles (aunque su nombre significase, curiosamente, «gloria de Hera»), en la versión etrusca la

diosa adoptaba un papel protector y era considerada por muchos expertos como la madre del héroe, fruto de la relación con Tinia. Uni era la deidad que cuidaba del héroe en sustitución de Atenea, la benefactora de Heracles en la versión griega. En una variante itálica del mito se podía encontrar a Uni amamantando a un Hercle, claramente adulto y barbado, para hacerlo inmortal, lo que suponía un rito de paso que llevaría al héroe a ser admitido como dios en el Olimpo. Esta escena se repetía de forma habitual en el arte etrusco, lo que nos muestra actualmente que el rito de paso a la inmortalidad era un episodio muy importante dentro de la mitología etrusca. En algunas de estas representaciones, los dos personajes estaban acompañados por otros dioses, como Apulu o Tinia, que actuaban como testigos de este importante rito.

Espejo etrusco del Museo Arqueológico de Florencia. Al contrario de lo que ocurría en el mito griego, la diosa Uni protegía a Hercle y era su benefactora, mientras que Hera era su enemiga por antonomasia. Fue Uni

quien, a través del amamantamiento del héroe, convirtió a Hercle en un dios admitido en el Olimpo.

Cuando Heracles llegó a la edad adulta, Hera hizo que Euristeo, el rey de Argos, ordenase al héroe llevar a cabo un cierto número de hazañas que sirvieron para conformar los llamados doce trabajos, representados también en el arte etrusco. Evidentemente, no vamos a hablar aquí de todas las hazañas de Heracles, tan solo nos limitaremos a mencionar al lector las mismas recordando cómo llegaron desde el mundo griego al ámbito etrusco. La lista de los doce trabajos se componía de las siguientes hazañas: la muerte del león de Nemea (cuya piel cubría habitualmente al héroe), la muerte de la Hidra de Lerna, el robo de los bueyes de Gerión, la caza del jabalí de Erimanto, la expulsión de las aves carnívoras del lago Estínfalo, la captura de las yeguas de Diomedes, la captura de la cierva de Erinia, el apresamiento del toro salvaje que asolaba Creta, la limpieza de los establos del rey Augías de la Élide, la captura del Can Cerbero y el robo de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

A la vez que desarrollaba todos estos trabajos, Heracles vivió también diversas aventuras, como el viaje a los infiernos para rescatar a Teseo o la liberación del titán Prometeo (encadenado a una montaña y condenado a que un buitre le devorase el hígado por haber engañado a Zeus en beneficio de los hombres). Algunas de estas hazañas complementarias a los doce trabajos fueron reflejadas también en el arte etrusco, como se puede ver en el espejo que encontramos más abajo. En este objeto se puede ver a Hercle semidesnudo y sentado sobre su piel de león, mientras que a sus pies yace el cuerpo asaeteado de un águila (que sustituye al buitre en la versión etrusca). Mnerva se encontraba contemplando la escena, mientras que a la izquierda se puede observar a Prumathe (Prometeo), quien se hallaba muy débil por el castigo recibido, lo que hace que deba ser atendido por el dios médico Esplace (Asclepio). Esta imagen se correspondía con una escena original etrusca, porque no se ha podido encontrar ningún paralelo dentro del arte griego. Ello nos confirma la manera que tenía el mundo etrusco de adaptar a su manera los mitos helénicos que llegaban a su territorio.

Espejo etrusco, Museo Metropolitano de Nueva York. La escena que encontramos representada en este objeto es un original motivo etrusco, ya que no se han encontrado paralelos en el mundo griego. Se presenta Hercle acompañando a Prumathe mientras es atendido por el dios medico Esplace, bajo los atentos ojos de Mnerva.

Pese a todas las fatigas a las que fue sometido, el héroe tuvo un final sumamente trágico. Hercle murió arrojándose a una pira tras haber enloquecido por el contacto con la sangre del centauro Neso. Sin embargo, consiguió alcanzar el Olimpo, donde fue convertido en dios y se desposó con la diosa de la juventud, Hebe. En el mundo etrusco, muchas veces se convertía en el compañero y esposo de la diosa Mnerva, con lo que Hebe se veía relegada al papel de mera consorte en el caso de que apareciese. Asimismo, Mnerva tuvo un papel destacado en la mayor parte de los mitos

que protagonizaban los diversos héroes, ya que era tenida como la deidad que se encargaba de protegerlos (especialmente a su pareja Hercle y a Pherse, el Perseo etrusco).

TESEO Y ARIADNA

Otro de los héroes griegos que encontró su hueco en la mitología etrusca fue Teseo, al que se representaba de forma habitual junto a Ariadna (Areatha), la hija de los reyes de Creta, Minos y Pasífae. Teseo era un muchacho originario de Atenas, cuyo padre era el rey Egeo, que formó parte de los jóvenes ofrecidos como tributo a Creta, para alimentar al Minotauro, el hijo monstruoso que tuvo la reina Pasífae con un toro blanco, del que se enamoró por una maldición de Poseidón. El héroe consiguió matar al Minotauro, contando con la ayuda de Ariadna, la hija de Pasífae y Minos, quien se había enamorado locamente de él. Teseo volvió navegando desde Creta a Atenas, acompañado por Ariadna. Sin embargo, abandonó finalmente a la muchacha en Naxos, donde quedó desconsolada hasta que encontró al dios Dioniso, el cual se desposó con ella y la convirtió en una diosa, equiparable a la Libera romana según ciertos autores. Teseo consiguió llegar sano y salvo a Atenas, donde fue coronado rey (ya que su padre se había suicidado porque creía que su hijo no había sobrevivido al encuentro con el Minotauro) y se desposó con Fedra, considerada como hermana de Ariadna. El joven vivió diversas aventuras heroicas, entre las que se encontraban el robo del cinturón de la reina de las amazonas, Hipólita, o la participación como argonauta en la expedición dirigida por Jasón para buscar el vellocino de oro.

Los artistas etruscos se encontraban muy familiarizados con todas las historias vinculadas al ciclo de Teseo y Ariadna. Ello les llevó a plasmar en diversas representaciones las escenas que les resultaban de mayor interés, como ocurría con la pareja de Fufluns y Areatha (es decir, Dioniso y Ariadna), a quienes reflejaban en el momento de encontrarse en Naxos.

OTROS HÉROES MENORES

Diversos héroes menores, con sus correspondientes leyendas, llegaron también al acervo cultural etrusco. Tal era el caso de Dédalo (Taitle), quien fue elegido por los etruscos para formar parte de su mitología. Dédalo era el mayor inventor de la Antigüedad, conocido por sus habilidades e ingenio, lo que llevó a que los artesanos etruscos se enorgulleciesen de sus propias habilidades, plasmando detalles técnicos en los distintos episodios que conformaron su mito.

Quimera de Arezzo, Museo Arqueológico de Florencia. Quimera era un monstruo que asolaba Licia y aterraba a sus habitantes, hasta que el héroe Belerofonte los liberó al acabar con su vida. En la pata delantera de la escultura se puede leer una inscripción relacionada con el dios Tinia, por lo que debía de ser una imagen donada al templo de esta divinidad.

Perseo y Belerofonte también consiguieron encontrar su reflejo dentro de las leyendas etruscas, sobre todo aquellos episodios relacionados con las muertes de Medusa y Quimera, temibles monstruos mitológicos. En la mayor parte de las escenas relacionadas con Perseo, se podía ver al héroe acompañado por Mnerva, su diosa protectora, ante las gorgonas. Fue el apoyo

de esta diosa lo que consiguió que el héroe pudiese decapitar a Medusa, la única de las tres hermanas que era mortal y cuya mirada convertía en piedra a todo aquel que la mirase. La cabeza de Medusa se convirtió en un importante elemento de carácter apotropaico, que protegía a todo aquel que portase su imagen, por lo que era habitual dentro del arte etrusco. Belerofonte era el hijo del dios Poseidón, quien le regaló al héroe el caballo alado Pegaso (nacido de la sangre caída en la tierra de la decapitada Medusa). Belerofonte se enfrentó contra Quimera, un monstruo femenino con cabeza y cuerpo de león, una cabeza de cabra saliéndole de la espalda y una cola de serpiente. En relación con el mito de Belerofonte, tenemos a la famosa quimera de Arezzo, una estatua de bronce que se considera actualmente que formaba parte de un grupo mayor junto al héroe y a Pegaso.

Tumba de Tifón, Tarquinia. Tifón era un gigantesco monstruo alado que trató de derrotar a Zeus para conseguir dominar en el Olimpo. Sin

embargo, no lo consiguió y fue confinado bajo el monte Etna como castigo. La representación de estos mitos griegos dentro del mundo etrusco nos confirma la enorme influencia que tuvo la cultura helénica dentro del imaginario de este pueblo itálico.

Por último, mencionaremos a una de las pocas heroínas femeninas que encontramos como protagonista en los mitos griegos y etruscos. Dada la importancia que tenía la mujer dentro de la sociedad etrusca, uno de los mitos más interesantes fue el de Atalanta (Atlenta), la heroína que obtuvo la victoria en la épica cacería del jabalí de Calidón que organizó Meleagro (Meliacr). Normalmente, es posible encontrar a Atalanta representada en diversos espejos etruscos, en compañía de distintos dioses y mientras cazaba al temible jabalí de Calidón.

Como hemos visto, la mayor parte de los mitos genuinamente etruscos no se han conservado en la actualidad, un hecho que dificulta la tarea de acercarnos al *corpus* de leyendas de este pueblo. El hecho de que no se conserven apenas textos ha contribuido al desconocimiento que se tiene sobre la mitología etrusca, aunque gracias a los diversos autores posteriores y a las imágenes que formaban parte de las representaciones artísticas hemos podido conocer pequeños flecos de las leyendas autóctonas de los tirrenos. Asimismo, a lo largo de este capítulo hemos comprobado el alto grado de penetración de la cultura griega dentro del territorio de Etruria, aunque sufriesen diversas modificaciones que permitieron adaptarla a la mentalidad etrusca. Solo nos queda confiar en que las investigaciones futuras nos permitan conocer más del mundo religioso de los etruscos, recuperando los mitos que formaron parte de su mentalidad y cultura.

7
Mitos romanos I: los orígenes y la fundación de Roma

Los antiguos romanos consideraban el nacimiento de su ciudad como un acto individual realizado por su fundador, Rómulo, que actuaba siguiendo la voluntad divina manifestada en la consulta augural que el héroe había hecho previamente. Dentro del mito del origen de la ciudad se podía ver como existieron dos vertientes relacionadas con la fundación de la ciudad, una de carácter sacro (que seguía las prescripciones del *Etruscus Ritus*) y otra centrada en establecer un ordenamiento político y social sobre los nuevos habitantes. El acto de la fundación de Roma fue considerado por todos los habitantes de la ciudad como el inicio de su propia historia, lo que nos habla de la gran importancia que tuvo este acto ya en la propia Antigüedad.

El acto de la fundación exigía, como es obvio, la necesaria intervención de un fundador, papel que ocupó Rómulo en casi todas las variantes de esta historia. Ya veremos cómo en las versiones griegas más antiguas sobre el origen de Roma el papel de Rómulo se atribuyó a diversos héroes, como Eneas o Rhomos, a los que conoceremos mejor más adelante. La imagen tradicional que se tenía del fundador era ajena a la primitiva idea que los romanos se hicieron de este, lo que hace suponer que posiblemente fuese una imposición cultural griega.

Didracma de plata, fechada entre el 269-266 a. C. El relato sobre la fundación de Roma fue tan importante que podemos encontrarlo en muchos autores antiguos, la mayoría de los cuales atribuyen este acto a Rómulo, sobre todo dentro de las fuentes latinas.

El autor latino Tito Livio llegó a otorgar a las principales figuras que protagonizaron los más importantes acontecimientos de la República el apelativo de *conditor* (fundador) o incluso llegó a atribuirles connotaciones fundacionales a ciertos personajes que no cumplían las características propias de esta figura, como le ocurrió al héroe Genucio Cipo, ya que consideraba que su labor había sido primordial para el desarrollo histórico romano. La historia de este héroe es bastante simple, pero reúne en ella misma todos los elementos y heroicos míticos necesarios para ser considerado un personaje importante dentro de la ciudad. Al comienzo de la República Romana, el pretor Genucio Cipo regresaba a Roma a la cabeza de un ejército victorioso. Accidentalmente, dirigió su mirada al agua de un arroyo y vio que su frente

se adornaba con unos cuernos. Cuando preguntó a los arúspices el significado de este prodigio, le dijeron que si regresaba a la ciudad se convertiría en rey, por lo que decidió autoimponerse el exilio voluntario. En reconocimiento a su gesto, el Senado le otorgó tierras y un busto de un hombre con cuernos en la Porta Rauduscula na. Por tanto, Tito Livio consideraba a todos los reyes como fundadores de Roma, aunque otorgó a Rómulo la primacía de este acto sobre los demás. Asimismo, creía que cada momento de singular importancia dentro de la historia de la ciudad ofrecía un atisbo de apariencia fundacional, lo que explica que considerase como fundador a cada personaje importante.

En este capítulo, antes de centrarnos en Rómulo y la fundación de la ciudad, veremos brevemente otros mitos que se relacionaban con los orígenes primitivos de Roma y que suponían, para los romanos, los orígenes de su historia.

SATURNO Y LA EDAD DE ORO DEL LACIO

Cuando el dios Saturno (el Cronos de los griegos, al que se asimiló posteriormente) fue destronado por su hijo Júpiter se convirtió en mortal y se refugió entonces en el Lacio, donde le acogió cordialmente el rey Jano. Este último gobernaba sobre la región y sus pobladores, pero estos fueron descritos como muy primitivos y muy salvajes dentro de la obra del pseudo Aurelio Víctor. Sobre Jano existieron diversas versiones, como aquella que le consideraba un extranjero, procedente de Tesalia que fue desterrado en Italia, donde acabó convertido en el gobernante de la zona del Lacio, historia que fue la que predominó por encima de todas. También se creía que Jano se había desposado con la ninfa Iuturna, la hija del dios Volturnus, con quien tuvo a Fons o Fontus, deidad protectora de las fuentes, pero esta historia fue menos tenida en cuenta por los autores romanos.

Saturno se convirtió en el nuevo rey del Lacio, dando a la zona una gran prosperidad durante su reinado, de tal forma que estos tiempos fueron conocidos como la Edad de Oro. Jano reinaba en el Janículo, mientras Saturno lo hacía en Saturnia, una ciudad emplazada en la cima del Capitolio:

«Estas dos ciudades derruidas que ves más allá son monumentos que recuerdan a los antiguos héroes que las poblaron. Fundó esta el padre Jano, aquella Saturno; esta se llamaba Saturnia, aquella Janículo» (Virgilio, *Eneida*, libro VIII).

A la muerte de Jano, este fue divinizado, se inició su culto en época de Numa Pompilio, y Saturno quedó como rey absoluto de esta zona del Lacio.

Saturno había proseguido la obra civilizadora de Jano. Enseñó a los hombres el cultivo de la tierra, por lo que se le veneró posteriormente como el dios de las cosechas y de las simientes representándosele con una hoz o podadera en la mano, dos de sus atributos iconográficos. Asimismo, tal y como aparecía relatado en la *Eneida*, el Lacio se mantuvo en paz mientras estuvo regido tanto por Saturno como por Latino, personaje al que ya hemos conocido previamente, así, esta época se convirtió en la llamada Edad de Oro de los textos clásicos.

EVANDRO

Un tiempo después del reinado de Saturno y Jano llegó a Roma Evandro, un héroe arcadio que se exilió en Italia, acompañado de su madre, Carmenta. Este mito se utilizaba, sobre todo, como justificación para explicar la presencia del pueblo arcadio en la zona del Lacio.

Ya hemos hablado de la existencia de los arcadios en el Lacio, un hecho que tuvo una gran importancia dentro de la Italia primitiva. Arcadia se presentaba, en la mayor parte de los textos, como el punto de partida de la primera migración griega que se dirigió hacia el suelo itálico, de ahí que se resaltase la figura de Evandro como parte fundamental de los mitos romanos. Esta primera migración fue la expedición conducida por Enotrio y Peucetio, los hijos del rey de Arcadia, Licaón, quienes acabaron transformados en los epónimos de enotrios y peucetios. Tras ellos, vino Evandro, el personaje que ahora nos ocupa.

Dentro de la obra de Hesíodo, vemos como Evandro figuraba como hijo de Equemo y de Timandra, por lo que quedaba vinculado a la ciudad de

Tegea. Sin embargo, existieron otras tradiciones más tardías que consideraban que era hijo del dios Hermes y de Temis o Nicóstrata, bendecida por los dioses con el don de la profecía. Dentro de los autores latinos, en cambio, se reflejaba el hecho de que Carmenta era la madre de Evandro. Dionisio de Halicarnaso, por ejemplo, presentaba a la ninfa Temis como la posible madre del héroe y la identificaba tras su llegada a Italia con Carmenta, la antigua diosa romana que poseía el don de la profecía. Esta fue, de hecho, la versión canónica que acabó perdurando en la historia. Pese a todo, la figura de Carmenta nunca estuvo clara en Roma, se consideraba también que pudo haber sido la esposa de Evandro. Algunos autores acabaron identificándola con la diosa de los nacimientos y mantuvieron su carácter de adivina, e incluso creyeron que había varias Carmentas, todas ellas hermanas entre sí y cuyo nombre variaba según la posición en la que viniera el niño durante el alumbramiento.

Evandro llegó a Italia como consecuencia de un exilio. Las razones de este variaban, destacaban las de tipo político o las que se relacionaban con una carestía, que parecen ser las más probables. Según Dionisio de Halicarnaso, Evandro desembarcó en el Lacio unos sesenta años antes del comienzo de la guerra de Troya, fechada en la Antigüedad en el año 1184 a. C. Por lo visto, allí fue recibido por los aborígenes, los primitivos habitantes del Lacio, cuyo rey, Fauno, le concedió algunas tierras para poder asentarse. Aunque esta fue la tradición más repetida, vemos como Virgilio narró la llegada de Evandro de una forma diferente, planteando la existencia de diversos episodios bélicos como el enfrentamiento que el héroe arcadio sostuvo contra Érulo, el rey de Praeneste, a quien finalmente dio muerte. Este Érulo se creía que era hijo de la ninfa Feronia, y ya en la antigüedad se consideraba la personificación del mítico arquetipo del rey latino.

Evandro, grabado de Guillaume Rouille en la obra *Promptuarii Iconum Insigniorum*. Evandro fue un héroe exiliado de Arcadia quién se estableció en el territorio de lo que sería la futura Roma. Allí fundó una ciudad que recibió el nombre de Palanteo, donde recibió la visita de Eneas a su llegada al Lacio.

Lo que parece claro es que Evandro se asentó en la colina del Palatino (en concreto, en la cima llamada Germalo), donde fundó un pequeño asentamiento, llamado Palanteo, lo que le convirtió en un antecedente directo de Rómulo. Dentro del Lacio, se asumió su presencia como la de un héroe civilizador, que traía consigo una cultura superior que transmitía a una población agreste e inculta. No todas las fuentes consideraban tan inculta a la primitiva población de esta zona, ya que en la *Eneida* Evandro relató a Eneas como fueron civilizados por Saturno, siguiendo la tradición de la Edad de Oro.

Ovidio, dentro de su obra de los *Fastos*, nos presentaba a un joven Evandro quien llegó a una tierra casi solitaria tras remontar el Tíber. Estaba acompañado por su madre Carmenta, la cual le incitó a asentarse allí, tras

augurar la futura grandeza de Roma. Siguiendo entonces sus consejos, Evandro fundó en la zona del Palatino un pequeño asentamiento, donde reinaría hasta la llegada de Eneas.

Existió otra tradición diferente que contaba cómo Hércules había concebido a Palante, el futuro epónimo del Palatino, en una hija de Evandro que le había entregado al héroe, cuyo nombre variaba según los distintos autores, ya que era Launa en la obra de Polibio, Lavinia en la de Dionisio de Halicarnaso y Pallentia en la de Servio.

HÉRCULES Y CACO

Siguiendo con la historia del origen de Roma que predominó sobre las otras, vemos cómo poco después de la llegada de Evandro por el Lacio pasó Hércules trayendo consigo los bueyes que había robado a Gerión. Se detuvo a reposar en los prados donde posteriormente se fundó la ciudad y dejó pastar libremente a los bueyes. Mientras descansaba, Caco, que vivía en el Palatino, le quitó el rebaño y lo escondió en su cueva. En la *Eneida* de Virgilio y en los *Fastos* de Ovidio, Caco no aparece descrito como un ser humano, sino que le consideraba como un terrible monstruo que habitaba en una caverna del monte Aventino. Era hijo del dios Vulcano (quien podía ser conocido por diversos epítetos como el de Mulcíber, que significaba literalmente el que ablanda), por lo que escupía fuego y devoraba a los hombres. Era asimilado al cíclope que aparecía en la *Odisea*.

> Caco, pavor e infamia de la selva aventina, desgracia no leve para los vecinos y huéspedes, hombre de aspecto siniestro, de fuerzas proporcionadas a su talla, y su talla era enorme: Mulcíber era el padre de este fenómeno. Por casa tenía una cueva monumental escondida entre largos vericuetos, difícil de encontrar hasta para las alimañas. En los pilares de la puerta colgaban cabezas y brazos clavados y la tierra sucia estaba blanca de huesos humanos.
>
> *Fastos*, libro IV
>
> Ovidio

Al despertar Hércules, buscó a su rebaño y se encontró a Caco robándoselo, pero escapó de él y se encerró en su cueva tapando la entrada con una gran roca. Hércules consiguió abrir el techo de la caverna desde la cima del monte, mató al monstruo y recuperó su rebaño. Agradecido por haber dado muerte al monstruo Evandro, aconsejado por su madre Carmenta, se presentó ante el héroe y le ofreció sacrificios en gratitud a su acto. Asimismo, consagró un altar en honor de Hércules, el llamado Ara Máxima, donde se ofrecerían a partir de entonces rituales y sacrificios en su nombre. En ciertos relatos del mito fue Caca, la hermana de Caco, quien lo traicionó al revelar a Hércules el lugar donde se escondía con los bueyes robados. En agradecimiento por su ayuda, fue deificada y se mantuvo en Roma un fuego perpetuo donde se le daba culto.

Esta fue la versión canónica que se estableció sobre la historia del enfrentamiento entre Hércules y Caco. Sin embargo, en un pasaje de Diodoro Sículo se podía encontrar una de las primeras referencias al mito de Caco, que plasmaba una historia ligeramente diferente a la que hemos conocido. En este caso, un príncipe del Palatino, de nombre Caco, recibió y agasajó a Hércules a su llegada al Lacio. Como vemos, en el relato de Diodoro, Caco no tenía connotaciones negativas, sino que poseía el carácter típico de los héroes, una faceta que se vinculaba a los antiguos epónimos (*Scalae Caci*, *Atrium Caci*) que lo señalaban como un primitivo señor del Palatino.

Hércules y Caco, de Baccio Bandinelli, Florencia. Según nos narra el mito, Hércules pasó por el Lacio tras conseguir arrebatarle a Gerión sus bueyes. Allí se encontró con Caco, quien le robó con artimañas su ganado, por lo que el héroe acabó con su vida.

En la obra de Dionisio de Halicarnaso, Caco seguía siendo un dinasta local con una sede fortificada en el Palatino. Pero en este texto era presentado como un bárbaro, que gobernaba sobre gentes salvajes y primitivas, y que se enfrentó a Hércules, el encargado de darle muerte. En la obra del autor de Halicarnaso, Hércules se presentaba como un gran caudillo que recorría Occidente eliminando a los tiranos y a los gobernantes crueles, entre los que se encontraba nuestro Caco. Tras eliminar a este, tanto los arcadios, que acompañaban al héroe, como Fauno, el rey de los aborígenes, se repartieron las diversas posesiones de Caco. Dentro de las obras de Solino y Cneo Gelio, Caco aparecía como un personaje muy importante dentro del Lacio, que llegó a hacerse con un reino propio y a gobernarlo con suma crueldad. Atacó a los arcadios de Evandro y fue vencido finalmente por Hércules, hecho que le valió el agradecimiento del rey.

Otra antigua versión del mito convertía a Caco en un compañero del rey Marsias, quien marchó desde Frigia hasta Italia para invadirla. Al principio, Marsias había enviado a Caco como embajador al rey etrusco Tarchon, pero este lo había hecho prisionero, por lo que al quedar libre volvió a Frigia y decidieron invadir Italia. Ocuparon la Campania y atacaron la zona de Roma, pero allí fueron derrotados por Hércules, que se había aliado con Tarchon para acabar con los invasores.

Existieron un par de relatos en los que no intervinieron ni Caco ni Hércules. En el primero de ellos, uno de los más antiguos que surgieron, se presentaba al héroe recibido por el bárbaro rey Fauno. Este monarca tenía la costumbre de sacrificar a los dioses a todos los extranjeros que llegasen a su territorio, pero, al intentar hacerlo sobre Hércules, el héroe consiguió acabar con su vida y marchó de nuevo con sus bueyes hacia Grecia. En el segundo, Hércules es sustituido por Recárano, un héroe griego, de fuerza extraordinaria, que atravesó la zona del Lacio durante el reinado de Evandro. Conducía un rebaño de bueyes, que Caco, esclavo del rey y ladrón, le robó y escondió. Recárano quedó desolado, por lo que Evandro intervino y obligó a su siervo a que le restituyese los bueyes al héroe, quien, en agradecimiento, fundó al pie del Aventino un templo a Júpiter. Este templo se convirtió posteriormente en el Ara Máxima de Hércules.

Parece que ser que, poco a poco, Caco empezó a adquirir connotaciones negativas, un proceso que culminó en el siglo II a. C. En un fragmento de Casio Hémina, Caco era definido como un siervo de Evandro, que robó los bueyes de Gerión a Hércules, quien aquí es llamado Trecareno. En versiones sucesivas, como la que reflejó Tito Livio, Caco era un pastor muy poco apreciado por sus vecinos, ya que poseía un fuerte carácter muy violento y salvaje. Hércules se detuvo a descansar junto al río Tíber, cuando regresaba de su décimo trabajo, con el rebaño robado. Caco se llevó a los mejores ejemplares del rebaño cogiendo a los animales del rabo y haciéndolos marchar hacia atrás en dirección a su cueva. Hércules, al ver las huellas que se alejaban de esta gruta, quiso marcharse en su busca, pero oyó unos mugidos que salían del interior. Comprendió que Caco había tratado de engañarle, por lo que se fue a buscarlo y lo mató con su maza. Además, hay que añadir que en los textos que narraban la historia de Caco a partir del siglo I d. C. se observó como el monstruo era desplazado al Aventino, dejando el Palatino para Evandro.

Grabado de Annibal Carracci que representa la lucha entre Hércules y Caco. Aunque en los relatos más antiguos Caco era reflejado como un héroe y un dinasta local del Lacio, poco a poco adquirió ciertas connotaciones negativas que lo convirtieron en el monstruo ladrón que vemos en la versión canónica del mito.

Asimismo, Caco (Cacu) fue un personaje que aparecía dentro de la mitología etrusca, donde era un adivino que enseñaba su arte a Artile. En casi todas las imágenes, podemos encontrar a ambos mientras practicaban la adivinación siendo acechados por los hermanos Caile y Avle Vipines, quienes trataban de arrebatarles sus secretos. Esta tradición se relacionaba directamente con el rapto del adivino, quien fue apresado por el etrusco Tarchon.

Espejo etrusco, Museo Británico. Cacu se encuentra sentado, tocando una lira, mientras a su lado se sitúa Artile leyendo. A ambos lados de estos dos personajes vemos a Avle y Caile Vipinas, quienes intentaban capturar a Cacu, para conseguir todos sus secretos.

Entre Caco y Cacu existían ciertos llamativos contrastes. La versión etrusca del mito presentaba a Cacu, un joven adivino de largos cabellos, que

normalmente era representado tocando la lira. Se acompañaba por Artile, su criado, más joven que él, que normalmente se encontraba leyendo o escribiendo profecías. La imagen que ofrecía este Cacu era completamente apolínea, vinculada con los dioses a través del proceso adivinatorio. Y, como acabamos de ver, el Caco romano difería totalmente de este personaje etrusco. Hay que considerar a Caco un clarísimo ejemplo del proceso de degradación del héroe. En las versiones primitivas relacionadas con el personaje romano se puede comprobar cómo su condición heroica existía a través de ciertos elementos de su personalidad, entre ellos el hecho de ser descrito como un gran dinasta. Sin embargo, en los poetas de la época de Augusto, como Virgilio, Ovidio o Propercio, lo describían usando términos despectivos: era un individuo que echaba fuego por la boca, con carácter agresivo y violento. Otros autores le reconocían condición humana, pero le daban connotaciones negativas: era un pastor temido y odiado por sus vecinos, que roba su ganado y encontró su muerte a manos de Hércules. El hecho de que fuese hijo de Vulcano y su estrecha relación con el fuego o su vínculo con Vesta a través de su hermana Caca son los datos que determinan en la actualidad que en un primitivo estadio Caco fue un héroe. La historia de Caco fue sumamente importante para el mundo romano, ya que este mito explicaba el origen del rito vinculado al culto de Hércules dentro del Ara Máxima. En relación con este altar, existía un curioso relato que trataba de justificar la exclusión de las mujeres dentro de los cultos de Hércules. Fatigado tras vencer a Caco, Hércules le pidió a la Bona Dea (quien se encontraba celebrando sus misterios sagrados) beber en su fuente sagrada. La diosa se lo negó, ya que estaba prohibido el acceso a los varones en el rito, por lo que Hércules, irritado, vetó a las mujeres en su culto.

ENEAS Y EL MITO TROYANO

Uno de los mitos más importantes dentro de los orígenes de Roma, junto con la historia de Rómulo, era aquel que se encontraba relacionado con el troyano Eneas. En la mayor parte de las tradiciones acerca de la fundación de la

ciudad se consideraba que el antepasado de todos los romanos era el troyano Eneas, hijo del mortal Anquises y de Venus, de quien además derivaba la *gens Iulia* (a la que pertenecieron Julio César y Augusto entre otros). Ello es debido a que el linaje griego de los héroes homéricos se consideraba como parte de una supuesta genealogía universal, la cual servía para emparentar a Roma con el resto de los lugares del mundo que compartían la cultura helénica. Para los romanos, el mito de Eneas no entraba en conflicto con su propio mito autóctono, que los hacía descendientes de Rómulo y Remo, a quienes vamos a conocer dentro de muy poco. En su momento, esta leyenda local y la versión griega se hicieron compatibles, ya que la mezcla de ambas convertía a Rómulo y Remo en descendientes del fundador original, Eneas.

El primer autor conocido que estableció una relación directa entre el héroe troyano y Roma fue Helánico de Lesbos. Desconocemos si antes de Helánico existieron otros relatos que constatasen la presencia de Eneas dentro del Lacio, por lo que este autor quedó como el primero que reflejó la llegada del héroe a Italia. Además, es importante saber que la leyenda troyana no llegó a tener importancia hasta el momento de la victoria romana dentro de la guerra latina, lo que se tradujo en la creación de un culto federal latino dominado por Roma, en torno a los dioses penates.

Helánico de Lesbos suponía que la fundación de Roma era obra de Eneas, quien llegó a tener para los romanos un enorme valor, puesto que les permitía gozar de una prestigiosa nobleza helénica sin renunciar a su propio origen autóctono. Tanto Eneas como Rómulo representaban dos pilares básicos dentro de la configuración de los orígenes romanos, eran los principales héroes de su historia. De hecho, las versiones más antiguas narraban como Eneas y Rómulo se encontraban vinculados por un lazo parental directo y se convertían en ocasiones en padre e hijo. Pero, a partir del siglo III a. C., las fechas se ampliaron, lo que obligó a crear la dinastía albana, considerada una construcción artificial que comenzaba con Ascanio, el hijo de Eneas y fundador de Alba Longa, y culminaba con los ascendientes directos de Rómulo.

Cuando los griegos destruyeron y saquearon Troya, Eneas decidió huir de la ciudad acompañado de su padre Anquises y su hijo Ascanio (conocido como *Iulo* en las fuentes latinas), pero no de su mujer Creúsa, que falleció

durante la huida. Durante su huida había tomado consigo a los penates de la ciudad y al *Palladium* (una pequeña estatua de madera de Palas Atenea) para llevárselos a su nuevo destino. Indicado por los dioses, emprendió un viaje hacia la que se consideraba como la patria originaria de los troyanos para poder asentarse y reconstruir la grandeza de Troya. Este viaje fue el mismo que narró Virgilio en su poema épico, la *Eneida*, realizado a imagen de la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero. En su obra aprovechó para narrar los peligros y los viajes a los que Eneas se enfrentó para terminar cumpliendo con su destino y asegurar de esta forma la futura fundación de Roma.

Eneas y Anquises, Museo del Louvre. En su huida de Troya, Eneas escapó con su padre Anquises y su hijo Ascanio, mientras que su mujer Creúsa falleció sin poder salir de la ciudad. La mayoría de las leyendas coincidían en narrar cómo Eneas cargó con su padre a los hombros mientras abandonaban la ciudad, lo que suponía una forma de resaltar la piedad filial del héroe.

Una de las versiones de la leyenda sobre el viaje de Eneas fijaba una de sus etapas en Arcadia, concretamente en la región de Mantinea, lugar donde

falleció y recibió sepultura el padre del héroe. Eneas consultó aquí a sus penates a través de un oráculo y les pidió que le indicasen cómo llegar a su nueva patria. Estos dioses le prometieron que llegaría a la tierra de sus antepasados, Italia (llamada Hesperia), de donde procedía el lejano ancestro de los troyanos, Dárdano. Las noticias más antiguas sobre Dárdano en la propia Italia se encontraban en la Etruria septentrional, un origen que Virgilio mencionó en su propia obra: «Esforzados hijos de Dárdano, la primera tierra que produjo el linaje de vuestros padres y con él a vosotros, esa misma os acogerá en su fecundo regazo cuando tornéis a ella; buscad pues a vuestra antigua madre. Allí dominarán de uno a otro confín la casa de Eneas y los hijos de sus hijos y los que nacieron de ellos». (Virgilio, *Eneida*, libro III).

La visión de Virgilio era claramente italocéntrica: la migración de los troyanos hacia Italia se consideró como un claro y evidente retorno a su patria mítica (aunque imaginaria), de manera que Eneas estaba volviendo a su verdadero hogar: «Yo soy el piadoso Eneas, cuya fama llega al cielo; que traigo conmigo en mis naves los patrios penates arrebatados del furor de los enemigos, y voy buscando mi patria, Italia, y el linaje del supremo Júpiter, de quien desciendo» (Virgilio, *Eneida*, libro I).

Servio, en cambio, recogía una variante de la tradición que consideraba a Dárdano como hijo de Córito (el héroe epónimo de la ciudad de Cortona), de donde salió para dirigirse a la Troáde. Por tanto, según la tradición serviana, Dárdano era el padre de la estirpe troyana (y, por supuesto, de Eneas) y los cortoneses proclamaban una ascendencia común y una mayor antigüedad con respecto a Roma. De cualquier forma, la mayor parte de los autores coincidían en señalar un clarísimo vínculo entre Troya e Italia que justificaba el viaje de Eneas hacia su nueva patria.

Durante su viaje a Italia, Eneas realizó una parada en Cartago, ciudad en la que fue acogido por la reina Dido, cuyo marido, Sicaeo, había sido asesinado por el hermano de la soberana, Pigmalión, el príncipe de Tiro. Esta, insuflada de amor por el héroe debido a la acción de los dioses, intentó conquistar el corazón de Eneas, pero no lo consiguió, ya que el héroe seguía decidido en tratar de alcanzar la tierra de sus antepasados. Tras la marcha de Eneas de Cartago, la reina se suicidó, por lo que se convirtió en una triste sombra que habitaba el Hades, como pudo comprobar el troyano durante su

descenso al Hades. Virgilio aprovechó este episodio para sentar las bases de la rivalidad entre las naciones cartaginesa y romana, condenadas a enfrentarse tras el suicidio de la enamorada Dido. Además, en el momento en el que el poeta escribió su famosa obra, se quiso ver en la figura de la reina una comparación con Cleopatra, otra monarca oriental que, con malas artes, había intentado seducir y apartar de sus deberes a los nobles romanos, lo que consiguió con Marco Antonio pero no con Octavio Augusto.

Fresco de Eneas procedente de Stabias, Gabinete Secreto del Museo Arqueológico de Nápoles. Esta caricatura representaba la huida de Eneas con Anquises y Ascanio. En el siglo I d. C. el tema de Eneas se había vuelto tan repetitivo que algunos ciudadanos romanos se burlaban del mito poniéndoles cabeza de perro a sus protagonistas.

El viaje de Eneas no fue nada fácil, ya que contaba con el odio de Juno como principal obstáculo. La enemistad con esta diosa se debía básicamente al resentimiento que sentía por Venus, la madre del héroe, que ganó el concurso de la más bella que dio como origen el conflicto troyano. Juno intentó impedir en todo momento el éxito del viaje de Eneas, pero no lo

consiguió, ya que el héroe estaba favorecido por su madre y el propio Júpiter. En su largo deambular por el Mediterráneo, Eneas pasó por tierras sicilianas y por la zona de Cumas, donde se entrevistó con la Sibila y realizó su descenso al inframundo. En esta visita al más allá mantuvo una charla con su padre, quien le enseño las sombras de los hombres ilustres que llevarían a Roma a la gloria y lo animó a culminar con éxito su misión. Finalmente, consiguió alcanzar la desembocadura del Tíber, donde desembarcó. Tras establecer un pacto con el rey Latino se estableció en esta zona y fundó la ciudad de Lavinium. A esto le siguió una guerra que enfrentó a los troyanos y los latinos con Turno, el rey de los rútulos. Esta animadversión vino producida por el hecho de que Latino entregó la mano de su hija Lavinia a Eneas y se desdijo de su anterior compromiso que la vinculaba con Turno. El conflicto llevó a la muerte de Latino y a la victoria final de los troyanos sobre los rútulos y sus aliados, los etruscos, liderados por el rey Mecencio.

Mapa con los viajes de Eneas. Antes de conseguir llegar al Lacio, Eneas pasó por Cartago (donde fue recibido por la reina Dido), Sicilia y la zona de Cumas, en un periplo que finalmente le pudo llevar a su auténtico destino.

Mientras Eneas reinaba en su nueva ciudad, un día paseando fue abordado por una joven que resultó ser Anna, la hermana de la reina Dido. La muchacha, después del suicidio de la enamorada reina, se había visto obligada a huir de Cartago tras la invasión de la ciudad por los indígenas. Se había refugiado en diversas cortes hasta finalmente llegar a Italia, lugar donde encontró a Eneas, quien la acogió entre lágrimas por el desdichado destino de Dido y Anna. Esta cordialidad disgustó profundamente a Lavinia, la esposa de Eneas, que no quería la presencia de Anna en su palacio. Sin embargo, un sueño previno a Anna contra la reina, por lo que finalmente huyó al bosque, donde se encontró con el dios del río Numicio que se enamoró de la joven y

la arrastró a sus aguas. Mientras, las gentes de Eneas buscaban a Anna y al llegar a la orilla del río surgió de las aguas una figura que les reveló que la joven se había convertido en una ninfa acuática qué pasó a llamarse Perenna a partir de ese momento. Esta no fue la última ocasión en la que podemos ver a Anna Perenna, ya que en su vejez fue elegida como la mediadora entre Marte y Minerva. Marte amaba a la casta diosa, pero ella se resistía, por lo que se necesitó la intervención de Anna, quien engañó al dios haciéndole creer que se encontraría con Minerva. Sin embargo, cuando Marte quiso consumar la relación, se encontró con la anciana Anna en el lecho, quien se burló de él usando diversas palabras obscenas. Este episodio es el que justificaba que se entonase picantes canciones durante la festividad de Anna Perenna. No todos los autores tomaron como válido este relato, Varrón por ejemplo creía que quien se había suicidado por el amor de Eneas fue Anna y no Dido, pero siempre fueron minoría ante quienes daban mayor veracidad al relato de la muerte de la reina cartaginesa.

Sobre Anna Perenna existía otra tradición totalmente diferente, que no se encontraba relacionada con el ciclo de Eneas. Esta versión consideraba a Anna Perenna como una diosa antiquísima que residía en un bosque sagrado. Cuando se produjeron los conflictos entre el patriciado y la plebe, la diosa ayudó a estos últimos proveyéndoles de alimentos para que no muriesen de hambre. Ello le valió recibir honores divinos al finalizar la lucha entre ambos bandos.

Al fallecer Eneas, su mujer Lavinia quedó como la máxima mandataria de Lavinium, lo que obligó a Ascanio a fundar la ciudad de Alba Longa tras haber sido desposeído del trono de su padre en favor de su madrastra. En esta nueva ciudad se establecieron parte de los habitantes de Lavinium y dio comienzo una dinastía que, tras treces reinados, llegó a Numitor y a Amulio y, por tanto, a Rómulo y Remo. Según Dionisio de Halicarnaso la lista de los reyes de Alba Longa la componían los siguientes reyes: Ascanio, Silvio, Eneas, Latino, Alba, Cápeto, Cepis, Cálpeto, Tiberino, Agripa, Alodio, Aventino y Procras. La mayoría de los autores coincidían con Dionisio de Halicarnaso en esta lista, y agregaban el sobrenombre «Silvio» a todos ellos. Sin embargo, tanto Ennio como Nevio contaban como la ciudad de Alba Longa ya existía anteriormente a la llegada de Eneas al Lacio. En esta

versión, gobernaba sobre la ciudad el rey Amulio, quien entró en contacto con el héroe y le otorgó la mano de una princesa real.

En algunas versiones se decía que Eneas tuvo con Lavinia un hijo llamado Silvio. Su nombre derivaba de su condición de nacido en el bosque, hecho que podría haber condicionado su carácter y haberlo convertido en un ser sin civilizar y agreste, pero que no lo hizo. Al morir Eneas, Lavinia había huido de la ciudad embarazada, ya que temía que alguien matara al niño cuando naciese:

> Ese mancebo, a quien ves apoyado en su fulgente lanza, ocupa por suerte el lugar más cercano a la vida y es el primero que de nuestra sangre, mezclada con la sangre ítala, se levantará a la tierra; ese será Silvio, nombre que le darán los albanos, hijo póstumo tuyo, que ya en edad muy avanzada tendrás, fruto tardío, de tu esposa Lavinia, la cual le criará en las selvas, rey y padre de reyes, por quien dominará en Alba Longa nuestro linaje.
>
> *Eneida*, libro VI
>
> Virgilio

Tras dar a luz, Lavinia regresó a Lavinium con su hijo y destronó a Ascanio, quien se vio obligado entonces a fundar la ciudad de Alba Longa.

> Y el niño Ascanio, que ahora lleva el sobrenombre de Iulo (Ilo se llamaba mientras existió el reino de Ilión), llenará con su imperio treinta años largos, un mes tras otro, y trasladará la capital de su reino de Lavinium a Alba Longa, que guarnecerá con gran fuerza.
>
> *Eneida*, libro I
>
> Virgilio

Por lo visto, Silvio reinó también en Alba Longa a la muerte de Ascanio, y fundó la dinastía albana. No todos los autores coincidían en hacerle hijo de Eneas, había otros, como Tito Livio, que consideraban que lo era de Ascanio y mantenían su nacimiento en un entorno boscoso. Este nieto de Eneas sería el fundador de la dinastía albana y gobernaría en la ciudad a la muerte de su

padre. Sin embargo, la mayor parte de los investigadores consideran que Silvio es una invención más reciente, producto de la fusión de las leyendas troyana y latina. Lo que parece claro es que, como hemos dicho anteriormente, la dinastía de Alba Longa se creó para llenar el vacío temporal existente entre la caída de Troya (fechada en 1184 a. C. por autores como Erastótenes) y la propia fundación de Roma, en el 753 a. C.

La ciudad de Lavinium se presentaba a sí misma como una fundación de Eneas, que había desembarcado en el país de los aborígenes (el territorio de Latino en la versión canónica del mito) cuyos reyes habían formado allí una dinastía mítica. Una de las tradiciones sobre el origen de la ciudad contaba como hubo un incendio en el bosque vecino mientras Eneas estaba realizando los diversos ritos de fundación. Un zorro quería extender al fuego para impedir la obra de Eneas, pero al animal se le opusieron un águila y una loba, lo que simbolizaba el apoyo y la protección de los dioses a la obra del héroe.

Relieve del British Museum. Según algunas versiones del mito, una cerda preñada les indicó a Eneas y a Ascanio el lugar donde debían fundar la ciudad de Lavinium. Esta misma cerda habría parido a treinta lechones, que simbolizaban las distintas ciudades latinas.

En el poema de Licofronte *Alejandro*, Timeo de Taormina nos narraba también la fundación de Roma. En él, Eneas aparecía como el fundador de

treinta ciudades latinas (tantas como lechones parió una cerda que el héroe había traído consigo de Troya) y como el depositario de los dioses penates, salvados de la quema de Troya, en la nueva tierra. Lavinium, además, había sido fundada en el lugar exacto donde la mencionada cerda se detuvo cansada tras haber parido los treinta lechones que simbolizaban las ciudades latinas.

RÓMULO, REMO Y LA FUNDACIÓN DE ROMA

Tras la muerte de Ascanio, reinó en Alba Longa la dinastía albana que culminó en las figuras de Numitor y Amulio. A través de ellos, se llega al verdadero fundador de Roma, Rómulo, y a su hermano, Remo.

Rómulo había asumido, como otros tantos fundadores de ciudades en Etruria y el Lacio, la figura del *oikistes*. Los romanos adoptaron ciertas características griegas para su fundador autóctono y añadieron además la particularidad de que usó el rito de fundación etrusco para su misión. El mito de este héroe, además, poseía gran cantidad de paralelos con las historias de otros héroes, como, por ejemplo, Perseo o Ciro, por lo que su historia encajaba con la de ciertos grandes personajes míticos.

Se considera actualmente que la leyenda de Rómulo se puede dividir en tres partes: la prefundacional, la fundación de la Roma y su reinado. La primera se refiere a su origen, su infancia y su educación, con ciertos hechos claves que nos permiten comprender mejor su obra, mientras que las otras dos hacían referencia al origen de la ciudad y al gobierno del héroe y rey. Rómulo, además, se insertaba dentro del acervo mitológico latino y se pueden encontrar diversas similitudes con leyendas de otros héroes de la zona del Lacio.

La versión oficial que finalmente se impuso hacía de los gemelos Rómulo y Remo los hijos de Marte y de la vestal Rhea Silvia o Ilia. Ciertas versiones otorgaban el papel de padre a Amulio o bien a un pretendiente anónimo, pero en general hubo cierto consenso en considerarles hijos de Marte. De hecho, no es nada extraño que el dios de la guerra fuese su padre, ya que lo mismo

ocurría con otros héroes del Lacio, como era el caso de Modio Fabidio, el legendario fundador de la ciudad de Cures.

Rhea Silvia era la hija del rey Numitor de Alba Longa, quien fue desposeído del trono por su hermano Amulio tras morir Procras. Este último había decidido dividir su herencia en dos partes, de tal forma que a Numitor le correspondió el trono y a Amulio, las riquezas. Con el tesoro que heredó, consiguió destronar a Numitor y se proclamó él mismo rey:

> Fue sucedido por Procras, quien tuvo dos hijos, Numitor y Amulio. A Numitor, el mayor, le legó el antiguo trono de la casa Silvia. La violencia, sin embargo, resultó más fuerte que la voluntad paterna o que el respeto debido a la antigüedad de su hermano, pues su hermano Amulio le expulsó y se apoderó de la corona.
>
> *Historia de Roma*, libro I
>
> Tito Livio

Para evitar que Rhea Silvia tuviese descendencia que le disputase la corona robada, el usurpador la convirtió en virgen vestal. Sin embargo, el dios Marte la poseyó y la dejó embarazada. De su unión, nacieron dos hijos gemelos, Rómulo y Remo, que fueron abandonados en el río Tíber, cuyo curso fue desviado por Vertumnus para ponerlos a salvo en una orilla. Según Plutarco, Rómulo fue concebido el 24 de junio del 772 a. C., coincidiendo con un solsticio de verano. Además, este autor recogía otra versión narrada por un tal Lucius Taruntius Firmanus, quien consideraba que los gemelos habían nacido el 26 de marzo del 771 a. C. cuando Marte, el padre de los gemelos, se encontraba en Géminis, lo que presagiaba el grandioso futuro que tendrían.

Este mismo autor, Plutarco, contaba otra versión acerca del nacimiento de Rómulo y Remo atribuida a un desconocido Promathion. En este caso, vemos como al rey de los albanos Tarquecio se le apareció un falo sobre el fuego del hogar de su vivienda. Acudió al oráculo de Tetis en Etruria, quien dictaminó que debía unir a este falo divino con una virgen. Tarquecio se lo ordenó a una de sus hijas, pero ella se negó y mandó a una criada a que cumpliese con lo prescrito por el oráculo. Tras enterarse de la traición de su hija, el rey encerró

a ambas para matarlas, pero se lo prohibió Vesta, por lo que se limitó a dejarlas en prisión hasta que la esclava dio a luz a dos gemelos. Tarquecio quiso ejecutar también a los niños, tarea que le ordenó a Teracio, quien al final depositó a los niños en las orillas de un río. Se salvaron gracias a la intervención de una loba y de unos pájaros, que cuidaron de ellos hasta que finalmente los encontró un pastor. Al crecer, se vengaron de Tarquecio dándole muerte. Esta historia, que contaba con claros tintes arcaicos, se elaboró a partir de una de las versiones del origen del rey Servio Tulio, al que conoceremos en el siguiente capítulo.

Tras cumplir con su función de dar a luz al héroe, la madre de los gemelos desapareció de la mayoría de los relatos míticos. Su condición de vestal fue uno de los aspectos más destacados de la mujer, ya que dentro de la mitología itálica existía una relación muy cercana entre el círculo de Vesta y los héroes, como ocurría con Caeculo (el fundador de Praeneste, hijo de Vulcano. La *gens* Caecilia se consideraba descendiente directa de Caeculo) y Caco. Se trataba claramente del estrecho vínculo que tenían los héroes en su nacimiento con el fuego creador, lo que se traducía en la constante presencia de Vulcano y Vesta dentro de las vidas de estos personajes: «No faltó allí en aquel trance el fundador de la ciudad de Prenesta, el rey Caeculo, a quien todas las edades han creído hijo de Vulcano, nacido entre agrestes alimañas y hallado en una hoguera» (Virgilio, *Eneida*, libro VII).

La madre de Rómulo y Remo suponía un personaje único dentro de la tradición latina y era conocida por los nombres Ilia y Rhea (Silvia). La forma Silvia no es considerada como originaria, ya que actuaba más bien como un *nomen gentilicium* y era un añadido de época reciente que servía para señalar su pertenencia a la dinastía albana. La mayoría de los nombres de la madre de los gemelos eran de origen griego. El más antiguo era Ilia, que se creía que era producto de la especulación surgida a partir del principal personaje femenino de las versiones griegas relativas a la fundación de la ciudad, llamada Rhome. Como veremos dentro de poco, Rhome era una troyana que actuaba como epónima de Roma, al ser la madre del fundador, mientras que Ilia era un nombre que derivada del de Troya.

En la versión más primitiva de la leyenda, posiblemente tuvo otro nombre que acabó siendo sustituido, primero por Ilia y luego por Rhea Silvia, una

combinación que fue consecuencia de la unión de la tradición indígena con el componente troyano. Por ello, la madre del fundador de la ciudad se consideraba como un refuerzo más del vínculo existente entre Roma y Troya.

En algunos relatos del mito se contaba como la vestal Ilia fue violada por el dios Marte. De cualquier modo, fuese o no una violación, su embarazo suponía la ruptura con la norma básica del sacerdocio de Vesta, la virginidad, lo que la convertía en culpable de un gravísimo delito. El castigo que se le imponía a la vestal culpable era el enterramiento en vida, interpretado como una especie de sacrificio incruento (ya que nadie derramaría la sangre de la sacerdotisa) que purificaba a la ciudad del crimen cometido. En relación con Ilia, este castigo solo se mencionaba en los relatos de los autores más tardíos, ya que este tipo de castigos se introdujeron en Roma durante el reinado de Tarquinio Prisco. Además, la vestal era condenada ya desde antes de dar a luz, es decir, desde el momento en el que se tenían indicios de que el voto de castidad había sido roto sin esperar al nacimiento del niño. Este no fue el caso de Ilia, quien se encontraba destinada a traer al mundo a los gemelos divinos. Otros autores contaban que la vestal murió por orden de Amulio, ya fuese en la cárcel o bien arrojada a un río, donde falleció ahogada. Sin embargo, la versión más difundida fue la que contaba como Ilia sobrevivía gracias al perdón por parte de Amulio por su delito a instancias de su hija Antho, aunque permaneció encerrada hasta ser liberada por sus hijos cuando depusieron al usurpador del trono de Alba Longa y restauraron la corona de su abuelo Numitor.

El poeta Ovidio nos narró una versión ligeramente diferente de la historia de la vestal. Contaba como Ilia iba a buscar agua para cumplir con sus obligaciones sacerdotales y se quedó dormida debajo de la sombra de un árbol. Cuando despertó, la vestal recordó el sueño que había tenido: de la cinta que rodeaba su cabeza surgían dos palmeras que Amulio intentaba abatir con un hacha y que fueron salvadas, finalmente, gracias a la intervención de una loba y un picoverde, animales de Marte.

Grabado del libro *A New and Improved Roman History* (1798). La madre de los gemelos Rómulo y Remo fue la vestal Rhea Silvia (o Ilia según la fuente que consultemos), a quien el dios Marte dejó embarazada. Algunos relatos coincidían en narrar como la vestal se quedó dormida bajo un árbol, momento que el dios aprovechó para forzarla y engendrar a los hermanos.

La mayor parte de los relatos coincidían plenamente en mostrar el desinterés que sintió Ilia hacia sus hijos, ya que le fueron arrebatados al nacer y su reencuentro se produjo cuando ellos ya eran hombres adultos. Únicamente Plutarco mostró a Ilia con cierta nostalgia hacia sus hijos al pedir a Fáustulo que se mostrase la cesta donde fueron abandonados y al querer saber cómo habían conseguido sobrevivir. Este desinterés, de cualquier forma, fue recíproco, ya que los gemelos tuvieron como objetivo derrocar a

Amulio para volver a entregarle el trono a su abuelo, sin preocuparse del destino de su madre.

Los investigadores actuales consideran que la única función de Ilia había sido la de dar vida al héroe fundador, ya que desapareció justo después de todos los relatos. De hecho, cuando Rómulo y Remo decidieron fundar una ciudad, Ilia no intervino, por lo que permaneció en Alba Longa con su padre y cayó definitivamente en el olvido. Como vamos a comprobar, fue su madre adoptiva, Acca Larentia, la que figuró en los momentos más importantes de la vida de los gemelos y cobró todo el protagonismo en el mito.

Tras el abandono, fueron encontrados por una loba que acudió atraída por el llanto de los niños y se encargó de amamantarlos bajo la higuera Ruminal hasta que fueron recogidos y adoptados por el pastor Fáustulo. Según la mayoría de los investigadores, la palabra Ruminal provenía del nombre de la diosa Rumina, diosa que se encargaba de velar por la crianza de los niños de pecho. Otros autores, en cambio, consideran que se relaciona con la palabra ruma (pecho), o con el gentilicio etrusco *rumina*, relacionado con el nombre de Roma. En Roma existieron tres árboles que se consideraban como la auténtica higuera Ruminal, cada uno en un sitio diferente. El elemento de la loba ha sido interpretado de diferentes formas a lo largo del tiempo. En una de las versiones más racionales del mito de los gemelos se ha interpretado a la loba como la referencia a una prostituta (ya que la palabra *lupa* se utilizaba para referirse tanto a una meretriz como a una loba), considerada Acca Larentia, la esposa de Fáustulo y la mujer que asumió tanto su crianza como su educación. De hecho, fue uno de los relatos más antiguos de este mito en el que se narraba como Acca Larentia era una prostituta, una *nobilissima scortu*, que se había unido a Hércules en su santuario del Ara Máxima. De hecho, esta variante de la leyenda hace considerar que muy posiblemente, el personaje de Acca Larentia servía para relacionarse con la arcaica prostitución sacra. Por ejemplo, en los *Orígenes* de Catón, el autor mencionaba que Acca Larentia era una mujer enriquecida a través de su trabajo como cortesana y que, a su muerte, había donado al pueblo de Roma todos los terrenos que poseía. La versión canónica presentaba dos ligeras variantes, una de las cuales presentaba a Acca como la esposa de Fáustulo mientras que la otra la convertía en una meretriz que vivía con el pastor. Esta

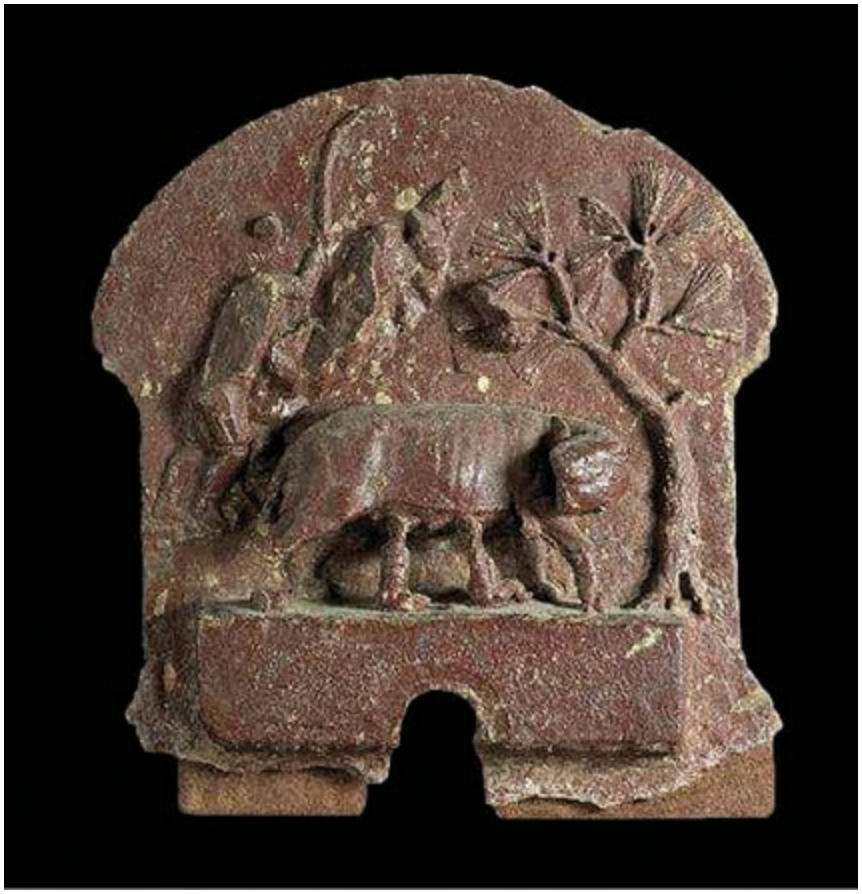
última variante suprimía, por tanto, a la loba como elemento fantástico y la sustituía por una prostituta.

Espejo etrusco, Antiquarium Comunale di Roma. El momento en el que la loba encontró a Rómulo y Remo fue considerado uno de los más importantes del mito, ya que se puede encontrar representado en gran cantidad de objetos, monedas, pinturas… La loba acabó convertida, incluso, en el símbolo de la propia ciudad.

Asimismo, podemos considerar que la intervención de la loba fue uno de los elementos más antiguos de la leyenda de los gemelos, ya que pudo determinar la inclusión de Marte en el relato. La loba, como animal del dios, permitía recordar al lector el hecho de que Rómulo y Remo eran sus hijos y sus protegidos. Ante la poca consideración que tenía la madre biológica, fue su padre Marte quien, a través de esta loba, se encargó de asegurar la supervivencia de su progenie.

De cualquier forma, la intervención de un animal salvaje convertido en ama de cría fue un elemento bastante común en la mayoría de las leyendas de los héroes, sobre todo los relacionados con el círculo itálico. La historia canónica también consideraba que la loba amamantó a los gemelos dentro de

una cueva situada en el Palatino, que recibió el nombre de Lupercal. Por lo visto, Rómulo instituyó una fiesta en este mismo lugar, donde sacrificó a un perro en honor a la loba para agradecerle la ayuda que les había proporcionado.



Fuente de Itálica, Museo Arqueológico de Sevilla. El relato de la fundación de Roma llegó a todas las provincias del Imperio romano, ya que podemos encontrar representaciones de este momento en ellas. En el caso de esta fuente de la ciudad de Itálica, vemos el momento en el que la loba amamantó a los gemelos bajo la higuera Ruminal.

Dionisio de Halicarnaso narraba como Fáustulo recogió a los niños y los entregó a su esposa, para que los criase, ya que ellos acababan de perder a su propio hijo. Acca Larentia asumió el papel de nodriza de los gemelos, proporcionándoles alimentos y cuidados para su crecimiento, mientras que Fáustulo se encargó de su educación. Una tradición secundaria afirmaba que el pastor envió a los muchachos a la ciudad latina de Gabii, para que aprendieran las letras, la música y las armas griegas: «Añádese que,

llevándolos a Gabias, se les educó en letras y en todas las demás habilidades propias de gente bien nacida» (Plutarco. *Vida de Rómulo*, VI).

Representación de Rómulo y Remo en el Lupercal, Altar de la Loba procedente de Ostia, actualmente en el Museo de las Termas de Roma. En esta cueva del Palatino los romanos consideraban que la loba había amamantado a los gemelos, por lo que se convirtió en el centro de las fiestas de las *Lupercalia*.

Esta parte del relato tenía un cierto sentido apologético, ya que trataban de dignificar a los gemelos, puesto que les sacaba del ambiente salvaje en el que se encontraban situados en la tradición canónica. De cualquier forma, la juventud de los gemelos con el pastor se encontraba vinculada con la propia formación de los héroes dentro de un universo salvaje, tal y como les ocurrió a otros (Caeculo y Modio Fabidio, por ejemplo). Esta crianza dentro de un ambiente tan agreste parece reflejar una costumbre muy arraigada dentro del mundo itálico primitivo.

Escultura de Jacopo della Quercia en Siena, que representa a Acca Larentia. La esposa del pastor Fáustulo se convirtió en la madre adoptiva y ama de cría de Rómulo y Remo, a quienes cuidó y protegió a lo largo de toda su vida, incluso en el episodio fratricida que acabó con la vida de uno de los hermanos.

Nos contaba el poeta Ovidio que, cuando eran Rómulo y Remo jóvenes, se encontraban jugando con otros muchachos desnudos durante la celebración de los lupercalia, momento que aprovecharon unos ladrones para robar su ganado. Todos ellos salieron juntos en su persecución, pero fue Remo quien consiguió recuperar el botín. Tras regresar el primero, tomó las vísceras de las victimas sacrificadas, que se estaban asando en ese momento, y las comió semicrudas con sus compañeros, los Fabios. Dentro de la religión romana, estas entrañas (llamadas *exta*) representaban la parte más importante de la víctima, por lo que eran destinadas frecuentemente a los dioses. Y según este episodio, Remo, al consumir la parte del animal que era para los dioses, condicionó su propio futuro al cometer un acto de sacrilegio. De cualquier forma, este suceso tan solo es mencionado por Ovidio, por lo que no parece un hecho definitivo ni condicionante del futuro de Remo:

> Desde un alto gritó un pastor: «¡Rómulo, Remo, los cuatreros se llevan a los novillos fuera del campo!». Tomar las armas llevaba tiempo; cada de uno de los dos sale de una posición distinta. El botín fue recuperado por Remo, que alcanzó a los ladrones. Una vez que regresó, sacó las entrañas que chisporroteaban en los pinchos y dijo: «Éstas, por cierto, no se las comerá otro sino el vencedor».
>
> *Fastos*, libro II
>
> Ovidio

Rómulo y Remo tomando los augurios, grabado de Giambattista Fontana, Fine Arts Museum of San Francisco. Cada uno de los hermanos intentó averiguar quién gozaba del favor de los dioses tomando los augurios. Remo escogió el Aventino, mientras que Rómulo se estableció en el Palatino. Este último fue el favorecido por las divinidades, tras ver desde el Palatino doce buitres.

La leyenda también nos cuenta cómo Acca Larentia, madre adoptiva de los gemelos, perdió a uno de sus doce hijos, quien fue sustituido por Rómulo. El joven héroe se llamó a sí mismo, y a los demás hijos de Acca Larentia, *fratres Arvales*, y se constituyó posteriormente en el origen de este colegio sacerdotal, encargado de dar culto a la *Dea Dia*.

Cuando los gemelos fueron adultos regresaron a la ciudad de Alba Longa. Allí mataron a Amulio y liberaron a su abuelo Numitor para devolverle el trono que le habían usurpado tantos años atrás. Tras hacerle justicia a Numitor, tomaron la decisión de fundar una ciudad en el mismo lugar donde fueron encontrados por la loba.

Rómulo quería fundar su ciudad en el Palatino, mientras que Remo escogía el Aventino. El 21 de abril del 753 a. C. ambos hermanos se situaron

en las cumbres de los montes que habían escogido a esperar una señal de los dioses. Es significativo este hecho, ya que si Remo hubiese estado contaminado por el sacrilegio que nos narraba Ovidio, no hubiese podido asumir la función de augur, lo que habría llevado a que la fundación de Roma se conociese de distinta manera. Remo se encontró seis buitres sobrevolando el Aventino, mientras que Rómulo divisó doce, por lo que, con ayuda de una vaca y un toro blanco, comenzó a cavar el *pomerium* de su ciudad:

> A los primeros intentos de la fundación hubo ya disensión entre los dos hermanos acerca del sitio: Rómulo quería hacer la ciudad de Roma cuadrada, como dicen, esto es, de cuatro ángulos, y establecerla donde está; y Remo prefería un paraje fuerte del Aventino, que se llamó Remonio, y ahora Rignario. Convinieron en que un agüero fausto terminase la disputa; y colocados para ello en distintos sitios, dicen que a Remo se le aparecieron seis buitres, y doce a Rómulo; pero hay quien dice que Remo los vio realmente, más lo de Rómulo fue suposición, y que ya cuando Remo se retiraba, entonces fue cuando a Rómulo se le aparecieron los doce, y que por esta causa los Romanos aun ahora hacen gran uso del buitre en sus agüeros.
>
> *Vida de Rómulo*, libro IX
>
> Plutarco

Por tanto, vemos como el fundador de Roma usó un ritual etrusco para crear su ciudad, estableciendo un *mundus* y un *pomerium* a la manera de los pueblos tirrenos. El hecho de tomar este rito hizo que Rómulo quedase revestido con la apariencia del *oikistes* griego, lo que le daba un ligero barniz helenístico.

La versión del mito más difundida nos contaba como Remo se burló de los límites de la ciudad establecidos por su hermano, lo que le llevó a cruzarlos sin permiso. Rómulo, indignado ante la actitud de su gemelo, le mató a espada inaugurando su ciudad con un asesinato:

> Se dijo que Remo había sido el primero en recibir un presagio: seis buitres se le aparecieron. Justo tras producirse el augurio, a Rómulo se le apareció el doble. Cada uno fue saludado como rey por su propio partido. Los unos basaron su aclamación en la prioridad de la aparición, los otros en el número de aves. Luego

se siguió un violento altercado; el calor de la pasión condujo al derramamiento de sangre y, en el tumulto, Remo fue asesinado. La creencia más común es que Remo saltó con desprecio sobre las recién levantadas murallas y fue de inmediato asesinado por un Rómulo enfurecido, que exclamó: «Así será de ahora en adelante con cada uno que salte por encima de mis muros». Rómulo se convirtió así en gobernante único, y la ciudad fue nombrada tras él, su fundador.

Historia de Roma, libro I

Tito Livio

En algunas versiones posteriores, creadas para lavar la imagen del fundador fratricida, se contaba que el asesino de Remo fue alguno de sus seguidores, como Céler. Sin embargo, la historia que trascendió finalmente fue aquella que convertía a Rómulo en asesino. La razón de la muerte de Remo se relacionaba con la necesidad de hacer inviolable el *pomerium* de la nueva ciudad, de tal forma que solo podía cruzarse con el preceptivo permiso. Esta necesidad era tan importante que, incluso, se condenó a muerte a un pariente cercano del propio fundador, de tal forma que con este asesinato se asentaron los valores y las normas tradicionales romanas. Sin embargo, este relato encerraba para los romanos una promesa y una oscura amenaza. Su ciudad llegaría a ser poderosa y muy importante, pero la sombra del fratricidio en el momento de su fundación planeaba sobre ella como una pesada maldición.

Contentos con el augurio echaron los cimientos los ciudadanos, y en escaso tiempo había una muralla nueva. Céler metía prisa a esta obra; el propio Rómulo le había llamado y le había dicho: «Céler, encárgate de estos trabajos, y que nadie pueda traspasar las murallas ni el foso abierto con la reja; cáusale la muerte a quien se atreva a cosa tal». Ignorante de ello, Remo se puso a hacer ascos de lo bajo de las murallas, diciendo: «¿Con estas murallas va a estar seguro el pueblo?». Y sin pensarlo dos veces, saltó por encima de ellas. Céler alcanzó con una pala al atrevido; éste, cubierto de sangre, fue a dar contra la dura tierra. Cuando el rey supo esto, se tragó en su interior las lágrimas que le habían brotado y guardó en su pecho la herida. No quería llorar públicamente, y mantuvo el valiente ejemplo, y dijo: «Que el enemigo pase mis murallas con este resultado».

Fastos, libro IV

Ovidio

En este momento de crisis familiar, que no solo trajo consigo la muerte de Remo, sino también la de Fáustulo, reaparecía la figura de Acca Larentia. Rómulo había quedado profundamente abatido por el dolor que le provocaba el haber asesinado a su hermano, pero su madre adoptiva le animó a continuar con su labor. El apoyo de Acca sirvió para que Rómulo recuperase las fuerzas y terminase su labor fundacional. Sin embargo, antes de continuar con su obra, un abatido Rómulo dio sepultura a su hermano muerto y al terminar con tan triste deber la sombra de Remo se le apareció y le suplicó que estableciese la costumbre de honrar a los muertos a través de sacrificios y diversas ofrendas. En honor a su hermano, Rómulo llamó Remuria al día en que se debía ir a las tumbas a cumplir con los espíritus de los antepasados muertos. Sin embargo, con el paso del tiempo, a estos espíritus se les conoció con el nombre de Lemures, y la fiesta llamó a pasarse Lemuralia o Lemuria.

La muerte de Remo había tenido lugar en el preciso momento de la fundación de Roma, en el instante en que se rompió la igualdad entre los hermanos. Solo uno de ellos podía adquirir el papel de fundador y de primer rey, un papel que le correspondía a Rómulo, lo que provocaba que Remo debiese ser eliminado. Es muy probable que este episodio no perteneciese a la leyenda original (ya que algunas versiones, como la narrada por Casio Hérmina, hablaban de una realeza doble en el origen de Roma), sino a la posterior construcción de carácter pseudohistórica con la que se ponían los cimientos de la fundación de la ciudad. De hecho, los investigadores han considerado que en el nivel más antiguo de la leyenda de los gemelos, Remo gozaba de mayor primacía que su hermano. Los gemelos estaban caracterizados (siempre en los momentos previos a la fundación de la ciudad) por una completa igualdad entre ambos, ya que los dos pertenecían a la *gens* divina de Marte. Su origen predisponía a ambos hacia un destino heroico parecido. Sin embargo, en momentos posteriores, Remo perdió parte de su importancia en favor de Rómulo, quien quedó como héroe principal para los romanos.

El mito de Rómulo y Remo se encontraba claramente vinculado con ciertos rituales iniciáticos a través de los cuales el héroe se encontraba

inmerso en un mundo salvaje en el que debían adquirir las diversas aptitudes que le ayudasen a alcanzar su destino. Asimismo, pertenecía a la propia tradición mítica del Lacio, en la que se encontraban coincidencias con otros personajes de este ambiente.

Sin embargo, es importante considerar que el relato de la fundación de Roma era una creación sumamente artificial que mezclaba elementos muy dispares. Frente a la presencia de elementos de procedencia griega, que se insertaban en el acervo cultural latino, hubo una fuerte reacción indígena. Esto se tradujo en la creación de un relato propio sobre la etnogénesis latina, la cual se definía por la fusión de elementos tanto troyanos como indígenas que reclamaban un fundador autóctono. Rómulo tenía su propio pasado y su ascendencia, aspectos hundidos dentro del fondo mítico del Lacio primitivo y que se rescataron para la leyenda de la fundación de Roma. Sin embargo, el vínculo con el mundo griego se mantenía con Eneas, considerado siempre como el lejano progenitor del pueblo latino.

Además, la leyenda de Rómulo se encontraba localizada en el Palatino. Sin embargo, es importante recordar cómo, antes de que el hijo de Marte se apropiase de este monte en concreto, ya residía allí otro personaje legendario conocido, que era Caco. La existencia de una *scalae* y de un *atrium Caci* eran las pruebas residuales que confirmaban este hecho, antes de que Caco fuese desplazado al Aventino tras la fundación de la mítica Palantea del rey Evandro. Por tanto, hay que considerar a Rómulo como un personaje propio del cuerpo legendario latino, que acabó siendo adoptado por Roma como su héroe fundacional.

OTRAS VERSIONES SOBRE LA FUNDACIÓN DE ROMA

Aunque el mito que pasó a convertirse en la versión oficial de la fundación de Roma es la historia que, con sus distintas variantes, acabamos de narrar, existieron otros tantos relatos sobre este hecho que, sin duda, merecen la pena de ser conocidos, aunque sea brevemente.

La referencia más antigua que encontramos sobre la fundación de Roma se hallaba en la obra de Helánico de Lesbos. Roma encontraba sus orígenes en la propia guerra de Troya, ya que Eneas, acompañado de otros ciudadanos de Ilión, y Odiseo navegaban hasta llegar a las orillas del Tíber. Las mujeres que los acompañaban (ya fuesen sus esposas o esclavas) quemaron las naves en las que habían llegado para obligarles a asentarse definitivamente en esa tierra. Estos nuevos habitantes fundaron una nueva ciudad a la que llamaron Roma en honor a la mujer que había liderado esos hechos, *Rhome*.

Dentro de la obra del historiador siciliano Alcimo vemos cómo apareció por primera vez el nombre de Rómulo, aunque no le consideraba el fundador propiamente dicho sino como el hijo de Eneas y el abuelo del verdadero autor del origen de Roma, Rhomo. Alcimo conocía la leyenda indígena que hemos narrado anteriormente, sin duda, pero la manipuló. En su historia, Alba es considerada como la hija de Rómulo y la madre de Rhomo, además de ser la personificación de la ciudad de Alba Longa.

Entre las distintas versiones de origen griego que narraban la fundación de la ciudad, había una que contaba que Roma fue fundada por Rhomos, el hijo de Ítalo y de Leucaria (una hija del rey Latino). Otras, en cambio, decían que fue Rhome quien dio nombre a la ciudad, hija también de Ítalo y de Leucaria, y esposa de Eneas. Sin embargo, actualmente a Leucaria se la considera como la epónima de la ciudad de Luceria (situada en la Apulia), la cual fue convertida en colonia latina hacia el 314 a. C. Las leyendas en las que se encontraban relacionados personajes tanto latinos como itálicos han sido interpretadas como un claro reflejo de las diversas alianzas establecidas por Roma con las poblaciones de la Italia meridional durante el transcurso de los conflictos con los samnitas.

Dentro de la obra de Plutarco podemos encontrar distintas variantes de la leyenda fundacional de Roma. Por ejemplo, transmitió la versión de un autor anónimo, que narraba cómo los pelasgos, tras un largo periplo, se establecían en el Lacio y fundaron una ciudad llamada Rome, nombre con el querían personificar la fuerza y el poder que tendría esta nueva urbe. También recogía otra historia anónima que narraba como Rhomis, el *tyrannos* de los latinos, fundó la ciudad de Roma tras haber expulsado a los etruscos de la zona del Lacio. Roma fue presentada como una fundación latina, mientras que la

expulsión de los etruscos nos recuerda más a los acontecimientos del fin de la monarquía romana, que conoceremos en el siguiente capítulo.

Algunas tradiciones identificaban a Latino con el héroe Télefo (héroe mítico, considerado hijo de Heracles y Auge, rey de Misia. Se casó con una de las hijas del rey Príamo, por lo que participó en la defensa de Troya contra el ataque griego) o bien le hacían hijo de este último. Plutarco nos habla de Rhome como la hija de Télefo/Latino y la esposa de Eneas, convirtiéndose en epónima de la nueva ciudad y en antepasada directa de Rómulo y Remo. Otro autor que hablaba de Télefo era Licofrón, quien vinculó a este héroe y a sus hijos Tarchon y Tirreno con Rhome, quien según este autor era hermana de estos últimos. Ambos relatos formaban parte de una misma tradición que vinculaba a Roma, a través de su heroína epónima, con la genealogía mítica de los etruscos a través de Tarchon y Tirreno.

Dionisio de Calcis señalaba a un tal Rhomo como fundador de Roma, aunque no aclaraba de quien era descendiente. Atribuía su paternidad tanto a Eneas como a Ascanio y a Emetión, un oscuro personaje que fue expulsado de Troya por Diomedes.

Cefalón de Gergis nos presentaba a Rómulo y a Rhomos como hijos de Eneas y fundadores respectivos de las ciudades de Roma y de Capua. Además, Dionisio de Halicarnaso nos narraba una extraña tradición que hablaba de una doble fundación. La primera se hizo poco después de la guerra de Troya, mientras que la segunda la protagonizaron Rómulo y Remo quince generaciones después de este hecho bélico. Tras la muerte de Eneas, su reino se repartió entre sus hijos Ascanio, Rómulo y Rhomos. El primero heredó el poder de los latinos, por lo que fundó Alba Longa y otras ciudades y Rhomos creó otras cuatro ciudades (Capua, Anquisa, Enea y Roma), mientras que de Rómulo no se dice nada. Este relato suponía el residuo de una leyenda campana que intentó establecer una clara vinculación entre las ciudades de Roma y Capua. Este mismo autor nos trasmitió otra versión que atribuía la fundación de Roma a Rhomos, hijo de Ítalo y de Leucaria, la hija de Latino, coincidiendo en su relato con el que hemos visto de Plutarco.

El gramático Festo nos hablaba sobre unas gentes originarias de Atenas que, tras pasar por Sicione y Tespias, llegaron al Lacio, donde recibieron el nombre de aborígenes. Allí fundaron una ciudad sobre la zona del Palatino a

la que llamaron Valentia. Tiempo después, se presentaron aquí tanto Evandro como Eneas y rebautizaron a este primitivo poblamiento como Roma.

Plutarco también hizo alusión a un tal Romano, tenido por hijo de Odiseo y de Circe, quien sería el fundador de la ciudad. Esta tradición también fue recogida por Jenágoras, a través de Dionisio de Halicarnaso, quien explicaba que de la unión entre Odiseo y Circe nacieron Romo, Anteas y Ardeas, los cuales ejercerían de epónimos de las ciudades de Roma, Antium y Ardeas.

Volvemos de nuevo a Plutarco, autor que recogió otra vieja tradición que consideraba que Roma debía su nombre a Romis, el líder de los latinos que derrotó a los tirrenos y que se habían instalado en Italia desde Tesalia, tras pasar por Lidia. Asimismo, contaba otra idea que consideraba que una tal Emilia, hija de Eneas y de Lavinia, se había unido a Ares (nuestro Marte latino), y que de esa unión resultó un hijo llamado Rómulo, que fue el fundador de Roma. Otra variante recogida por este escritor es aquella que contaba como Rómulo, hijo de Eneas y Dexítea, fue llevado junto con su hermano Rhomo a las costas italianas con varios barcos. Una crecida repentina del caudal del Tíber destruyó todos los barcos, con excepción del que llevaba a los niños, el cual llegó a la ribera. En ella, establecieron los límites de una nueva ciudad llamada Roma.

Calias contaba como Rhome, una troyana que vino a Italia acompañando a Eneas, se casó con Latino, rey de los aborígenes locales. De este matrimonio nacieron tres hijos, llamados Rhomo, Rómulo y Telégono, los cuales se encargarían de crear una nueva ciudad a la que denominaron como su madre.

También existió una interpretación etrusca que hace presuponer que el nombre de Roma deriva de Rumon, el río que pasaba por Roma antes de llamarse Tíber y que dio nombre a la ciudad. Solo Servio transmitió la noticia de que el Tíber se llamaba Rumon a la llegada de Eneas. Este mismo autor, además, situaba a Telémaco como padre de Rhome, mujer que se uniría a Eneas y daría nombre a la ciudad que crearon sus descendientes.

Para cerrar este apartado sobre las historias relacionadas con las otras fundaciones de Roma, vamos a dar voz a Plutarco, el autor que tantas veces hemos citado, para conocer de primera mano algunos de estos relatos:

Unos dicen que Roma, hija de Ítalo y de Leucaria, o, según otra tradición, de Télefo el de Heracles casada con Eneas, fue la que puso nombre a la ciudad; y otros, que no fue sino una hija de Ascanio el de Eneas. Según una sentencia, fue Romano, hijo de Ulises y de Circe, el que fundó a Roma; según otra, Remo el de Ematión, enviado por Diomedes desde Troya, y según otra, Romis, tirano de los Latinos, el que arrojó de allí a los Tirrenos, que de la Tesalia habían pasado a la Lidia, y de la Lidia a Italia. No sólo esto, sino que aun los que con más fundada razón designan a Rómulo como denominador de aquella ciudad, no convienen entre sí acerca de su origen; porque unos sostienen que fue hijo de Eneas y Doxitea la de Forbante, y que siendo niño, fue traído a la Italia con su hermano Remo, y habiéndose perdido en el río, que había salido de madre, los demás barcos, aquel en que navegaban los dos niños había arribado a una orilla muelle, y salvos, por tanto, inesperadamente, se puso al sitio el nombre de Roma; otros, que Roma, hija de aquella Troyana, la cual hija casó con Latino el de Telémaco, dio a luz a Rómulo; y otros, que fue Emilia la de Eneas y Lavinia, conocida por Marte. Finalmente, otros hacen en este punto relaciones del todo fabulosas: que Tarquecio rey de los Albanos, hombre sumamente injusto y cruel, tuvo dentro de su palacio una visión terrible: un falo que salió de entre el fuego, y estuvo permanente por muchos días. Había en el país Tirreno un oráculo de Tetis, del cual vino a Tarquecio la respuesta de que una virgen se ayuntase con la fantasma, porque nacería de ella un hijo muy esclarecido, excelente en virtud, en fortuna y en valor. Dio parte del oráculo Tarquecio a una de sus hijas, mandándole que se ayuntase a la fantasma; mas ésta lo miró con abominación, y envió a una de sus criadas. Cuando Tarquecio lo llegó a entender, lo llevó muy mal, e hizo prender a entrambas para darles muerte; pero habiéndosele aparecido Vesta entre sueños, y desaprobándole aquel rigor, les dio a tejer cierta tela, presas como estaban, tejida la cual habían de casarse: tejían ellas de día; pero de noche, por orden de Tarquecio, destejían otras lo tejido. Dio a luz la criada dos gemelos, y Tarquecio los entregó a Teracio con orden de que les diese muerte; pero este los expuso a la orilla del río, donde una loba acudía a darles de mamar, y diversas aves, trayéndoles de su cebo, lo ponían en la boca a los niños, hasta que un vaquero que lo vio, y lo tuvo a maravilla, se atrevió a acercarse, y los llevó consigo; y habiéndose salvado por este medio, acometieron después a Tarquecio, y le vencieron. Así lo cuenta un historiador llamado Promatión, que dio a la luz una historia de Italia.

Vida de Rómulo, libro II

Plutarco

EL RAPTO DE LAS SABINAS

Tras crear su nueva ciudad, Rómulo necesitó nuevos habitantes que llenasen su espacio, por lo que el héroe decidió aceptar a todo tipo de prófugos, refugiados y desarraigados de las vecinas ciudades de procedencia latina. Sin embargo, la ciudad solo se formó con varones, un hecho que limitaba gravemente su propia supervivencia, por lo que, para solucionar la ausencia de mujeres, los nuevos romanos se fijaron, siguiendo el consejo que le dio el dios Consus a Rómulo, en las hijas de los sabinos que habitaban en el Quirinal, ya que otros intentos anteriores de atraerse nueva población femenina fueron muy mal acogidos. Decidieron hacer una gran fiesta en honor a Consus (un dios que fue asimilado a Neptuno en relatos posteriores), los juegos de Consualia, con sus vecinos, ocasión que aprovecharon para raptar a las mujeres sabinas llevándolas a sus hogares. Cuando sus parientes y maridos se enteraron, los sabinos declararon la guerra a los romanos, siendo apoyados por los demás pueblos que habían acudido invitados a la celebración romana.

Antes de marchar a la batalla, Rómulo encomendó la vigilancia de la ciudad a la vestal Tarpeya, hija de Espurio Tarpeyo, pero esta se encontraba enamorada del rey de los sabinos Tito Tacio (o bien anhelando una recompensa que la enriqueciese) y le prometió al monarca enemigo que le enseñaría una vía oculta para acceder al Capitolio. A cambio, pidió lo que los guerreros portasen en su brazo izquierdo, pensando que probablemente tendrían en él una pulsera de oro: «Acariciando con la mano la barba prolongada hasta el pecho, contó al punto lo de las armas del ebalio Tacio, y cómo la frívola guardiana, cautivada por las pulseras, condujo a los sabinos silenciosos hasta la senda del alto alcázar», (Ovidio, *Fastos*, libro I).

El rapto de las Sabinas, por Francisco Pradilla, Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid. Ante la escasez de mujeres que había en la nueva ciudad, Rómulo y sus compañeros decidieron celebrar una gran fiesta en la que invitaron a sus vecinos. Ese fue el momento que escogieron para raptar a las mujeres de los sabinos, con la intención clara de desposarse con ellas.

Los sabinos consiguieron entrar en la ciudad, pero aplastaron a Tarpeya con los escudos protectores que portaban en su brazo izquierdo, por lo que la muchacha murió inmediatamente. Sin embargo, existió otra versión bastante aceptada que contaba cómo los romanos descubrieron la traición de la muchacha, por lo que, en castigo, la arrojaron al vacío por un precipicio, el cual recibió desde entonces el nombre de Roca Tarpeya, que pasó a ser el lugar por el que se tiraba a los diversos traidores a la patria condenados a muerte.

Denario republicano del año 89 a. C. y denario de época augustea. En ambas monedas, se ve el momento en el que Tarpeya queda sepultada por los escudos de los sabinos en pago a la traición que hizo a Roma, al dejar entrar a los guerreros enemigos de su ciudad.

Los romanos y los sabinos se enfrentaron en una batalla que parecía que iba a terminar en derrota para Roma. Por ello, Rómulo decidió rogar ayuda a Júpiter, confiando en que la mediación divina salvase a sus tropas, un ruego que al principio resultó fallido puesto que Metio Curcio, el jefe del ejército sabino, consiguió vencer a los soldados romanos y llegar hasta el Foro poniendo en fuga a sus enemigos. En ese momento, las sabinas, que no deseaban el derramamiento de sangre entre sus familiares y sus maridos, se interpusieron entre ellos parando la pelea y consiguiendo que firmasen la paz: «Ellas suplicaron por un lado a sus maridos (los romanos), y por otro a sus padres (los sabinos), que no cometieran un crimen horrible, con la sangre de un yerno o de un suegro para no manchar con la muerte de sus ancestros a los niños que ellas habían dado al mundo, los hijos y nietos de ellos» (Tito Livio, *Historia de Roma*, libro I).

El rapto de las sabinas, Jacques-Louis David, Museo del Louvre. Aunque fueron raptadas a la fuerza, cuando sus familiares acudieron a rescatarlas, las mujeres sabinas mediaron en el conflicto y consiguieron que finalmente se firmase la paz entre ambos bandos. El rapto de las sabinas trajo como consecuencia el establecimiento de los sabinos en Roma como ciudadanos de pleno derecho.

La solución pacífica que finalmente se adoptó fue la unión de ambos pueblos. En ese momento, los sabinos recibieron el nombre de quirites. Con esta parte de la leyenda, los romanos intentaban ilustrar el hecho de que su ciudad había nacido de la unión de los latinos y los sabinos, a los que más tarde había que sumar a los etruscos. Esta alianza entre ambos pueblos consiguió que determinados personajes de origen sabino llegasen a tener una gran relevancia durante los primeros tiempos de la historia romana.

EL REINADO DE RÓMULO Y SU MUERTE

Tras producirse este pacto que acabamos de ver entre los sabinos y los romanos, el rey Tito Tacio fue asociado al trono de Roma junto a Rómulo, a

quien le entregó en matrimonio a su hija Hersilia (considerada por algunos autores como hija de un sabino de nombre Hersilio y no del Tacio, versión que consideramos como la más acertada). A este rey se debía también la introducción del culto de la diosa Juno en la ciudad, quien había sido venerada ya en ciudades sabinas bajo distintas advocaciones. Sin embargo, Tacio tuvo un reinado más breve que el del héroe, gobernando unos cinco años junto a él, ya que fue asesinado en medio de un tumulto cuando acudía a Lavinium a ofrecer un sacrificio, por los habitantes de la ciudad, quienes estaban indignados ante ciertas ofensas sufridas a mano de familiares de Tito Tacio. Su cadáver fue llevado de vuelta a Roma y sepultado en el Monte Aventino, lugar donde se realizaron a partir de entonces cierto número de sacrificios para honrar a los difuntos. Curiosamente, Rómulo no intentó vengar al asesinado monarca declarando la guerra a Lavinium, sino que incluso renovó el tratado de paz que sostenían ambas ciudades para establecer una clara alianza entre ambas. Tito Livio consideraba que el héroe se había sentido aliviado ante la muerte de Tito Tacio ya que, desde ese momento, ostentaría en exclusividad el poder político de la Urbe:

> Algunos años más tarde los parientes del rey Tacio maltrataron a los embajadores de los Laurentinos. Vinieron a pedir reparación por ello, de conformidad con el derecho internacional, pero la influencia y poder de sus amigos pesaron más sobre Tacio que las peticiones de los laurentinos. La consecuencia fue que atrajo sobre sí el castigo que les correspondía a ellos, pues cuando fue al sacrificio anual en Lavinium, hubo un tumulto en el que fue asesinado. Se dice que Rómulo se afligió menos por este incidente de lo que exigía su posición; fuera por la infidelidad inherente a la soberanía compartida o porque pensara que había merecido su suerte. Él se negó, por lo tanto, a ir a la guerra, y pues ya que el daño hecho a los embajadores pudiera considerase expiado por el asesinato del rey, el tratado entre Roma y Lavinium se renovó.
>
> *Historia de Roma*, libro I
>
> Tito Livio

A partir de este momento, tendremos muy pocas noticias de Rómulo hasta llegar al momento de su muerte (acaecida el 5 de julio del 716 a. C.,

coincidiendo con un eclipse solar), hecho que fue consignado por la mayoría de los autores antiguos.

La muerte de Rómulo se consideró ya en la propia Antigüedad como un episodio de carácter mítico. Ennio nos cuenta la presunta ascensión del héroe a los cielos, que pasó a formar parte de los dioses, lo que suponía su caracterización como el rey bueno por excelencia. Dionisio de Halicarnaso ofreció en su obra una triple versión sobre este importante hecho. En la primera, narraba cómo Rómulo desapareció durante una acampada del ejército, convocada por él mismo, en el Campo de Marte. Sucedieron una serie de fenómenos sobrenaturales, con el día oscureciéndose en medio de una gran tempestad, momento en el que el rey desapareció. Cuando la calma se recobró, el trono donde se encontraba Rómulo apareció vacío y se creyó que el rey había sido llevado a los cielos gracias a la mediación de su padre, Marte. En la segunda versión, el rey moría a manos de sus propios conciudadanos. La causa de este asesinato fue el hecho de que había distribuido, sin consultar al pueblo, las tierras conquistadas a la ciudad de Veyes, lo que privilegió a los antiguos conciudadanos frente a los nuevos, quienes se indignaron hasta llegar a la rebelión. A esto, se unió la acusación de crueldad, ya que Rómulo infringía a los condenados graves castigos por faltas mínimas. Los senadores, apoyados por parte del pueblo, decidieron asesinar al rey y, para tapar su crimen, despedazaron el cuerpo y salieron del Senado con los trozos ocultos en la toga para enterrarlos. Los historiadores actuales consideran que este despedazamiento de Rómulo tendría más bien un sentido ritual, que significaría la apropiación, por parte del Senado, de la soberanía que ostentaba el rey. Y la última versión que nos transmitió Dionisio de Halicarnaso fue aquella que contaba cómo los nuevos ciudadanos de Roma, descontentos con el reinado de Rómulo, lo asesinaron y despedaza ron en el Campo de Marte mientras se encontraba realizando ciertas maniobras con el ejército. Este autor, además, reflejó que había alcanzado la muerte sin dejar descendencia, a la edad de cincuenta y cinco años y habiendo reinado treinta y siete.

Rómulo es conducido al Olimpo por Marte, Jean-Baptiste Nattier, Museum of John Paul II Collection. Una de las versiones sobre la muerte de Rómulo cuenta cómo el rey desapareció un día, y fue ascendido al Olimpo gracias a la mediación de su padre Marte. Tras esto, Rómulo recibió culto en su ciudad bajo el nombre de Quirino.

Plutarco, quien consignó la desaparición del monarca en las *nonas quintiles*, es decir, el 7 de julio del 716 a. C., también ofrecía dos versiones con respecto a este episodio. En la primera, insistía bastante en la idea de la transformación de Rómulo de buen rey a cruel tirano, coincidiendo plenamente con una de las versiones transmitidas por Dionisio de Halicarnaso. Por su actitud despótica, los senadores tomaron la decisión de asesinarlo, acto que realizaron en el templo de Vulcano. Tras darle muerte, despedazaron su cuerpo y cada uno se llevó un trozo escondido para enterrarlo. Con la segunda versión, Plutarco transmitía que la desaparición del rey tuvo lugar mientras este presidia una asamblea en el Campo de Marte, junto a la laguna de Capra, entre diversos fenómenos meteorológicos. Tras

desaparecer Rómulo, los senadores incitaron al pueblo a venerarle como un dios, ya que parecía que había sido acogido favorablemente en los cielos. Cicerón, de hecho, mencionó la inmortalización de Rómulo y su identificación con Quirino, nombre con el que comenzó a recibir culto.

Tito Livio también relató los últimos momentos de Rómulo e hizo constar desde el principio que el rey era más querido por el propio pueblo que por los senadores. Situó la desaparición de Rómulo en el Campo de Marte, junto a la ya mencionada laguna de Capra, mientras pasaba revista al ejército. Una tempestad repentina de nubes y rayos lo hicieron desaparecer de la vista de sus hombres:

> Su elevación a la inmortalidad se produjo cuando Rómulo pasaba revista a su ejército en el «Caprae Palus» en el Campo de Marte. Una violenta tormenta se levantó de pronto y envolvió al rey en una nube tan densa que le hizo casi invisible a la Asamblea. Desde ese momento ya no se volvió a ver a Rómulo sobre la Tierra. Cuando los temores de los jóvenes romanos se vieron aliviados por el regreso de un sol brillante y de la calma tras un tiempo tan temible, vieron que el asiento real estaba vacío.
>
> *Historia de Roma*, libro I
>
> Tito Livio

Todos los presentes declararon a Rómulo como dios nacido de un dios rey y padre de la nación romana, pero surgió el rumor de que había sido despedazado por los senadores. Este persistente rumor hizo que Próculo Julio se presentase ante la asamblea y declarase que Rómulo se le había aparecido en el Quirinal para comunicarle su nuevo rango divino, con la intención de ser conocido desde ese momento como Quirino, y la futura grandeza de Roma:

> Por fin, después que algunos tomasen la iniciativa, todos los presentes aclamaron a Rómulo como «un dios, el hijo de un dios, el rey y Padre de la Ciudad de Roma». Suplicaron por su gracia y favor, y rezaron para que fuera propicio a sus hijos y les guardase y protegiese. Creo, sin embargo, que aun entonces hubo algunos que secretamente dieron a entender que había sido descuartizado por los senadores (una tradición en este sentido, aunque ciertamente muy tenue, ha

llegado a nosotros). La otra, que yo sigo, ha prevalecido debido, sin duda, a la admiración sentida por los hombres y la aprensión causada por su desaparición. Esta creencia generalmente aceptada fue reforzada por la disposición inteligente de un hombre. La tradición cuenta que Próculo Julio, un hombre cuya autoridad tenía peso en los asuntos de la mayor importante, viendo cuán profundamente sentía la plebe la pérdida del rey y lo indignados que estaban contra los senadores, se adelantó en la asamblea y dijo: «¡Quirites! Al rayar el alba, hoy, el Padre de esta Ciudad de repente bajó del cielo y se me apareció. Mientras que, emocionado de asombro, quedé absorto ante él en la más profunda reverencia, rogando ser perdonado por mirarle, me dijo: "Ve y di a los romanos que es la voluntad del cielo que mi Roma debe ser la cabeza de todo el mundo. Que en adelante cultiven las artes de la guerra, y hazles saber con seguridad, y que transmitan este conocimiento a la posteridad, que ningún humano podrá resistir las armas romanas". Es prodigioso el crédito que se dio a la historia de este hombre, y cómo el dolor del pueblo y del ejército se calmó con el convencimiento que él creó sobre la inmortalidad de Rómulo».

Historia de Roma, libro I

Tito Livio

Ovidio narró de forma similar su desaparición, haciendo especial hincapié en su identificación con Quirino, ya que fue este hecho el que permitió la posterior deificación de Rómulo:

Existe un lugar que los antiguos llamaron la Laguna de la Cabra. Casualmente, Rómulo, administrabas justicia a los tuyos. El sol se quitó, y las nubes subsiguientes ocultaban el cielo, y una lluvia pesada caía a cántaros. Por un lado, tronaba, por el otro se abría el cielo con los rayos que caían. Se produjo la desbandada, y el Rey ascendía a las estrellas en los caballos de su padre. Había duelo, y los padres se encontraban con la acusación de un falso crimen, y quizá se hubiera metido aquella creencia en los espíritus. Pero Julio Próculo llegaba de Alba Longa, y la luna brillaba, y no había necesidad de antorchas, cuando las zarzas de su izquierda se agitaron con un movimiento repentino. Echó un paso atrás, y se le erizaron los pelos. Rómulo, hermoso y de tamaño mayor que el natural, adornado con la trábea, se le apareció en visión en medio del camino, al tiempo que le decía: «Prohíbe a los Quirites llorar y mancillar con sus lágrimas nuestros númenes. Que el pueblo piadoso traiga incienso y aplaque al nuevo Quirino y cultive las artes patrias y las artes guerreras». Dio el mandato, y se

> desvaneció de la vista en la brisa sutil. Próculo reunió a los pueblos y les narró las palabras, como se le había mandado.
>
> *Fastos*, libro II
>
> Ovidio

Este mismo autor, en sus *Metamorfosis*, nos contó también cómo Hersilia, la esposa de Rómulo, había quedado desolada ante la misteriosa desaparición de su marido. Deseosa de conocer la suerte de Rómulo, les suplicó a los dioses que le mostrasen el rostro divino de su esposo, de tal forma que pudiese saber que realmente había sido convertido en una divinidad. La diosa Juno, apiadada del dolor de Hersilia, decidió su ascenso a los cielos convirtiéndola en la diosa Hora, la consorte de Rómulo-Quirino.

> Ella, en su vergonzoso rostro apenas levantando sus luces: «Oh diosa —pues para mí, tanto no sepa quién seas decir al alcance está, cuanto sí es claro que eres una diosa— guíame, oh guíame», dice, «y ofréceme de mi esposo el rostro, el cual, si sólo poder verlo los hados una vez me dieran, el cielo haber recibido confesaría». Y sin demora de Rómulo con la virgen Taumantea se adentra en los collados: allí una estrella del éter deslizada cae hasta las tierras. De cuya luz ardiendo Hersilia, sus cabellos, con esa estrella pasó a las auras. A ella con sus manos conocidas el fundador de la ciudad de Roma la recibe, y su primitivo nombre, al par con su cuerpo, le muda y Hora la llama, la cual, ahora diosa, se unió a Quirino.
>
> *Metamorfosis*, libro XIV
>
> Ovidio

La versión que finalmente fue considerada como la oficial contaba cómo Rómulo había desaparecido misteriosamente, por lo que se produjo una lucha entre los diversos senadores por ocupar el trono vacante. Los descendientes de los sabinos insistían en que se debía nombrar a un rey de su grupo, pero los romanos rechazaron esta propuesta, ya que seguían considerando a este pueblo como extranjero a pesar de que llevaban en Roma desde el momento en que se había producido el rapto de las sabinas. Pese a esta oposición, el Senado finalmente nombró rey a Numa Pompilio, originario de la ciudad

sabina de Cures, y caracterizado por su gran sentido de la justicia, su piedad y su alta erudición. Con Numa Pompilio daremos paso al siguiente capítulo de nuestra aventura, momento adecuado para conocer mejor los mitos relacionados con la monarquía romana.

8
Mitos romanos II: la Roma primitiva

Tras haber conocido los orígenes míticos relacionados con la fundación de Roma, ha llegado el momento de dar paso a la monarquía romana, cuya historia se mueve dentro del terreno entre la leyenda y la historia.

De hecho, actualmente solo se han considerado como históricos los tres últimos reyes de Roma, los que tuvieron un origen etrusco. Sobre los monarcas precedentes, se sabe que tenían unos *nomina* que, en época ya plenamente histórica, habían pertenecido a familias plebeyas (como eran Pompilio, Hostilio y Marcio), un dato que ha hecho pensar que la lista real ya se encontraba confeccionada antes de que estas familias gozasen de cierta influencia que les permitiese introducir falsificaciones que ennobleciesen sus orígenes. Lo que parece claro es que los primeros reyes compartieron en su biografía datos verídicos, como sus nombres, y datos míticos, que iremos compartiendo a continuación.

LA MONARQUÍA ROMANA I

En este primer apartado, conoceremos las historias de los reyes Numa Pompilio, Tulio Hostilio y Anco Marcio. Estos tres reyes tuvieron una biografía que basculaba entre lo mítico y lo histórico, por lo que, en ocasiones, suponen para el investigador una figura imprecisa que hay que analizar de forma rigurosa. Sin embargo, y pese a ello, durante los reinados

de estos monarcas Roma se terminó de configurar como una sociedad gentilicia, en la que la pertenencia a una *gens* era considerada como el más importante factor de integración y de participación política, además de continuar con su evolución política y territorial.

El rey Numa Pompilio, de origen sabino, fue el sucesor de Rómulo y el primer monarca electivo de Roma, elegido por su alto sentido de la piedad y su gran erudición. La mayor parte de los autores antiguos consideraban que había nacido el mismo día de la fundación de la ciudad y que falleció el 24 de mayo del año 673 a. C. Está considerado como el organizador de la religión romana, ya que dispuso las diferentes formas de culto, el calendario sagrado y las ceremonias religiosas siguiendo las instrucciones que cada noche le dictaba una ninfa llegada desde el mismo Olimpo, Egeria, considerada también su esposa, además de su consejera (aunque otras versiones creían que se había desposado con Tacia, una de las hijas de Tito Tacio, o bien con una tal Lucrecia). «La que ofrece el agua es Egeria, diosa grata a las Camenas. Ella era la esposa y consejera de Numa» (Ovidio, *Fastos*, libro III).

Aunque fue el primer sistematizador de la religión pública romana por sentar sus ritos y cultos, la imagen del rey que más destacó ya en la propia Antigüedad fue la de legislador. Diversas tradiciones posteriores lo consideraron como un rey-filósofo y algunos griegos creyeron que había sido discípulo del propio Pitágoras, de quien había aprendido todo su saber.

Numa Pompilio enseñó a los romanos a interpretar los augurios y las señales divinas, como el rayo, lo que les permitía averiguar la voluntad de los dioses. Fue, de hecho, el propio Júpiter quién le desveló al rey Numa cuál era el sacrificio adecuado para conjurar este prodigio y restableció la paz con los dioses. Ovidio narró este episodio en el que el dios y el rey se encontraron contando cómo se estremecieron las copas de los árboles del Aventino y cómo se hundió la propia tierra bajo el inmenso peso de Júpiter. El rey Numa quedó sobrecogido ante la majestad de Júpiter, se le heló la sangre de las venas ante la impresión recibida por la presencia divina. Tras conseguir sosegarse, Numa recibió las instrucciones precisas para mantener la concordia de Roma con los dioses ante la aparición de prodigios y augurios. El dios intentó lograr que el rey realizase en su honor sacrificios humanos, pero este fue mucho más astuto que el propio Júpiter y finalmente tuvo que

conformarse con ofrendas animales y vegetales, además de las libaciones de líquidos. Los romanos no creyeron a Numa cuando les narró su encuentro con Júpiter, por lo que el monarca pidió al dios una prueba que pudiese convencer a sus incrédulos súbditos. Se congregaron todos al mediodía en la explanada del Foro y Numa Pompilio elevó una plegaria a Júpiter. En un cielo completamente despejado, resonó un trueno y descendió un extraño escudo brillante, propiedad del dios Marte, hecho que consiguió que los romanos creyesen sin dudas en la palabra del rey. De este escudo dependería a partir de entonces la suerte de Roma y, para evitar que lo robasen, Numa Pompilio, siguiendo los consejos de la ninfa Egeria, le ordenó a Vetulio Mamurio que realizase otros once exactamente iguales y designó a unos sacerdotes (los salios) para que los cuidasen. Estos salios eran sacerdotes de Marte y, a principios de marzo, desfilaban por Roma realizando un baile peculiar con los escudos que servía para atraer la buena fortuna a la ciudad.

Denario con retrato de Augusto en el anverso y un *apex flaminis* (casco ceremonial) con dos *ancilia* (escudos sagrados) en el reverso. Los escudos sagrados se conservaban en el templo de Marte, custodiado por los sacerdotes salios. Cada año, en el mes de marzo, se realizaba una procesión en la que los sacerdotes bailaban con los escudos para tratar de atraer la prosperidad y el favor de los dioses sobre la ciudad.

Numa Pompilio, al ser considerado como el continuador de la obra de Rómulo, adquirió cierto tipo de connotaciones heroicas similares a las que poseía el primer rey. De hecho, estos dos primeros monarcas de Roma fueron

considerados como la pareja fundadora de la propia ciudad: Rómulo se había encargado de la primera organización política y social de la urbe mientras que Numa Pompilio lo hizo de la estructura religiosa y judicial. El propio Rómulo fue ideado, en los momentos de la monarquía de Numa Pompilio, como el héroe epónimo definitivo de Roma, además del fundador de la ciudad. Además, hay que añadir que, según el mito, Numa Pompilio tuvo numerosos hijos (Mamerco, Pompilia, Pompo…), cada uno de los cuales fue considerado como el fundador de una de las posteriores *gens* históricas romanas, lo que contribuyó, sin duda, a su imagen de *conditor*.

Tras el reinado de Numa Pompilio, fue escogido como monarca Tulio Hostilio, de origen latino. Este rey fue conocido por las diversas conquistas que hizo, con las que amplió el territorio de Roma y la engrandeció sobre sus vecinos más inmediatos. Organizó militarmente a los romanos y se considera que fue el encargado de enseñarles a combatir de forma eficaz. De hecho, uno de los episodios más interesantes de su reinado fue la conquista de Alba Longa mediante el duelo singular entre los Horacios y los Curiacios, dos parejas de trillizos originarias cada una de ellas de las dos ciudades enfrentadas. Los reyes de Roma y de Alba Longa, durante los enfrentamientos que sostuvieron, decidieron que la mejor forma de resolver el conflicto era realizar un combate singular, sobre todo porque evitaría que sus efectivos militares disminuyesen, lo que favorecería a su enemigo común, Etruria. Ambos ejércitos contaban con estas parejas de trillizos y fueron ellos los encargados de resolver la batalla convenida. El día del combate las dos ciudades realizaron sendos juramentos sagrados, a manos de sacerdotes, para mantener el pacto del enfrentamiento establecido. Tras realizar esta ceremonia, dio comienzo el duelo. Los albanos resultaron heridos, pero consiguieron acabar con la vida de dos Horacios. El tercero de ellos, enfurecido por la muerte de sus hermanos, corrió hacia los Curiacios vencedores, acabó con su vida y resultó finalmente victorioso. Los muertos fueron sepultados y el Horacio superviviente recibió como botín las armaduras y las capas de los Curiacios, tras lo que regresó a Roma, a la cabeza de su ejército.

El juramento de los Horacios, Jacques-Louis David, Museo del Louvre. Durante el reinado de Tulio Hostilio, se produjo el heroico duelo entre las parejas de trillizos de los Horacios y los Curiacios como la mejor forma de resolver el conflicto entre Roma y Alba Longa. Este cuadro muestra a los decididos Horacios jurando lealtad a Roma a su padre mientras sus hermanas, desposadas con los Curiacios, quedan desoladas sabiendo que el duelo traerá la muerte de sus maridos o de sus hermanos.

Al llegar a la ciudad se encontró con su hermana, quien estaba desposada con uno de los Curiacios muertos, y que reconoció la capa de su marido sobre los hombros de Horacio. La mujer comenzó a mesarse los cabellos, a arrancarse la ropa a gritos y a acusar a Horacio de no haber guardado el respeto por los muertos en la batalla, lo que provocó que su hermano la asesinase atravesándole el corazón con su espada, y declarase que así morirían todas las mujeres romanas que llorasen la muerte de los enemigos de su patria. Horacio fue conducido ante Tulio Hostilio para ser juzgado por

su crimen y este decidió recurrir al antiguo procedimiento para la *perduellio* (alta traición). Si se le encontraba culpable, incluso tras apelar a su derecho a ser juzgado por el pueblo, se le colgaría de un árbol con los ojos vendados y sería flagelado. Sin embargo, finalmente fue indultado, perdón provocado por la declaración del propio padre de la asesinada, Publio Horacio, que consideraba que había sido justamente muerta al considerarla como enemiga de la patria. Pese a que Horacio fue perdonado, su padre tuvo que realizar ciertos ritos de expiación en su nombre y él mismo tuvo que pasar con la cabeza cubierta bajo una viga atravesada en la calle, el *tigillum sororium*, que se conservó en Roma acompañado de dos altares dedicados a Juno y Jano.

> Ambos ejércitos se retiraron a sus hogares. Horacio marchaba a la cabeza del ejército romano, llevando ante él su triple botín. Su hermana, que había sido prometida a uno de los Curiacios, se reunió con él fuera de la puerta Capena. Reconoció, en los hombros de su hermano, el manto de su novio, que había hecho con sus propias manos y rompiendo en llanto se arrancó el pelo y llamó a su amante muerto por su nombre. El soldado triunfante se enfureció tanto por el estallido de dolor de su hermana, en medio de su propio triunfo y del regocijo del público, que sacó su espada y apuñaló a la chica. «¡Ve!», exclamó, en tono de reproche amargo, «¡ve con tu novio con tu amor a destiempo, olvidando a tus hermanos muertos, al que aún vive, y a tu patria! ¡Así perezca cada mujer romana que llore por un enemigo!».
>
> *Historia de Roma*, libro I
>
> Tito Livio

Finalmente, Tulio Hostilio murió fulminado como castigo por una vida tan belicosa. El escritor Tito Livio adujó que el rey había celebrado de manera poco adecuada ciertos rituales de Júpiter Elicio, por lo que su impiedad provocó que el rey fuese herido por un rayo y falleciera a causa de las quemaduras, poco después, en su palacio. «No sólo no había, para él, señales del cielo, sino que despertó la ira de Júpiter por el falso culto que se le prestaba y quemó al rey y su casa con un rayo. Tulio había alcanzado gran renombre en la guerra y reinó durante treinta y dos años», (Tito Livio, *Historia de Roma*, libro I).

La figura de Tulio Hostilio sufrió un claro proceso de degradación, por lo que se añadió a su biografía ciertas connotaciones de impiedad y de violencia. Relacionado con este proceso, Dionisio de Halicarnaso ofreció dos versiones acerca de su muerte. En la primera de ellas, su fin llegó a través de un castigo divino llegado mediante un rayo que incendió el palacio real y acabó con la vida de toda su familia. La causa de la ira de Júpiter, quien provocó con el rayo la muerte del rey, era que se había descuidado en el cumplimiento de ciertos ritos que Tulio quería realizar siguiendo las prescripciones de su predecesor, Numa Pompilio. En la segunda, la muerte de Tulio se encontraba atribuida a una conspiración urdida por su sucesor, Anco Marcio, y apoyada por parte de la nobleza de la ciudad. Esta versión se encontraba reflejada ampliamente en la obra de ciertos autores, como el mencionado Dionisio de Halicarnaso, quienes creían más factible que Tulio Hostilio hubiese sido asesinado por los nobles que por la acción de Júpiter.

Anco Marcio, rey de origen sabino y considerado nieto de Numa Pompilio por línea materna, ya que era hijo de Pompilia y de Numa Marcio, combinó el aspecto religioso del primer monarca con el belicismo del segundo. Incorporó a Roma a los habitantes de diversas ciudades latinas, a las que había destruido en sus guerras de expansión, obligados a emigrar a la urbe y quedando asentados sobre todo en el Aventino. Esta idea trataba de explicar cómo había sucedido el crecimiento de la ciudad durante la época monárquica justificándolo a través de las guerras de expansión. Asimismo, se le atribuyo la fundación de Ostia, puerto de la ciudad, que tenía como propósito controlar las diversas salinas existentes en la desembocadura del río Tíber y la fortificación del Janículo, el monte del dios Jano, que quedó incluido dentro de los muros de Roma. Suyo fue el primer puente de madera sobre el Tíber, el *pons Sublicius*, y la primera cárcel, además de ser quien llevó el agua a Roma mediante el acueducto conocido como el Aqua Marcia.

Tras haber reinado durante veinticuatro años, el monarca falleció de forma natural en Roma, y fue sucedido por el etrusco Lucio Tarquinio Prisco, que había conseguido hacerse con la corona pasando por encima de los hijos de Anco Marcio. Con su sucesor dio comienzo la fase etrusca de la monarquía romana, como veremos a continuación.

LA MONARQUÍA ROMANA II

La segunda etapa del período monárquico en Roma se correspondía con la época arcaica de la propia ciudad, que comprendía los reinados de los gobernantes etruscos Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio.

En los diversos relatos romanos donde aparecía reflejada la monarquía etrusca de Roma, los autores insistían en el hecho de que las costumbres del pueblo tirreno diferían de las suyas propias, lo que diferenciaba a ambos pueblos. Las historias sobre la dinastía de los Tarquinios se encontraban centradas, sobre todo, en los matrimonios aristocráticos más importantes, como el que veremos de Tarquinio y Tanaquil, en los que la posición y la libertad de las que gozaban las poderosas mujeres reales reflejaban el papel de la mujer en Etruria. El primer Tarquinio, Lucio Tarquinio (cuyo nombre original se decía que era Lucumon, palabra que reflejaba un título etrusco) llegó a Roma con Tanaquil, su noble esposa, cuyas habilidades hicieron que sentase en el trono a dos de los reyes de Roma. Tanaquil poseía el don de la adivinación, por lo que predijo el futuro reinado de su marido y le ayudó a conseguir el trono, con lo que se ganó el apoyo y el afecto del pueblo romano. Al final de su vida, cuando era ya una anciana reina madre, logró que su yerno Servio Tulio heredase el trono siendo proclamado rey.

Aunque ya hemos conocido a Lucio Tarquinio Prisco y a Tanaquil, vamos a retomar en los siguientes párrafos su legendaria historia para conocerlos más a fondo. Sobre este rey existía una leyenda (que mezclaba elementos del mito romúleo con la vida de Prisco) que contaba que, durante el reinado de Anco Marcio y en pago a una apuesta perdida, el *aeditus* del Ara Máxima entregó a Hércules una prostituta llamada Acca Larentia, personaje que nos recuerda sin duda a la madre adoptiva de los gemelos. El dios le prometió a la mujer que se desposaría con el primer hombre que encontrase al salir del templo, que resultó ser un rico etrusco de nombre Tarutius. A su muerte, el adinerado Tarutius le dejó todos sus bienes a su esposa Acca Larentia, quien a su vez los legaría al pueblo romano en el momento de su propio fallecimiento. Esta historia escondía un clarísimo ritual de hierogamia, ya que todos los especialistas coinciden en señalar que Tarutius era nuestro Tarquinio Prisco y asumen la apariencia de Hércules

para asegurar la abundancia de Roma con su unión sacra. De hecho, Hércules era tenido por el antepasado mítico de la dinastía de los Tarquinios, quienes, además, descendían del corintio Demarato. Este personaje había nacido en Corinto, a mediados del siglo VII a. C. y se dedicó al comercio hasta que él y su familia fueron expulsados de la ciudad por Cípselo, en el año 657 a. C. En este momento se estableció en Tarquinia y se desposó con una mujer etrusca. Debido a sus riquezas, recibió finalmente la dignidad real y se tuvo por el fundador de la dinastía de los Tarquinios.

Ya hemos conocido brevemente otra versión de la historia de Tarquinio Prisco y su esposa Tanaquil, que volveremos a consignar de forma más amplia a continuación. Tras ser desterrados de Tarquinia, Lucumon y Tanaquil buscaban un lugar donde vivir en el que fuesen bien acogidos. Roma fue finalmente el lugar escogido como su nuevo hogar y allí Lucumon tomó el nombre de Lucio Tarquinio Prisco. Debido al carácter aristocrático de Prisco, fue designado como tutor de los hijos del rey Anco Marcio, de cuya muerte llegó incluso a ser acusado.

Tras fallecer Anco Marcio, Tanaquil predijo que sobre su marido descendería una señal divina que le señalaría para ser elegido como el nuevo rey. Poco después un águila (tenida por un signo de soberanía y gloria, además de emblema del propio Júpiter) descendió sobre Tarquinio Prisco y le arrebató el sombrero para depositarlo, a continuación, de nuevo sobre su cabeza. Su esposa interpretó este gesto como el prodigio de realeza que previamente había profetizado, de tal forma que finalmente el Senado decidió la coronación del etrusco Tarquinio Prisco. Con la entronización de Tarquinio Prisco se cambió el concepto del poder monárquico romano, y se buscaba a partir de ahí señales que justificasen la legitimidad divina del monarca, por lo que se abandonó parte del proceso electivo que se había realizado hasta ese momento. Sin embargo, Tito Livio recogió otra versión en la que se contaba que Prisco fue el primer rey que usó las intrigas para hacerse elegir por el Senado y que, además, pronunció varios discursos con los que se terminó de ganar el apoyo del pueblo en los que omitía toda acción divina sobre su elección.

Tarquinio Prisco ha sido presentado como el primer urbanizador de Roma, aun cuando sus predecesores hayan podido realizar un cierto número

de acciones en este sentido. Su actividad constructiva se encontraba centrada básicamente en el valle del Foro y en el propio Capitolio, donde preparó el terreno para la construcción del gran templo de Júpiter, que acogería a la conocida Tríada Capitolina. Convirtió a Roma en una auténtica ciudad, con calles bien trazadas y barrios correctamente delimitados al dotarla de la Cloaca Máxima, que drenaba las marismas locales y eliminaba parte de los desperdicios generados. También organizó los primeros juegos en los que hubo, sobre todo, diversas carreras de carros, celebrados en el valle donde se ubicaría más tarde el Circo Máximo. Asimismo, llevó a cabo un amplio programa de reformas institucionales, centradas en los principales pilares del Estado, es decir, el Senado, las centurias de los equites y el sacerdocio de las vestales. Algunos autores narraban brevemente otro episodio en el que el rey se enfrentaba al augur Atto Nevio, ya que consideraba al rey como un ser impuro que no estaba en posesión del don del *augurium*, una de las características de la realeza romana. Antes de continuar con Tarquinio Prisco, consignaremos brevemente las dos tradiciones existentes en relación con los orígenes de las vírgenes vestales, un sacerdocio sumamente importante en Roma. La primera de ellas consideraba que Numa Pompilio designó a dos parejas de sacerdotisas dedicadas a vigilar el fuego de Vesta, que fueron elevadas a las tres definitivas durante la monarquía etrusca. Y la segunda tradición es aquella que creía que las seis vestales se instituyeron en tiempos de Tarquinio Prisco para que cada parte del pueblo tuviera idéntico número de estas sacerdotisas, lo que parece establecer una relación directa entre las vírgenes y las tribus (Tities, Luceres y Ramnes). El culto de las vestales, como ya hemos dicho, era muy importante, puesto que representaban el hogar comunal de Roma a través del fuego de Vesta, hogar que debían cuidar, puesto que se vinculaba directamente con la fortuna de la ciudad.

Salida de la Cloaca Máxima en el río Tíber, Roma. La Cloaca Máxima era la red de alcantarillado construida en Roma para drenar los valles locales y eliminar los desechos de la ciudad. De acuerdo con la tradición, su construcción empezó bajo el reinado del primer monarca etrusco, Tarquinio Prisco.

Finalmente, murió asesinado en el año 575 a. C., víctima de la venganza urdida por los hijos de Anco Marcio, quienes pagaron a un pastor para que matase al rey. Esta muerte nos habla claramente de la existencia de una oposición de parte de la aristocracia romana a la dinastía de los Tarquinios que apoyaba a los descendientes del fallecido monarca. Sin embargo, pese al asesinato del rey, no consiguieron volver a retomar el trono gracias a las habilidades de Tanaquil, la cual asumió brevemente el poder hasta la coronación de Servio Tulio, hecho que veremos a continuación.

Según la tradición, tras ser asesinado Tarquinio Prisco, su esposa Tanaquil mantuvo en secreto la muerte del rey y se mantuvo ella en el poder mientras proclamaba a Servio Tulio como nuevo regente. Según el relato de Tito Livio, Servio no podía reinar hasta que se realizase una reforma política por orden del Senado que autorizase su gobierno, hecho que finalmente consiguió, y se convirtió en el sucesor de Tarquinio Prisco. Sin embargo, Dionisio de Halicarnaso nos narró cómo fue aclamado por las curias y

prescindió de la aclamación senatorial, por lo que el Senado se vio obligado a confirmar su coronación.

Servio Tulio tuvo un origen sumamente humilde, ya que fue hijo de la esclava Ocrisia, aunque se educó en el palacio, donde se ganó el favor de los reyes hasta tal punto que se desposó con una de sus hijas, Tarquinia (llamada Gegania en otras fuentes). Servius era un *praenomen* de implantación muy localizada, ya que todos los personajes que conocemos que lo usaron en época arcaica procedían de la región del Lacio. Por ello, en la actualidad se ha considerado que Servio Tulio era un latino, hijo de una mujer llamada Ocrisia y natural de la ciudad de Corniculum, ciudad de la que fue llevado a Roma tras la conquista de la misma. Hubo otras fuentes, como el mismo Tito Livio, que recogían el hecho de que Ocrisia era realmente la viuda de un aristócrata de Corniculum, a la que Tanaquil había acogido como su dama de compañía. Estas versiones trataban de ennoblecer los orígenes de Servio Tulio, ya que incluso en la propia Antigüedad resultaba extraño que un esclavo de nacimiento alcanzase la corona romana. Por último, una leyenda menor aludía a la concepción de Servio por parte de alguna divinidad, creyendo que fue hijo de un *lar familiaris* de su *gens* o bien del mismo Vulcano, lo que justificaría que sus prodigios los manifestase este dios y no Júpiter, el protector de los monarcas romanos.

Otra versión muy importante, que conocemos gracias a un discurso pronunciado por el emperador Claudio en el Senado ante una delegación de las Galias y recogido en la llamada Tabla de Lyon, convertía a Servio Tulio en un etrusco llamado Mastarna:

> Si seguimos a nuestras propias fuentes, era hijo de una cautiva llamada Ocrisia; en cambio, si seguimos a las etruscas, fue al principio el amigo más fiel de Celio Vibenna y participó en todas sus andanzas. Posteriormente, impelido por un cambio de fortuna, abandonó Etruria con lo que quedaba del ejército de Celio y ocupó la colina homónima, a la que puso el nombre de su antiguo capitán. Servio cambió de nombre (pues en etrusco se llamaba Mastarna), y recibió el que he utilizado, alcanzando el trono para mayor gloria del Estado.
>
> Tabla de Lyon. *Inscriptiones Latinae Selectae*

Mastarna era compañero de los hermanos Aulo y Celio Vibenna, a los que ya conocimos junto al adivino Cacu, con los que combatió hasta llegara a alcanzar el poder en Roma, donde fue coronado finalmente rey bajo el nombre de Servio Tulio.

Además del discurso de Claudio, el otro testimonio etrusco donde conocemos la versión que vincula a Mastarna con Servio Tulio se encontraba dentro de la decoración pictórica de la Tumba François, en la que una pintura reflejaba el momento en el que se producía la liberación de una ciudad en guerra. En esta imagen aparecían identificados con sus nombres Caile Vipinas, Macstrna (quien sostenía dos espadas y desataba al primero, liberándole), Rasce, Avle Vipinas y Marce Camitlnas, los cuales habían sido hechos prisioneros y eran liberados por su compañero Larth Ulthes. En el extremo derecho de la pintura se representaron los enemigos, quienes aparecían acompañados por sus gentilicios, como Rumach, derivado posiblemente de Roma, entre otros. La escena, posiblemente, hacía referencia a una guerra entre las ciudades de Vulci y de Roma, ambas acompañadas de sus aliados, en la época de los Tarquinios y que llevaría a la coronación de este Mastarna como el rey Servio Tulio.

De cualquier forma, y con independencia de cual fuese su verdadero origen, Servio Tulio recibió dos prodigios que marcaban su realeza y que le confirmaban como el sucesor de Tarquinio Prisco. En el hogar del palacio de Tarquinio surgió un falo entre las llamas y la reina Tanaquil profetizó que la mujer que se uniese a él quedaría embarazada y daría a luz a un hombre de gran nobleza que sería coronado rey. Tarquinio Prisco ordenó a su esclava Ocrisia que se uniese al falo, y dio a luz más tarde a Servio Tulio. El segundo prodigio tuvo lugar en el mismo palacio real, ya que una aureola de fuego rodeó la cabeza de Servio mientras dormía, lo que permitió a Tanaquil predecir su futura gloria. Los prodigios relacionados con Servio Tulio fueron enviados por Vulcano, en vez de por Júpiter, quien se encontraba relacionado habitualmente con las manifestaciones del poder romano, ya que hemos visto como en ciertos relatos era considerado hijo del dios de la forja. Estos mismos eventos fueron los que permitieron convertir a Servio Tulio en un personaje de tipo heroico, a la manera de Rómulo.

> Este templo se había incendiado; sin embargo, aquel incendio respetó la estatua; el propio Mulcíber prestó ayuda a su hijo. Pues el padre de Tulio era Vulcano y su madre, de distinguida faz, Ocrisia Corniculana. Después de celebrar los sacrificios al modo tradicional con ella, Tanaquil ordenó que Ocrisia derramase el vino sobre el hogar adornado; allí, entre las cenizas, estuvo o pareció que estuvo la figura del miembro viril, pero más bien estuvo realmente. A una orden, la cautiva se sentó en el hogar; ella concibió a Servio, que así tiene descendencia del linaje del cielo. Su progenitor dio una prueba de ello cuando tocó la cabeza de Servio con llameante fuego y en el pelo de éste ardió un gorro flamígero.
>
> *Fastos*, libro VI
>
> Ovidio

Pese a todos los prodigios que rodearon al rey, la figura de Servio Tulio se encontraba envuelta en la apariencia de un tirano, similar a los modelos griegos relacionados con esta figura, y era reseñable su particular inclinación hacia la plebe. Fue considerado como un gran legislador, creador de una nueva organización política y social que perduró incluso durante la época republicana. La más importante de las reformas que se atribuyeron a este monarca (ya que fue la base de la futura organización del ejército) fue la ordenación de la población, distribuida a partir de ahora según criterios censitarios. Las tres tribus arcaicas (Ramnes, Tities y Luceres), relacionadas con los latinos, los sabinos y los etruscos, fueron sustituidas por las cuatro correspondientes a las regiones urbanas: Suburana, Esquilina, Colina y Palatina. También existía la posibilidad de que el monarca crease algunas de las tribus rústicas, ya que en su mayoría procedían de tiempos antiguos, equivalentes a comienzos de la República, por lo que no sería de extrañar que perteneciesen a la reforma social realizada por Servio Tulio. De hecho, algunas fuentes antiguas afirmaban esta posibilidad, como Fabio Píctor, quien consideraba al rey como el organizador de las tribus urbanas y rústicas de la ciudad. Además, este monarca sintió ciertos deseos de convertir a Roma en la potencia hegemónica del mundo latino, anhelo que se plasmó en la fundación del santuario de Diana en el Aventino, convertido en el edificio federal de todo el Lacio. Servio Tulio fue el único de los reyes de Roma, junto al mismo Rómulo, que recibió el calificativo de *conditor* en los textos de Tito Livio, ya

que su obra fue sumamente importante para Roma y sirvió para sentar los precedentes a seguir en épocas posteriores. Ello se debe a que, además de su obra política, extendió la línea del *pomerium* de la ciudad, delimitada por los muros servianos, ya que los límites establecidos por Rómulo solo alcanzaban a la colina Palatina dentro de lo que ha sido llamado como la Roma Quadrata.

Otra leyenda vinculaba a la diosa Fortuna con Servio Tulio, ya que durante el reinado de este monarca se consideraba que la deidad hizo su aparición en Roma. Esta historia nos contaba cómo la diosa se introducía en el palacio a través de la llamada Porta Fenestella para unirse carnalmente con el rey en diversas ocasiones.

Finalmente, Servio Tulio fue derrocado y asesinado por su propio yerno, Lucio Tarquinio, considerado hijo o nieto de Tarquinio Prisco. Según el relato de Tito Livio, Tarquinio se había presentado en el Foro acompañado por sendos hombres armados y convocó al Senado para denunciar a Servio como un rey ilegítimo, ya que había usurpado el trono que correspondía a los descendientes de Anco Marcio: «Entonces comenzó a injuriarlo diciendo que después de la afrentosa muerte de su padre, sin establecer el interregno acostumbrado, sin reunir los comicios, sin el sufragio del pueblo, sin la ratificación del Senado, había ocupado el trono como regalo de una mujer» (Tito Livio, *Historia de Roma*, libro I).

El rey acudió a defender su inocencia y se produjo un claro enfrentamiento entre sus partidarios y los de Tarquinio. Durante el tumulto, Tarquinio arrojó a Servio Tulio escaleras abajo y lo dejó sumamente malherido, ocasión que aprovecharon sus perseguidores para acabar con su vida. Su propia hija Tulia, esposa de Tarquinio, arrolló el cadáver de su padre con el carro que conducía.

> Se dice que Tulia, incitada a la locura por los espíritus vengadores de su hermana y su marido, pasó el carro justo sobre el cuerpo de su padre, y llevó de vuelta un poco de la sangre de su padre en el carro y sobre ella misma, contaminada por sí y por los penates de su marido, a través de cuya ira un reinado que comenzó con la maldad pronto fue llevado a su fin por una causa similar.
>
> *Historia de Roma*, libro I
>
> Tito Livio

La muerte de Servio Tulio nos conduce directamente al reinado del último monarca romano, que pasó a la historia con el nombre de Tarquinio el Soberbio. Tarquinio Prisco había tenido dos hijos varones, Lucio Tarquinio y Arrunte, quienes se desposaron con las hijas de Servio Tulio, llamadas ambas Tulia. La Tulia que se casó con Arrunte era ambiciosa e intrigante, por lo que convenció a su cuñado Lucio Tarquinio de que asesinase a su marido y a su propia esposa. Tras matarlos a ambos, Tarquinio y la malvada Tulia se casaron y comenzaron a conspirar en contra de Servio Tulio, por lo que se convirtió dentro de la literatura en la clara imagen de la perversidad y la maldad absolutas. Ya hemos visto cómo esta conjura acabó con la vida de Servio y trajo consigo el ascenso al trono de Lucio Tarquinio, quien negó, incluso, los funerales al fallecido monarca con la excusa de que Rómulo tampoco había recibido una sepultura.

Lucio Tarquinio, conocido, como ya hemos dicho, bajo el sobrenombre de «el Soberbio», siempre fue visto como un rey despótico y cruel que recibía prodigios de tipo negativo, los cuales se interpretaron posteriormente como el anuncio de su caída y de la futura gloria de Roma bajo el régimen de una República. Este tipo de prodigios advertían que su reinado solamente podía terminar con el nacimiento de este nuevo gobierno, controlado por las grandes familias para evitar la aparición de tiranos como este monarca.

Grabado que representa a Tulia arrollando el cadáver de su padre, *Istoria Romana*, Bartolomeo Pinelli. Tulia arrolló el cadáver de su padre tras ser asesinado por los seguidores de Tarquinio el Soberbio. Este hecho ignominioso permaneció en la memoria de los romanos de tal forma que la calle donde Tulia pasó por el cuerpo de su padre fue conocida como *Sceleratus Vicus* (calle del crimen).

Una de las leyendas más famosas de la propia historia de Roma tenía relación con Tarquinio el Soberbio. Según esta narración, la famosa sibila, disfrazada de mujer muy anciana, se presentó ante el monarca y le ofreció nueve libros de carácter profético a un precio excesivamente elevado. Tarquinio se negó a comprarlos, pensando que podría conseguirlos más baratos, por lo que la mujer quemó tres de los libros. A continuación, le ofreció los otros seis al mismo precio que al comienzo, por lo que Tarquinio se negó de nuevo y ella volvió a destruir otros tres. Finalmente, y, ante el temor de que desapareciesen todos los libros, el rey compró los tres últimos, pero pagó por ellos el precio que la mujer había pedido al principio. Los libros sibilinos, que contenían profecías referentes al destino de Roma, fueron guardados en el templo de Júpiter en el Capitolio y solo eran consultados en situaciones muy especiales. En el año 83 a. C. el fuego destruyó los libros

sibilinos originales y hubo que formar una nueva colección que tampoco ha conseguido llegar hasta nuestros días porque fue destruida en el año 405 d. C., siguiendo las órdenes del general Flavio Estilicón.

> Se cuenta que durante el reinado de Tarquinio aconteció para la ciudad de Roma otro afortunado y admirable suceso, regalo de la benevolencia de algún dios o divinidad, y que no durante poco tiempo, sino muchas veces durante toda la vida de la ciudad, la ha salvado de grandes males. Cierta mujer extranjera se presentó ante el tirano con el deseo de vender nueve libros llenos de oráculos sibilinos. Como Tarquino no consideró conveniente comprar los libros al precio que pedía, la mujer se marchó y quemó tres de ellos. No mucho tiempo después trajo los seis restantes e intentó venderlos al mismo precio. Como se la consideró loca y fue objeto de burlas por pedir por menos libros el mismo precio que antes no había conseguido cobrar por más, se marchó otra vez y quemó la mitad de los libros que le quedaban, y llevando los tres restantes, pidió la misma cantidad. Tarquinio, admirado de la resolución de la mujer, hizo llamar a los augures, les expuso el asunto y les preguntó qué debía hacer. Ellos, que por ciertos indicios se dieron cuenta de que se había rechazado un bien enviado por los dioses, declararon que era una gran desgracia que no hubiera comprado todos los libros y le aconsejaron pagar a la mujer el dinero que pedía y adquirir los oráculos que quedaban. La mujer entregó los libros y, después de recomendar que los custodiaran celosamente, desapareció de entre los hombres. Por su parte, Tarquino, tras elegir a dos ciudadanos ilustres y asignarles dos esclavos públicos, les confió la custodia de los libros.
>
> *Historia Antigua de Roma*, libro IV
>
> Dionisio de Halicarnaso

Otro acontecimiento que caracterizó el reinado de Tarquinio el Soberbio fue el hecho de que consiguió imponer la hegemonía romana sobre los latinos. La mayoría de los representantes de las ciudades latinas habían sido convocados en el Locus Ferentinus, el lugar donde se reunían habitualmente, para parlamentar y establecer una alianza entre ellas. Durante esta reunión, y junto a una fuente de nombre Caput Aquae Ferentinae, Tarquinio el Soberbio ahogó a su principal oponente, Turno Herodio de Aricia, al que condenó a muerte tras hallarse en su tienda unas armas depositadas allí por unos sicarios enviados por el monarca romana, y violó así la ley sagrada que obligaba a

acudir a este lugar desarmados. Con esta estratagema, Tarquinio el Soberbio se impuso sobre los latinos, y lideró a partir de entonces a las ciudades del Lacio.

EL FIN DE LA MONARQUÍA ROMANA: EL EPISODIO DE LUCRECIA

Según el relato de la mayoría de los escritores antiguos, con Tarquinio el Soberbio se dio por finalizada la monarquía en Roma. La actitud despótica y cruel del rey había cansado a los ciudadanos romanos, quienes vieron agotada su paciencia con el episodio de Lucrecia que conoceremos a continuación. Durante una campaña militar, los oficiales comenzaron a hablar de sus mujeres, por lo que dos de ellos (un romano y un etrusco) decidieron apostar sobre cuál de sus esposas era la más noble y virtuosa. Para resolver la situación, salieron a hurtadillas del campamento militar y acudieron a la ciudad con la intención de comprobar que hacían sus mujeres en su ausencia. Encontraron a la romana Lucrecia hilando lana con sus criadas, convertida en todo un modelo de matrona, mientras que la princesa etrusca se hallaba disfrutando de un lujoso banquete en compañía de otros jóvenes y damas. Con esta historia se quería comparar la suntuosidad extravagante de los etruscos con la firme y recta moral romana, a cuyo cumplimiento los romanos atribuían su propia fortuna.

Sexto Tarquinio, el hijo del rey, y el oficial etrusco que participó de la apuesta, quedaron prendidos ante la casta Lucrecia, por lo que decidieron volver a su casa e intentar seducirla. Ella intentó resistirse, de tal forma que finalmente ambos hombres la violaron brutalmente. Lucrecia llamó a sus familiares para contarles la afrenta que había sufrido y se suicidó acto seguido, ya que prefería morir antes que vivir con el deshonor que acarreaba la violación. El escándalo trajo consigo la alianza entre los familiares de la matrona y parte de la aristocracia romana quienes, dirigidos por Lucio Junio Bruto, finalmente expulsaron de Roma al monarca y establecieron la República en el año 509 a. C.

Mientras estaban encogidos en el dolor, Bruto sacó el cuchillo de la herida de Lucrecia, y sujetándolo goteando sangre frente a él, dijo: «Por esta sangre (la más pura antes del indignante ultraje hecho por el hijo del rey) yo juro, y a vosotros, oh dioses, pongo por testigos de que expulsaré a Lucio Tarquinio el Soberbio, junto con su maldita esposa y toda su prole, con fuego y espada y por todos los medios a mi alcance, y no sufriré que ellos o cualquier otro vuelvan a reinar en Roma».

Historia de Roma, libro I

Tito Livio

Fresco del palacio ducal de Mantua, Giulio Romano. Esta obra nos muestra el momento en que Sexto Tarquinio y un compañero entraron en casa de Lucrecia para poseerla a la fuerza. La violación de la casta matrona romana fue el momento escogido por los ciudadanos para acabar con la monarquía de Tarquinio el Soberbio.

Junio Bruto fue uno de los primeros cónsules de la ciudad y un paradigma de honradez y rectitud para los romanos. De hecho, se contaba que, cuando el rey fue expulsado de la ciudad, cierto número de jóvenes tramaron traer a Tarquinio el Soberbio de vuelta. Entre estos conspiradores se encontraba un hijo de Junio Bruto que fue descubierto y condenado a muerte junto al resto de sus compañeros. El cónsul asistió impertérrito a la ejecución de su hijo y

no trató de pedir clemencia para él, ya que era culpable de haber traicionado a su propia patria. Tras el derrocamiento del monarca etrusco, los senadores romanos proclamaron la República, y dieron comienzo a una nueva etapa de su historia.

LARS PORSENNA Y SU ENFRENTAMIENTO CON ROMA

Tarquinio el Soberbio, que no se resignaba a haber sido expulsado de su trono, pidió ayuda para recuperarlo a otro rey etrusco, Lars Porsenna de Clusium (la actual ciudad de Chiusi), cuyas aventuras también formaron parte del acervo mítico romano, por lo que dedicaremos unas líneas a conocerle. Además, la instauración de la República tuvo ciertas connotaciones de carácter fundacional, por lo que necesitó de la intervención de diversas figuras heroicas, revestidas con carácter mítico, de manera que este acontecimiento entraría también dentro del ámbito de la leyenda. Ello se relacionaba muy íntimamente con los episodios de Lars Porsenna y ciertos personajes romanos (Clelia, Horacio Cocles y Mucio Scévola) que vamos a conocer a continuación.

Tras la petición de auxilio recibida por Tarquinio, Lars Porsenna, el rey de Clusium, decidió comandar a los etruscos en su intento por restaurar al Soberbio en su trono. Por ello, decidió dirigirse a Roma, acompañado del destronado monarca, para sitiar la ciudad y enfrentarse en batalla con el ejército romano.

> Los Tarquinios se habían refugiado con Lars Porsenna, rey de Clusium, a quien trató de influir con ruegos mezclados de advertencias. En cierta ocasión le suplicaron que no permitiera que hombres de raza etrusca, de su misma sangre, sufrieran tan penoso exilio; en otra le advertían que no dejase sin castigo la nueva moda de expulsar a los reyes.
>
> *Historia de Roma,* libro II
>
> Tito Livio

Durante el cerco que puso a la ciudad de Roma, se dieron muchos actos heroicos por parte de sus habitantes, quienes demostraron con sus acciones su valor y su amor a la patria, tal y como le ocurrió a Horacio Cocles, cuya historia nos narró detalladamente Tito Livio. Cuando Porsenna decidió marchar sobre Roma, Horacio Cocles convenció a sus conciudadanos para que destruyesen el puente de madera sobre el Tíber, el conocido como Pons Sublicius, a través del cual el enemigo podía entrar en la ciudad. Mientras los romanos derribaban el puente, Horacio se ofreció a detener el avance de los enemigos, con la única ayuda de otros dos hombres, Espurio Larcio y Tito Herminio. Al principio, los etruscos se mofaron de la audacia de estos tres hombres porque creían que no podrían detener su avance, pero muy pronto vieron como el valor y arrojo de los romanos acababa con la vida de sus soldados sin poder evitarlo. A medida que sus enemigos se acercaban a la ciudad, Horacio ordenó a sus compañeros que se pusiesen a salvo, mientras él continuaba en solitario con la lucha. El puente finalmente se derrumbó con lo que cortó la retirada a Cocles, quien invocó el auxilio del dios del Tíber y, cubierto con su pesada armadura, se arrojó a sus aguas y murió ahogado, según algunas versiones, ya que otras consideraban que consiguió regresar sano y salvo a la ciudad a nado. Con su heroico sacrificio, Horacio Cocles salvó Roma y el pueblo le demostró su gratitud dedicándole una estatua: «Fue por muy diferentes y muy importantes razones que se erigió la estatua de Horacio Cocles; su defensa en solitario evitó que el enemigo cruzase el importante puente Sublicio», (Plinio el Viejo, *Historia Natural*).

Grabado que representa a Lars Porsenna, *Promptuarii Iconum Insigniorum*, Guillaume Rouille. Tras ser destronado, el rey Tarquinio el Soberbio pidió ayuda al monarca de Clusium, Lars Porsenna, para conseguir volver a gobernar Roma. Porsenna aceptó y comenzó un asedio a la ciudad, con la intención de sentar de nuevo en el trono a Tarquinio.

La historia de Mucio Scévola se desarrolló también durante el asedio etrusco a la urbe, poco después del valeroso acto de Horacio Cocles. Al ver la agónica situación de los romanos, quienes ya habían rechazado a duras penas en dos ocasiones a los etruscos, Mucio Scévola propuso ante el Senado asesinar a Porsenna, plan que fue aprobado y que se dispuso a realizar él mismo. Se dirigió, armado únicamente con una daga, al campamento etrusco con la intención de matar al rey, pero allí se equivocó de hombre, ya que el individuo vestía una indumentaria muy similar a Porsenna y lo apuñaló. Cuando el verdadero monarca exigió a Mucio Scévola que le revelase todos los detalles de la conspiración, el joven colocó su mano derecha sobre el fuego de un altar para demostrar que podría soportar cualquier dolor por su patria y que no le contaría nada que traicionase a sus conciudadanos. Según

el relato de Tito Livio, Porsenna quedó sumamente impresionado por la valentía de Scévola y, temiendo que se produjesen otros intentos para acabar con su vida, acordó la paz con los romanos y abandonó la ciudad sitiada. Sin embargo, otras versiones consideraban que Porsenna se retiró cuando Roma optó por pagarle un tributo a cambio de la paz, un relato menos heroico, pero más veraz.

Llegados a este punto, el rey etrusco y los romanos decidieron firmar una tregua. Porsenna había exigido que varios ciudadanos actuasen como rehenes, entre ellos cien muchachas vírgenes, y los mantuvieron como prisioneros en el campamento etrusco situado al otro lado del Tíber, río que servía para marcar la frontera con el territorio romano. Entre estas muchachas cautivas se encontraba Clelia, una audaz joven que consiguió escapar de sus captores etruscos y se llevó consigo a un grupo de muchachas a las que liberó con su osadía. Porsenna quedó asombrado ante la hazaña, pero exigió a Clelia que volviese al campamento etrusco, ya que era un rehén y había dado su palabra de comportarse como tal. Ella regresó con los etruscos, cumpliendo con su papel de prisionera, y entonces Porsenna, en señal de admiración a su coraje y nobleza, la liberó junto con la mitad de los rehenes. Los romanos rindieron homenaje a su valor votando la colocación de una estatua ecuestre de bronce de Clelia en el Foro o en la Vía Máxima, dependiendo de las fuentes consultadas. Otras versiones, prefirieron contar como Porsenna mantuvo a Clelia en su palacio y llegó a casarse con ella, admirado por su valor, su ingenio y su amor por Roma.

En relación a Porsenna, Dionisio de Halicarnaso nos narró otro interesante relato en el que intervino Aristodemo de Cumas, tirano de esta ciudad y aliado habitual de Tarquinio y de los latinos, aunque en esta ocasión prestase su ayuda a la joven República Romana. En el año 506 a. C. Aristodemo ayudó al ejército romano, atacado por las tropas etruscas de Lars Porsenna, y las derrotó en la batalla de Aricia, donde además acabó con la vida de Arrunta, hijo del líder tirreno. En las versiones romanas de esta historia, se destacaba siempre lo reducido que era el ejército comandado por Arrunta y la oposición entre la táctica de la tropa cumana y la fuerza etrusca. En cambio, la tradición griega prefería resaltar la inconsistencia numérica del cuerpo enviado por Cumas y la escasa preparación militar que poseían sus

oponentes. Es posible que el ataque de Arrunta sobre Roma tuviese ciertos objetivos concretos y de alcance inmediato, pero, en cualquier caso, su tentativa fracasó, lo que cambió la perspectiva de la campaña sobre el Lacio de Lars Porsenna.

De cualquier forma, la relación de Cumas y su tirano con la dinastía de los Tarquinios no acabó ahí. La mayor parte de las tradiciones coincidían en insistir en que, tras el fracaso del intento etrusco de reestablecer al destronado monarca en la ciudad, Aristodemo acogió a Tarquinio y a su familia en Cumas y trató desde entonces a la República Romana como enemiga de su ciudad, aunque esta declaración no perturbó los vínculos reales entre Roma y los griegos de Campania. Según ciertas fuentes, Tarquinio el Soberbio nombró al tirano de Cumas su heredero, quien no dejó de reivindicar hasta su asesinato su derecho a sentarse en el trono romano.

Scévola ante Porsenna, Giovanni Francesco Romanelli, Museo del Louvre. Scévola se presentó en el campamento de Lars Porsenna con la clara intención de acabar con la vida del monarca. Sin embargo, se equivocó y asesinó al hombre equivocado, por lo que el rey ordenó que le llevaran a su presencia para interrogarle. La valentía de Scévola durante el interrogatorio impresionó a Porsenna, por lo que, según algunos relatos, llegó a firmar la paz con los romanos.

En Etruria también existieron un cierto número de leyendas e historias sobre Lars Porsenna. La principal de ellas se refería al enfrentamiento que hubo entre Porsenna y el monstruo Olta (Ultha, en etrusco). Olta asolaba los campos de la ciudad de Volsinii, por lo que el rey decidió acabar con él. Para ello, evocó al poderoso rayo, que usó para destruirle, aunque luego hubo de celebrar la correspondiente ceremonia de purificación en el lugar donde este cayó. Otra interesante historia era la que describía el singular monumento funerario que el rey construyó en Clusium como su propia tumba. Ambas historias trataban de presentar a Porsenna como un héroe glorificando sus gestas.

La historia real parece considerar que la intervención de Porsenna en Roma no fue la petición de auxilio del rey, sino la consecuencia de su caída y de la ausencia de poder dentro de la ciudad. A finales del siglo VI a. C. Roma era la entidad política de mayor peso en toda la Italia no griega, mientras que Clusium era una pequeña ciudad de la Etruria interna. Por ello, se ha supuesto que Porsenna actuase más bien como el comandante militar de la liga etrusca y recibiera el nombre de rey de Etruria. La liga etrusca ya existía, en su sentido cultural y religioso, en el siglo VI a. C., pero no tenía una vertiente política o militar clara, por lo que ciertos investigadores niegan que Porsenna pudiese comandarla contra Roma y aseguraban que la iniciativa del rey de Clusium debía de ser de tipo privado. Lo que parece claro es que resulta difícil aceptar que Porsenna ocupase Roma y pasase a dominarla por lo que, siguiendo a Plinio y a Tácito, es más sencillo pensar que tras su victoria le impusiera a la ciudad un tratado muy severo y quedase bajo su hegemonía un cierto tiempo.

Sin embargo, la tradición mencionaba la gran magnitud y fuerza de las tropas comandadas por Porsenna, que se vieron incrementadas en número por los contingentes latinos partidarios de Tarquinio el Soberbio, lo que, sin duda, suponía una clara justificación de la derrota romana. La aventura de Porsenna supuso para los romanos una evidente manifestación de patriotismo con la que enmascarar la rendición de Roma ante el rey de Clusium. Los verdaderos antagonistas del jefe etrusco no fueron los magistrados romanos, sino Horacio Cocles, Mucio Scévola y la doncella Clelia, cuyo valor y

patriotismo fueron los valores a transmitir desde entonces por todos los romanos.

CÁSTOR Y PÓLUX

El último intento de los Tarquinios destronados por recuperar su trono se encontraba enmarcado dentro de la conocida batalla del Lago Regilo. El anciano Tarquinio el Soberbio y su yerno, Octavio Mamilio, el dictador de la ciudad de Tusculum, formaron junto con los latinos una coalición con la que se enfrentaron a los romanos, liderados por el recién nombrado dictador Aulo Postumio Albo Regilense.

El año en que se produjo esta batalla no estuvo claro ya desde la propia Antigüedad. Tito Livio la sitúo en el año 499 a. C., pero incluso él mismo nos cuenta que algunas de sus fuentes la fecharon durante el consulado de Postumio Albo, en el año 496 a. C., consideración que compartía Dionisio de Halicarnaso. Sin embargo, los autores modernos han considerado más adecuados los años 493 a. C. o 489 a. C. como las fechas más acertadas del enfrentamiento.

Aulo Postumio condujo personalmente a la infantería romana a la batalla, mientras que de la caballería se ocupó Tito Ebucio Helva, el *magister equitum* del dictador. La coalición latina fue liderada por Tarquinio el Soberbio, a quien acompañó su hijo mayor (y el último que le quedaba) Tito Tarquinio. La mayor parte de los autores coincidían en señalar que los romanos se entregaron con mayor ardor a la batalla precisamente por la presencia del destronado rey, a quien querían demostrarle que no deseaban que volviese a ocupar el gobierno de la ciudad.

La leyenda nos cuenta que en medio de la batalla, Aulo Postumio había prometido a Cástor y Pólux, las divinidades protectoras de la ciudad, un templo si abandonaban al pueblo enemigo y se pasaban al lado romano.

> Se dice que el dictador, sin omitir nada que pudiera garantizar la ayuda divina o la humana, se comprometió, durante la batalla, a dedicar un templo a Cástor y prometió recompensas a quienes fuesen el primero y segundo en asaltar el

campamento enemigo. Tal fue el ardor que los romanos mostraron, que con la misma carga que desbarataron al enemigo, alcanzaron su campamento.

Historia de Roma, libro II

Tito Livio

Grabado de la batalla del Lago Regilo, John Reinhard Weguelin. La batalla del Lago Regilo enfrentó a los romanos, dirigidos por el dictador Aulo Postumio, con la coalición latina que trató de ayudar al anciano Tarquinio el Soberbio a recobrar el trono de Roma. La suerte de la batalla cayó en el lado romano gracias a la intervención de los dioscuros Cástor y Pólux.

Dionisio de Halicarnaso nos cuenta que dos jinetes de barba incipiente y superiores en belleza y estatura a todos los demás, y cubiertos con una clámide de color púrpura, se aparecieron en medio de la batalla junto a sus caballos blancos y se pusieron al frente de la caballería romana, combatiendo con gran arrojo hasta conseguir la victoria.

Esa misma tarde, en el Foro Romano se vieron a dos jóvenes en la fuente Iuturna (dedicada a la ninfa Iuturna, considerada en algunas tradiciones como hermana de los Dioscuros), situada junto al templo de Vesta, donde abrevaron y lavaron sus caballos y anunciaron a los ciudadanos romanos la

victoria de Roma. Allí donde fueron vistos, se erigió en su honor un templo en el año 484 a. C., y se convirtieron en dioses protectores de Roma, jinetes a su servicio y protectores de cuantos se hacían a la mar.

Denario del año 96 a. C. En esta moneda podemos ver a Cástor y a Pólux abrevando a sus caballos en la fuente Iuturna. Al finalizar la batalla del Lago Regilo, dos jóvenes se aparecieron en esta fuente junto a sus caballos. Tras darles de beber y limpiarlos, anunciaron a los ciudadanos romanos la victoria de Roma en la batalla y desaparecieron.

Pese a la leyenda, lo que parece claro es que Postumio consiguió obligar a los latinos a retirarse tras capturar su campamento. Tarquinio y los principales líderes militares latinos abandonaron el campo de batalla, por lo que, sin duda, el resultado fue considerado como una decisiva victoria romana. Postumio y su ejército regresaron a Roma, donde el dictador celebró

un triunfo y renunció a su cargo, con lo que la ciudad volvió a su normal desarrollo.

LOS ÚLTIMOS HÉROES DE ROMA

Ciertos episodios de la historia de Roma adquirieron un importante cariz mítico, que nos lleva a incluirlos en este apartado del capítulo. Entre ellos tenemos la historia de Coriolano o de Marco Curcio, por ejemplo, con quienes daremos por finalizado este viaje a través de los mitos romanos.

Los comienzos de la República romana fueron bastante arduos, ya que se produjeron algunos conflictos entre las clases patricias y plebeyas por los diferentes privilegios existentes entre ellas, a los que hay que sumar ciertos conflictos exteriores como los que hemos estado viendo hasta ahora. Se produjo una revuelta que acarreó una hambruna en la ciudad, por lo que era necesario importar alimentos de otros lugares, que permitiesen a los romanos continuar con su vida cotidiana. En medio de esta crisis, cierto número de senadores intentó que la plebe renunciase a algunos de sus derechos. Entre estos se encontraba Cayo Marcio, joven soldado que había dirigido el ataque contra la ciudad volsca de Corioli, por lo que recibió el sobrenombre de Coriolano.

Coriolano, que se había convertido en un héroe tras sus hazañas bélicas, habló con gran dureza sobre la plebe, considerando que había que dejarles pasar hambre hasta que se resignasen a perder sus derechos, ya que ellos tenían la culpa de la crisis por la que pasaba la ciudad. Sus enfrentamientos con la plebe, indignada con todos los discursos que Coriolano había proferido en su contra, le llevaron a perder las elecciones al consulado y, además, fue acusado de malversación de fondos públicos y de sedición. A la hora de ser juzgado, Coriolano no acudió al acto, pero ello no le evitó que le condenasen al exilio, por lo que decidió escapar de la ciudad.

Considerando que había sido maltratado por los romanos, Coriolano decidió vengarse de ellos acudiendo al territorio de los volscos para ofrecer sus servicios como general, conspirando contra su patria. Con la ayuda de un

noble volsco, de nombre Tullius Aufidius, Coriolano persuadió a sus antiguos enemigos de que se aliasen con él y atacasen juntos a Roma. A su alianza se sumaron otros pueblos, como los ecuos, que formaron parte del ejército comandado por Coriolano. Primero, conquistaron todos los antiguos territorios volscos que había tomado Roma previamente y luego se dirigieron a la ciudad para saquear las tierras de los plebeyos, pero dejaron en paz las de los patricios con la intención de generar un cierto malestar social que enfrentase a los propios romanos. Finalmente, acabó sitiando la propia Roma, lo que dio comienzo un feroz asedio sobre la urbe. El Senado trató de negociar con Coriolano, pero este no hizo caso a ningún emisario de los que se le enviaron, por lo que las mujeres romanas decidieron pedirles a la madre y a la esposa del traidor, Veturia y Volumnia, que acudieran a hablar con él para convencerlo de que abandonase su propósito de tomar la ciudad. Coriolano aceptó recibirlas y al verlas intentó abrazarlas, pero fue rechazado por su propia madre al considerarle como un enemigo. Ambas mujeres lo convencieron de la necesidad de abandonar el asedio, por lo que Coriolano, abrumado ante el dolor de su familia, retiró a su ejército y se restableció la paz en Roma.

Poco se sabe después de este episodio acerca de Coriolano. La mayor parte de las fuentes creían que se retiró a Anzio tras ser repudiado por todas las ciudades que conformaban la Liga Latina, y que fue llevado a juicio por su antiguo aliado volsco y fue lapidado antes de conocerse el resultado del mismo. Otros autores, en cambio, creían que murió de viejo en el exilio en una ciudad desconocida. En la actualidad, se considera la historia de Coriolano como más propia del mundo legendario que del histórico, ya que no se ha podido constatar con claridad que este famoso traidor romano haya sido una figura verídica. Por ello, hemos creído necesario traer el episodio de Coriolano al mundo de los mitos romanos.

Otro interesante episodio de carácter semihistórico fue el relacionado con Apio Claudio y Virginia. Apio Claudio, conocido con el sobrenombre de Decenviro, fue uno de los encargados de redactar las famosas Doce Tablas, las primeras leyes que tuvo la ciudad de Roma. Formó parte de dos comisiones encargadas de esta labor, pero la última de ellas se negó a dimitir y comenzaron una dictadura en la ciudad.

Apio deseaba a una joven de origen plebeyo, llamada Virginia, que estaba prometida con Lucio Icilio, un activo y comprometido político. Intentó seducirla, pero fracasó en todos sus esfuerzos, por lo que Apio ordenó a uno de sus seguidores, Marco Claudio, que la reclamase como si fuese su esclava para que el Decenviro pudiese poseerla. De esta forma, cuando Virginia acudió al foro una mañana, Marco Claudio la cogió y gritó a todos que era su esclava, tras lo que la llevó a un tribunal donde el caso fue juzgado por Apio Claudio.

El padre de la muchacha, Lucio Virginio, no se encontraba en Roma, por lo que el caso no podía juzgarse hasta su llegada, pero las presiones populares llevaron a que el juicio se celebrase al día siguiente. Apio y Marco intentaron retener en su poder a la muchacha hasta que llegase el momento, pero Icilio se opuso y consiguió la ayuda del pueblo romano hasta que le cedieron a Virginia durante la noche. Mientras tanto, los amigos de Virginio volvieron a ponerse en contacto con él, de tal forma que consiguió llegar a tiempo del juicio de su hija. Pese a todo, Apio Claudio obstaculizó todo intento de defensa de Virginia, por lo que su padre, desesperado, acabó con la vida de la joven apuñalándola. Virginio, con el prometido de su hija y parte de su familia, alentó al pueblo romano para que se rebelasen contra sus gobernantes, quienes finalmente abandonaron el poder y se restableció la auténtica República romana.

La historia de Virginia ha sido tomada como un claro paralelo a la de Lucrecia, ya que la muerte y el sacrificio de ambas fueron las que permitieron el establecimiento de la República Romana en dos momentos muy delicados de la historia de la ciudad. Parte de la historia de Virginia se encontraba dentro del ámbito de la leyenda, donde se magnificaba la figura de la muchacha otorgándole ciertos tintes míticos, como le ocurrió a Lucrecia. Ambas formaron parte del conjunto de mujeres cuyas vidas se convirtieron en modelos a seguir para otras tantas, ya se consideraban como el paradigma de la digna matrona romana.

Marco Curcio, el Veronés, Kunsthistorisches Museum. En la zona del Lacus Curtius se abrió un gran agujero que los romanos interpretaron como un mal presagio. Tras consultar a distintos oráculos, Marco Curcio decidió arrojarse dentro de la grieta, al entender que lo que demandaban los dioses era lo más valioso que Roma poseía, es decir, su juventud.

La ultima leyenda a la que haremos referencia es aquella que se relacionaba con el llamado *lacus Curtius* y Marco Curcio. Este lugar recibía cierta veneración en la Roma republicana, y su historia fue transmitida por diversos autores, como Varrón o Tito Livio, quienes permiten fechar la historia en el 362 a. C. En ese momento, Roma se enfrentaba a un grave peligro relacionado con el enorme agujero surgido repentinamente en el Foro que intentaron tapar arrojando ingentes cantidades de arena dentro, por lo que se decidió consultar a diversos oráculos que afirmaron que solo podía superarse cuando la ciudad lanzara a este lugar aquello que poseía de más

valor. El joven Marco Curcio, miembro de la *gens* Curtia, entendió que lo más valioso que poseía Roma era la fuerza de la juventud que poblaba la ciudad, por lo que decidió tirarse por la brecha montado a caballo y totalmente armado. En ese momento, la tierra se cerró y Roma se salvó de los peligros que la acechaban gracias al sacrificio del muchacho. En las orillas del lago brotaron tres arboles (una higuera, una viña y un olivo), interpretados como los símbolos de la cultura romana. Desde ese momento, en ciertas festividades los romanos arrojaban a su interior monedas para que el genio del lago, asimilado con la figura de Marco Curcio, estuviera contento y no llevase la desgracia de nuevo a Roma.

Esta fue la versión canónica que la mayor parte de los autores contaban en sus diversas obras. Sin embargo, algunos de ellos nos narraron los hechos de otra forma, como por ejemplo Tito Livio, quién presentó una versión alternativa. Este escritor contaba que el lago Curcio, interpretado más bien como un pantano, había recibido su nombre de Metio Curcio, el jinete que comandaba al ejército sabino y que cabalgó hacia el agua, donde cayó dentro involuntariamente mientras estaba luchando contra Rómulo en el episodio del rapto de las sabinas. Metio Curcio consiguió salir del pantano con gran dificultad, y en recuerdo de este soldado, recibió el nombre de Lacus Curtius.

Varrón aprovechó su obra sobre el origen de los nombres de lugares romanos para transmitirnos un par de versiones alternativas de la historia. Según la primera de ellas, el abismo se abrió y los oráculos consultados decretaron que los dioses querían recibir allí el sacrificio de un ciudadano para conjurar el presagio. Por ello, Marco Curcio decidió lanzarse en el agujero montado a caballo y armado para ofrecerse a sí mismo en sacrificio. La última versión de Varrón contaba que en el lugar había caído un rayo, enviado por Júpiter, por lo que el Senado ordenó al cónsul del momento, Cayo Curcio, que cerrase el lugar, que se había convertido en sagrado.

Relieve de Marco Curcio, encontrado en el *Tabularium*, Roma. La ofrenda de sí mismo que hizo Marco Curcio para conjurar la desgracia caída sobre Roma fue recordada posteriormente, convirtiendo los romanos a este joven en el genio del lugar, a quien se arrojaban monedas en homenaje para mantenerle contento.

En cualquier caso, los romanos creían que el *lacus Curtius* equivalía a una sima infinita que entraba en contacto con el mundo infernal y se vinculaba directamente con el inframundo. Pese a todos los relatos conservados en relación con este lugar, no se conoce de forma clara cuál fue su significado en la historia romana, aunque la mayoría coincidían en compartir la historia de Marco Curcio tal y como hemos narrado al principio. En cualquier caso, el nombre del lago se relacionaba claramente con la *gens Curtia*, una importante y antigua familia romana de origen sabino.

Con la heroicidad de Marco Curcio, el valiente joven dispuesto a sacrificarse a sí mismo en beneficio de su patria y que personificaba todos los valores anhelados por los ciudadanos de Roma, damos por concluido este breve recorrido por los diversos mitos del mundo romano y etrusco.

Epílogo

Como hemos estado viendo a lo largo de estas páginas, los mitos y las leyendas de Etruria y de Roma, al igual que los relacionados con los orígenes de los distintos pueblos itálicos, eran utilizados con diversos propósitos, por lo que sus detalles podían ser modificados en distintas ocasiones cambiándose a conveniencia de quien fuese a utilizar el relato. Algunas de estas leyendas sirvieron para explicar los rituales de ciertas fiestas religiosas o bien trataban de contar ciertos aspectos de la historia y de la religión etrusca y romana. Otros de estos mitos celebraban tanto los valores morales como los patrióticos (sobre todo en el caso de Roma) que se consideraban como inherentes a la personalidad de los ciudadanos.

La mayoría de los mitos autóctonos etruscos se han perdido en la actualidad, hecho relacionado, sin duda, con los pocos textos conservados de los tirrenos y con la dificultad de entender su lenguaje, el cual aún resulta ininteligible en su mayoría para los investigadores. Asimismo, la asimilación cultural del mundo griego que se hizo en Etruria nos ha hecho conocer más de cómo recibieron ellos los mitos del mundo helénico que los suyos propios, ya que las elites preferían representar estas historias en sus objetos y tumbas. Por ello, hemos creído importante añadir todo un capítulo relacionado con aquellos mitos griegos que más profundamente penetraron dentro de la mentalidad etrusca, así como los matices propios que este pueblo incluyó en las historias originales.

En relación con los demás pueblos itálicos, la mayor parte de sus propios mitos han desaparecido, y nos quedan tan solo aquellos que han transmitido los autores clásicos en sus diferentes obras. Casi todas estas historias se relacionaban directamente con sus orígenes, ya que la mayoría reivindicaba

lejanos ancestros helénicos que los conectasen con Grecia e, incluso, con la propia Roma a través de los distintos viajeros y héroes troyanos que llegaron a Italia. En cualquier caso, hemos intentado transmitir todos aquellos mitos relacionados con los principales pueblos itálicos, y confiamos en que nuestro lector haya recibido de estas leyendas una favorable buena impresión y desee investigar más en profundidad estas historias.

Las más importantes historias fueron las leyendas relacionadas con la fundación de Roma y su expansión en los primeros momentos de la historia. Estos mitos combinaron tanto los aspectos autóctonos, con personajes como Rómulo, como los aspectos importados de la cultura griega, a través de figuras como la de Eneas, estableciendo versiones oficiales con ambos elementos. Los mitos se utilizaron, ya en la propia Antigüedad, para confirmar las pretensiones hegemónicas de los romanos, quienes se consideraban superiores al resto de los pueblos itálicos, una idea lo que los hacia aptos para gobernar y conquistar a todos los demás. También les servía a los romanos para reivindicar su herencia cultural griega, sobre todo tras la conquista de estas tierras, puesto que afirmaban que tan solo retornaban a sus propios orígenes con estos actos bélicos. Y, sobre todo, permitían a los romanos tener una imagen propia de sí mismos como los elegidos de los dioses para gobernar el mundo entero, lo que les permitía acercarse a su propia historia de la forma más adecuada posible.

Solo hemos tenido espacio para narrar un número muy pequeño de aquellos mitos que fueron tan familiares a los romanos, y, aun así, solo hemos podido contarlos de manera muy superficial pese a que hemos tratado recoger todas las versiones existentes de cada una de estas historias. Por ello, recomendamos al lector que consulte la bibliografía mencionada al final de este libro, de tal forma que pueda profundizar aún más en todos los aspectos en los que haya podido quedar interesado y lo invitamos a que se acerque a estas y otras tantas historias míticas del mundo antiguo.

Anexo de dioses

Presentamos a continuación un resumido listado de dioses, ordenados alfabéticamente, para que el lector pueda localizar a cualquiera de las deidades (tanto etruscas como romanas y sabinas) mencionadas en este libro. Supone una lista muy sucinta, ya que nos faltarían muchísimas divinidades por consignar, pero es una guía útil para el lector que se haya acercado a nuestro relato.

Aita: dios etrusco del inframundo que gobernaba sobre el reino de los muertos.

Aminth: genios etruscos masculinos con aspecto de amorcillos.

Anna Perenna: antigua deidad romana que se consideraba la hermana de Dido, convertida en ninfa acuática. Otro mito la tenía por una anciana que había engañado a Marte, quien intentaba forzar a Minerva.

Apulu/Aplu: dios del rayo y del trueno, así como protector de los muchachos jóvenes.

Artumes: diosa de la noche, la luna, la muerte y la fertilidad, así como protectora de la naturaleza.

Atunis: consorte de la diosa Thuran, relacionado con los ciclos de muerte y resurrección del Adonis griego.

Bona Dea: diosa de la fertilidad, la castidad y la salud. Considerada como hija de Fauno. Asociada a la virginidad y a la fertilidad

femeninas. Recibía culto en el Aventino, en una ceremonia en la que no podían participar los hombres.

Bonus Eventus: dios relacionado con la agricultura, que repartía los bienes y propiciaba los buenos augurios.

Caca: antigua diosa romana del hogar, sustituida por Vesta, hija de Vulcano. Quedó convertida únicamente en la hermana del monstruoso Caco.

Caco: monstruo mítico, hijo del dios Vulcano, que residía en una cueva del Aventino y que robó el ganado de Hércules, motivo por el que el héroe acabó con su vida. Derivaba, posiblemente, del adivino etrusco Cacu.

Cantha: deidad solar considerada también como la diosa etrusca de la aurora. Era hija del Sol.

Carmenta: ninfa romana de las aguas con espíritu profético y mágico. Se considera que es la madre del rey arcadio Evandro, a quien le anunció la futura grandeza de Roma. Suele aparecer unida a sus dos hermanas, las carmentas, con las que predecía el destino de cada recién nacido y que recibían su nombre según la posición en la que viniese este durante el alumbramiento. Además, se le atribuía la educación de los pueblos latinos.

Ceres: diosa romana que simbolizaba la fecundidad de la tierra, además de ser protectora del matrimonio y de los muertos. Era la madre de Proserpina, desposada con Hades.

Chalchas: adivino etrusco asimilado al Calcante griego, convertido en el dios de la profecía.

Charun: uno de los demonios etruscos de la muerte, encargado de conducir y guiar a las almas de los fallecidos por el reino de los muertos.

Cilan: deidad con carácter terrestre, asimilada a la Gea griega.

Consus: uno de los dioses primitivos de Roma, relacionado con la fundación de la ciudad y que aconsejó a Rómulo el rapto de las Sabinas. Fue un dios muy popular con carácter agrícola que acabó siendo desplazado por los dioses griegos. Relacionado con Ops, diosa de la abundancia y la fertilidad.

Culsus: demonio femenino etrusco que abría y cerraba las puertas del reino de los muertos.

Dea Dia: arcaica divinidad romana, protectora de la agricultura y de las cosechas. Fue identificada posteriormente con la diosa Ceres.

Diana: diosa de la naturaleza, de las montañas y del bosque. Parece que su culto fue importado desde territorios sabinos por el rey Tito Tacio. Su templo más importante era el del Aventino, que además servía como sede de la confederación de los pueblos latinos. Fue identificada desde el 399 a. C. con la diosa griega Artemisa.

Dioscuros: Cástor y Pólux, o los dioscuros, eran dos héroes mellizos, hijos de Leda y hermanos de Helena de Troya y Clitemnestra. Se consideran como hijos de Zeus, aunque las fuentes son confusas. A veces se dice que ambos eran mortales o inmortales, pero sí coincidían en señalar en que si solo uno de ellos debe ser considerado mortal es Pólux. Debido a que eran inseparables, cuando Cástor murió, Pólux rechazó convertirse en inmortal para no separarse de su hermano. Como Cástor no podía volver a la vida, los dioses decidieron que los hermanos pasarían la mitad del año en el Hades y la otra mitad en el Olimpo y adquirieron la categoría de héroes. Otra versión, en cambio, contaba que Zeus convirtió a los hermanos en la constelación de Géminis.

Evan: diosa de la inmortalidad etrusca.

Februus: dios de la muerte, la purificación, la fiebre y la malaria. Era de origen etrusco, pero pasó al mundo romano tras asimilarse con Fauno.

Feronia: divinidad rural relacionada con la primavera y la fecundidad. En la Campania era la diosa protectora de los libertos, que recibían el gorro (*pileus*) de la libertad. Dentro del mundo sabino, era la diosa de la fecundidad y de los esclavos y se encontraba ligada al ciclo de la naturaleza, por lo que acabó identificada con Ceres.

Flora: diosa romana de las flores, los jardines y la primavera.

Fufluns: dios de las plantas, la felicidad, y la salud que, tras su asimilación con el Dioniso griego, se convirtió en el dios del vino.

Hercle: héroe asociado a las aguas que se encontraba asimilado a Heracles.

Hércules: el más célebre héroe de la Antigüedad, equiparado al Heracles griego. Se consideraba el paradigma de la virilidad y el guardián del orden por luchar contra monstruos como la Hidra de Lerna, entre otros. Su gran fuerza fue su principal atributo, junto con la valentía y el orgullo. Los romanos añadieron a su mito griego todos aquellos episodios que habían transcurrido en Italia.

Hora: diosa romana a la que fue asimilada Hersilia, esposa de Rómulo, a su muerte.

Jano: considerado uno de los dioses más antiguos del mundo romano. Suponía el principio y el fin de todas las cosas y del mundo, por lo que se representaba con dos caras, para mirar al pasado y al futuro.

Juno: diosa principal de los romanos, venerada bajo diversos nombres por todos los pueblos itálicos. Se consideraba el principio femenino de la luz celeste, como consorte de Júpiter, y presidía tanto los matrimonios (bajo la advocación de Juno *Pronuba*) como los nacimientos (como Juno *Lucina*).

Júpiter: dios principal de los romanos. Era el soberano del mundo y gobernaba bajo todos los fenómenos celestes. Formó parte de una primitiva tríada con Marte y Quirino y después creó la Tríada

Capitolina acompañado de Juno y Minerva. Venerado también entre los pueblos itálicos.

Laran: dios etrusco de la guerra.

Lares: deidades romanas, considerados hijos de Lara o Larunda (una náyade) y el dios Mercurio o Júpiter, cuyo origen se situaba en el culto etrusco a los dioses familiares. Considerados los protectores de la familia.

Lasa: diosas o ninfas aladas que acompañaban a Thuran formando parte de su cortejo. Eran, además, las guardianas de las tumbas.

Lasa Vecu: diosa de la profecía asociada a la ninfa Vegoia.

Latum: dios etrusco con carácter guerrero.

Líber: dios de origen itálico que perdió su primitivo carácter por el influjo cultural griego, que lo asimiló a Dioniso/Baco y lo convirtió en dios de la viña. Sin embargo, al principio era una deidad de la fecundidad cuyo símbolo era un falo. Formó una tríada junto a Líbera y a Ceres, que protegía a los plebeyos de Roma.

Lympha: diosa de la agricultura y de las aguas, considerada según Varrón una de las principales del panteón romano.

Mamia y Mantus: demonios considerados como los guardianes de las tumbas.

Manes: divinidades domésticas consideradas los espíritus de los familiares muertos.

Maris: dios de la agricultura y la fertilidad, con carácter salvífico. Tras asociarse con el Ares griego, se potenció más su faceta guerrera que la agrícola.

Marte: fue uno de los dioses más antiguos y venerados entre los distintos pueblos itálicos. Al principio fue un dios rústico que presidía la vegetación y la fuerza benéfica de la naturaleza y era invocado como Mars Silvanus. Posteriormente, fue convertido en

el dios de las batallas y de la guerra, asimilado a Ares. Por ser el padre de Rómulo, fundador de Roma, recibió el sobrenombre de *Pater* (padre). Aunque Júpiter se convirtió en el dios principal, Marte siguió unido a todas las grandes empresas del pueblo romano.

Mercurio: dios de los comerciantes, los artesanos, los ladrones y los mensajeros. Su culto apareció en Roma tras la expulsión de los Tarquinios.

Minerva: deidad protectora de las artes, identificada con Atenea, por lo que adquirió las atribuciones de divinidad ciudadana, política y guerrera. Bajo el epíteto de «Minerva Medica», protegía y ayudaba en su curación a los enfermos.

Mnerva: diosa de la sabiduría, la guerra y las artes. Junto a Uni y a Tinia formaba parte de la tríada de principales dioses etruscos.

Neptuno: dios de las aguas dulces que fertilizaban la tierra. Al ser asimilado con el Poseidón griego, se convirtió en la divinidad de los mares, patrón de los pescadores, de los molineros y señor de los caballos.

Nethuns: dios de las fuentes que, tras su asimilación con Poseidón y Neptuno, extendió su dominio a todas las aguas.

Northia: diosa etrusca del destino, la fortuna y la suerte.

Penates: espíritus tutelares de la despensa familiar relacionados con los lares y la diosa Vesta.

Phersipnei: esposa de Aita y reina del inframundo.

Quirino: dios de la prosperidad y de la paz asociado a Rómulo. Fue identificado con el dios sabino del mismo nombre, aparecía con lanza y carácter guerrero.

Robigo: dios protector de las cosechas que evitaba que cayesen plagas o enfermedades sobre ellas. En tiempos primitivos era un dios

masculino, pero a partir de la etapa imperial fue convertido en una deidad femenina.

Rumina: diosa que se encargaba de velar por la crianza de los niños de pecho.

Sethlans: dios del fuego y de la forja, protector de los artesanos.

Sanco/Sancus: dios de la lealtad, la honestidad y el juramento (ya que protegía los juramentos matrimoniales, los de hospitalidad, los comerciales y los contratos). Se relacionaba con la divinidad umbro-osca Fiscus Sancius, que velaba por las funciones jurídicas de la *sanctio* y la *fides*. Era el padre de Sabus o Sabino, el héroe epónimo del pueblo de los sabinos y fue venerado y asimilado a Hércules.

Saturno: dios de la agricultura y la cosecha, identificado con el titán griego Cronos. Según el mito, fue uno de los primeros reyes del Lacio tras ser desterrado por su hijo Júpiter.

Sorano: antigua divinidad solar venerada en Roma. Considerado como el principal dios de los faliscos. Fue identificado con Apolo y se le dio culto bajo el nombre de Apolo Sorano.

Tages: dios de la sabiduría que enseñó a los etruscos los principios de la religión y la aruspicina. Considerado, según algunas fuentes, como hijo de Tinia.

Tellus: diosa romana que personificaba la tierra a la manera de la Gea griega.

Terminus: dios agrario de origen sabino que se consideraba guardián de las propiedades y el protector de los límites.

Tiv: dios etrusco de la luna.

Thalna: diosa del alumbramiento considerada en algunas ocasiones como esposa de Tinia.

Thuran: diosa del amor, la fertilidad y la vitalidad, además de la patrona de Vulci.

Thusan: diosa etrusca de la aurora.

Tinia: principal dios de los etruscos, gobernante de los cielos. Era el esposo de Uni.

Tríada Capitolina: al principio de la historia romana, los tres dioses principales eran Júpiter, Marte y Quirino, una tríada que respondía a la unión de los pueblos sabino y romano y daba unidad a Roma. Marte se consideraba el dios primitivo del Palatino, Quirino el del Quirinal y Júpiter, adorado por ambos pueblos, quedó como dios principal. Sin embargo, con la llegada de la influencia etrusca a Roma, esta tríada fue sustituida por la compuesta por Júpiter, Juno y Minerva.

Tuchulcha: demonio femenino del mundo de los muertos.

Turms: dios del comercio, patrón de los mercaderes y los mensajeros. Tenía carácter psicopompo y ayudaba a las almas a alcanzar el más allá.

Uni: diosa suprema del mundo etrusco, protectora de Veyes y esposa de Tinia.

Vacuna: diosa sabina de los lagos, identificada con Diana, Ceres o Victoria. Las zonas acuáticas, como aquellos manantiales de aguas termales relacionados con esta diosa, se convirtieron a veces en centros religiosos sabinos.

Vanth: demonio femenino de la muerte, tenida por heraldo de la muerte que asistía a los moribundos a la hora de expirar.

Venus: en origen, era la diosa protectora de los campos y de los jardines, pero tras relacionarse con Afrodita se conviertió en la divinidad del amor y de la belleza. Era madre de Eneas y lejano ancestro de la dinastía Julia bajo la advocación de Venus *Genetrix*.

Vertumnus: según la tradición, es una divinidad de origen romano que cambió el curso del Tíber para que depositase en un lugar seco y

seguro a los gemelos Rómulo y Remo. Considerado el espíritu protector de los árboles frutales.

Vesta: una de las diosas más antiguas de Roma, simbolizada por una llama, ya que era el fuego que había conservar siempre vivo para que Roma subsistiese. Era, al mismo tiempo, una diosa de la tierra y una de las pocas divinidades vírgenes del mundo romano. Se relacionó con la diosa griega del hogar, Hestia. Carecía de imagen, era representada a través del fuego.

Voltumna: dios etrusco con carácter ctónico, con atribuciones guerreras y protectoras. Se consideraba como el patrón de todos los etruscos. En Roma se asimiló al dios Vertumnus.

Volturnus: divinidad muy antigua, equiparado al dios-río Tíber. Considerado, según algunos relatos, como el padre de la ninfa Juturna y el suegro de Jano.

Vulcano: dios del fuego celeste y del calor fecundante que otorgaba a la tierra para que pudieran germinar las semillas. Era, asimismo, un dios artesano encargado de la forja.

Bibliografía

BARTOLOTTI, A. *Mitología griega y romana: un viaje fascinante por los símbolos y mitos de la cultura grecorromana*. Madrid: Editorial Capitán Swing, 2011.

BARROS GERMAIN, M. *Vivir para morir. La cultura de la muerte en Etruria entre los siglos* X *y* I *a. C.: características y transformaciones*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2017.

BAYET, J. *La religión romana: historia política y psicológica*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1985.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. «*Etruscos. Dioses y hombres*». En: *Historia 16*, 1979; n.º 40: 74-78.

BONFANTE, L. y SWADDLING, J. *Mitos etruscos*. Madrid: Akal, 2009.

CALVO MARTÍNEZ, J. L. *Religión, magia y mitología en la Antigüedad Clásica*. Granada: Universidad de Granada, 1998.

CARDONA, F. *Mitología romana*. Barcelona: Editorial Brontes, 2016.

CASQUILLO FUMANAL, A. L. «*Muerte, despedazamiento y apoteosis de Rómulo: un estudio sobre la realidad histórica del primer rey de Roma*». En: *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, 2008; T. 21: 123-184.

COMMELIN, P. *Mitología griega y romana*. Madrid: La esfera de los libros, 2017.

CORNELL, T. J. *Los orígenes de Roma, c. 1000-264 a. C.: Italia y Roma de la Edad del Bronce a las guerras púnicas*. Barcelona: Editorial Crítica, 1999.

DIODORO SÍCULO. *Biblioteca Histórica*. Barcelona: Editorial Gredos, 2001.

DIONISIO DE HALICARNASO. *Historia antigua de Roma*. Barcelona: Editorial Gredos, 1984.

EUTROPIO. *Breviario*. Barcelona: Editorial Gredos, 1999.

GARDNER, J. F. *Mitos romanos*. Madrid: Akal, 2008.

GRIMAL, P. *El helenismo y el auge de Roma*. Madrid: Editorial Siglo XXI, 1972.

GRIMAL, P. *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Barcelona: Ediciones Paidós, 2008.

GRUMMOND, N. T. *Etruscan Myth, Sacred History and Legend*. Philadelphia: University of Pennsylvania, Museum of Archaeology and Anthropology, 2006.

HANSEN, W. *Los mitos clásicos: una guía del mundo mítico de Grecia y Roma*. Barcelona: Editorial Crítica, 2011.

HEURGON, J. *La vida cotidiana de los etruscos*. Madrid: Editorial Temas de Hoy, 1994.

HUBENAK, F. *Roma, el mito político*. Madrid: Editorial Ciudad Argentina, 1997.

HUMBERT, J. *Mitología griega y romana*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 2017.

JONES, P. *Veni, Vidi, Vici*. Hechos, personajes y curiosidades de la antigua Roma. Madrid: Grupo Planeta, 2013.

HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D. *Mitología Clásica*. Madrid: Alianza Editorial, 2015.

LARA PEINADO, F. *Los etruscos: pórtico de la historia de Roma*. Madrid: Editorial Cátedra, 2007.

MARCH, J. *Diccionario de Mitología Clásica*. Barcelona: Editorial Crítica, 2008.

MARTÍNEZ-PINNA, J. *El pueblo etrusco*. Madrid: Akal, 1989.

—, *La Roma primitiva*. Madrid: Akal, 1989.

—, «*Los reyes de Roma entre la leyenda y la historia*»: Gerión, 2001; n.º 19: 689-707.

—, «*La prehistoria mítica de Roma*». En: Gerión, 2002; Anejo VI.

—, «*Sobre la fundación y los fundadores de Roma*». En: Initia Rerum. *Sobre el concepto del mundo antiguo*, Málaga: 2006. p. 163-185.

—, J. *Las leyendas de fundación de Roma. De Eneas a Rómulo*. Barcelona: Editorial Instrumenta, 2011.

—, «*Observaciones sobre el origen de la Liga Latina*». En: *Mediterráneo Antico* (vol. XV, tomos 1 y 2), 2012. p. 409-424.

MONTERO HERRERO, S. *La religión romana antigua*. Madrid: Akal, 1990.

OVIDIO. *Fastos*. Barcelona: Editorial Gredos, 1988.

OVIDIO. *Metamorfosis*. Madrid: Editorial Cátedra, 2005.

PARISI, M. *La mitología clásica: dioses y héroes griegos y romanos*. Madrid: Editex S. A., 2000.

PLUTARCO. *Vidas Paralelas*. Barcelona: Editorial Gredos, 2011.

RUIZ DE ELVIRA PRIETO, A. *Mitología Clásica*. Barcelona: Editorial Gredos, 2015.

SALAS SALGADO, F. «*Los sabinos en Livio*». En: *Quantus Qualisque, Homenaje al profesor Jesús Luque Moreno*, 2016: 511-523.

SECHI MESTICA, G. *Diccionario Akal de Mitología Universal*. Madrid: Editorial Akal, 2007.

SCHWAB, G. *Las más bellas leyendas de la Antigüedad Clásica*. Barcelona: Editorial Gredos, 2011.

TITO LIVIO. *Historia de Roma*. Barcelona: Editorial Gredos, 1994.

USHER, K. *Emperadores, dioses y héroes de la mitología romana*. Madrid: Editorial Anaya, 1984.

VIRGILIO. *Eneida*. Madrid: Biblioteca Luna, 2017.

VV. AA. *Guía iconográfica de los héroes y dioses de la Antigüedad*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.

VV. AA. *Guía para identificar los personajes de la mitología clásica*. Madrid: Editorial Cátedra, 2016.

Agradecimientos

Sin la ayuda de todos aquellos que me rodean y me quieren, no podría haber cumplido ninguno de los proyectos en los que me embarco, por lo que es justo que tengan su pequeño hueco dentro de estas páginas. Sin embargo, antes de nada, me gustaría agradecer a todos los lectores que se han acercado a estas páginas y a las de *Breve historia de la vida cotidiana del Imperio romano*, su interés en ambos relatos.

Quiero agradecer especialmente a todos mis amigos su apoyo y su cariño. Raquel y Macarena, gracias por estar ahí desde hace tantos años, sois las mejores amigas que podría tener. Laura, Israel, Gonzalo, José Luis y Víctor, sois lo mejor que me ha dado la Arqueología. A Bea y a Didi, por ser las brujas de Du-Eastwick. A mi amigo Nacho, gracias por seguir en mi vida pese a los kilómetros que nos separan. A José Luis Gómez Herranz (Malenko), por cuidar tan bien de Nacho. Sigourney, Nicolás, Saskia, Elena and Marcus, *thanks for being my friends, even if the distance separates us. We have an annual appointment in our island!*

Mi familia es la parte más importante de mi vida, y a quienes les debo agradecer todo lo que soy. Gracias a mi hermano Ismael, a Carla, a mis queridos abuelos y a mis tíos por vuestro amor y vuestro apoyo, os quiero muchísimo a todos.

Y, por último, quiero dar las gracias a tres personas sumamente especiales para mí. Gracias papá y mamá por todo, vuestro esfuerzo y vuestro ejemplo son los que me guían y los que me permiten seguir cumpliendo con mis sueños. No hay palabras para agradeceros todo lo que hacéis por mí ni para deciros todo lo que os amo. Y finalmente, gracias a mi Nacho. No puedo

dejar de agradecerte el que estés en mi vida, has sido lo mejor que me ha pasado jamás y te quiero muchísimo.

¡Gracias a todos!